Rabasa

EL
CUARTO
PODER

PQ7297
.R2
C8
c.1

LA NEOLEO
Encuadern.
D E
Rupert Aldape.

BIBLIOTECA

1080041825

Num. Clas. N
Núm. Autor R112c
Núm. Adg. 33801
Procedencia - 5 -
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

&#66#137
863

O. R. SPÍNDOLA Y CÍA., EDITORES

EL CUARTO PODER

NOVELA ORIGINAL

—DE—

SANCHO POLO.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

110007

MÉXICO.
Tip. de la Casa Editorial O. R. Spíndola y Cía.
Ex-Seminario 2.

1888.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33801

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA
PQ7297
R2
C8

PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Ala Biblioteca
blica del Esta

Franco

I.

La Ciudad de los Palacios.

Suave y grata somnolencia iba apoderándose de mí y embargando mis sentidos; pues no daba siquiera pretexto para dormir pesadamente la fácil digestión de la comida ó comistrajo que, en lacónica ración y de rala sustancia, se servía á los huéspedes de D. Ambrosio Barbadillo; y cuando ya entraba en esa confusión de imágenes é ideas que precede al sueño, un trueno que estalló en el cielo y se alejó en seguida, como rodando sobre un empedrado de peñas enormes, me hizo dar un salto, que estremeció la mal segura cama sobre las débiles patas que la sostenían.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Andes 1625 MONTERREY, MEXICO

Un trueno, así como á las tres de la tarde de un día de Mayo, era causa bastante para despertar en un ranchero ausente de la *querencia* una multitud de recuerdos, de esos que antes son sentidos en el corazón que evocados en la mente. Yo sentí en el alma la libertad y la alegría del campo, al par que sus puras emanaciones, y en mi imaginación se pintaron aquellos hermosos cuadros con que de niño alimentaba esa sed insaciable de poesía, que es como el estímulo de las almas buenas, cuando aun no conocen el de la ruin envidia ni el de la voraz ambición.

¿Cómo no sentir la nostalgía del campo? La tierra está seca y sedienta; los árboles mustios se visten de hojas tostadas por el sol ardiente de la primavera; los arroyos arrastran apenas delgados hilos de agua, que absorbe ansiosa la caliente arena del lecho; las llanuras están amarillentas, y los ganados pacen en ellas con desgana y tristeza, prefiriendo quizá la sombra escasa de los árboles, que mitiga el ardor de siesta, al pasto miserable, áspero y sin jugo, que entresaca de los zacatales. Y cuando el campo está

así, asoma por detrás de la azulada sierra la nube blanca, semejando copo de limpio algodón, asciende con lentitud, se ensancha, abarca toda la línea del cielo, que cortan caprichosamente las crestas de las montañas del Norte; avanza hasta el zenit, cambiando su blancura en oscuro color de plomo, y al fin anuncia la resurrección de la naturaleza con el ronco trueno que en su seno estalla, y que repiten las escarpaduras de la sierra, para esparcirle con doblado estruendo sobre el valle estremecido.....

Aquel trueno parece la voz de Dios, según alienta y vigoriza el alma, alegra y exalta el corazón, impone y conmueve; y parece que á ella contesta la naturaleza toda, despertando al conjuro de la buena nueva, como tocada de eléctrica corriente. Es el verdor de los campos que se anuncia; es el rumor de los arroyos y el suspiro del viento entre los árboles que llega; es la mies que crece y se cubre de penachos de oro; es la vida, en fin, que tras dilatada ausencia, vuelve para embellecerlo todo: desde las llanuras, que se esmaltan de flores, hasta el corazón

del sembrador que se llena de esperanza.

Al primer trueno sucede otro, y entonces, la res, que quedara antes suspensa y recogida, salta y corre por el llano gozosa y juguetona; vuelven las temerosas cabras al aprisco, acuden las aves al oculto nido, y los trabajadores se aperciben para abrigar las sudorosas espaldas. Y en tanto el cielo se nubla más y más hasta oscurecer la tierra, los truenos se suceden, un cortinaje plomizo de desatada lluvia va cubriendo la sierra, sobre su fondo oscuro vibra una cinta de luz deslumbradora quebrada en agudo zigzag, y el viento húmedo y fresco, que baja de la falda del monte, trae hasta nosotros el sabroso y deseado olor de la tierra empapada en la primera lluvia.

¡Bendito sea mil veces ese Dios que levanta las nubes del seno de los mares; que las apiña en los aires y las desata en lluvia sobre los sedientes campos! ¡Bendito sea ese Dios que.....!

¿Pero de dónde viene este malísimo olor que invade mi cuarto? ¡Adios campos y flores, nubes y tierra mojada!

En efecto, un olor de mil demonios, capaz de producir náuseas y aun algo más serio, cortó el hilo de mis poéticas memorias, echándome repentina y desapaciblemente en la grotesca realidad que me rodeaba. No pude soportarle mucho rato y salí al angosto corredorcillo que en el piso alto de la casa había, y como en verdad llovía á torrentes, anduve, estrechándome con la pared, hasta llegar á la sala de Don Ambrosio, ó por mejor decir á la de la casa de huéspedes de que aquel era dueño, administrador y algunas veces portero.

Al verme entrar, el viejo sin alzar la cabeza, me miró por encima de los anteojos, puso el tomo de Alamán que leía, sobre la vacilante mesa redonda, y arrellenándose en su sillón de vaqueta, me dijo señalando el libro:

—Esto es bueno.

—Sí, le contesté, sin hacer caso de su manía de elogiar á Alamán. Pero dígame vd. ¿por qué hay esta pestilencia en toda la casa?

—Pues porque llueve! me respondió con naturalidad.

—¡Porque llueve! exclamé estupefacto.

Y aunque muy rápidamente, pasó por mi cabeza la idea de si no llovería en la *Ciudad de los Palacios* agua tan limpia como en todas partes.

—Son las atarjeas, continuó el viejo; es decir, la alcantarilla de la calle. Es que la ciudad no tiene desagüe ni lo tiene el valle de México tampoco, ni lo tendrá mientras la *leperuza* que se llama liberal esté dominando en el país. ¿Ya ve vd. esa peste? Pues estos tienen la culpa, porque no se acuerdan de las necesidades de la Nación. Si yo fuera presidente un año ¿sabe vd? ¡un año no más! dejaba yo el valle seco como la yesca, y la ciudad limpia, sin lodo, ni charcos, ni hedor. Con que si vd. es liberalito, aguante y diga que huele á rosas.

Don Ambrosio se había puesto en pie y hablaba con tono irritado, como de costumbre. La montera de hilo negro parecía plegarse con ira, como las mejillas de su dueño, y la borla saltaba de las sienes al colodrillo y del colodrillo á la frente con incesante inquietud. La piel, de suyo roja, del buen Barbadillo, se había puesto escarlata; chispeaban los encapotados ojos, y el espeso y cano bigote, dorado en su parte principal por el humo del tabaco, se agitaba con fuerza por la ausencia de toda la dentadura.

Los treinta y tantos días que llevaba yo de tratarle, eran más que bastantes para que me fuera bien conocido su genio gruñón y y áspero aunque inofensivo. Mis compañeros de hospedaje le daban por el flaco y armaban con él cada disputa que aturdían la casa hasta hacer ladrar al perro de la portera, chillar á la cotorra de Jacintita Barbadillo, huir al gato de los estudiantes, y aun atraer á la puerta del comedor (en donde el caso era más frecuente), á los chicos del Agente de negocios, con sus caras sucias, rotos pantalones y zapatos derrengados.

Dicha la última frase, Don Ambrosio volvió á su sillón; pero no llegó á sentarse, porque le pregunté:

—¿Y á qué viene todo eso?

—¿A qué viene? me replicó, encarándose otra vez conmigo. A que vd. ha aprendido del «enteco» de Joaquín á criticarlo todo,

PÚBLICA DE NUEVO

como si estuvieran acabaditos de llegar de París. México es la primera ciudad de la América latina, y digan ustedes lo que quieran. Los extranjeros que llegan aquí, se quedan admirados; sí, señor, admirados verdaderamente. Y si cuando llueve hay mal olor, eso es culpa no de la ciudad, sino de quien no la limpia. Es porque esta *leperuza* liberal.....

Y siguió Don Ambrosio con un largo párrafo de declamación airada y terrible, que no tuviera fin, á no entrar en la sala el estudiante á quien antes había nombrado y que casi casi le causaba miedo.

Aquel muchacho, canijo y enclenque, pálido, ojeroso y de grandes, delgadas y trasparentes orejas, no podía estar quieto delante de Barbadillo, á quien movía á toda hora disputas, calentándole la sangre y provocando su explosiva cólera. Llegar, comenzar á reir, y tomar por su cuenta el negocio, fué todo uno; de suerte que yo cambié de buena gana mi papel de actor por el de espectador de aquella regocijadísima cuestión, la cual se prolongó durante mucho rato, haciéndo-

me olvidar la lluvia y hasta el mal olor de que tenían la culpa los liberales.

Serían las cuatro y media cuando la lluvia cesó por completo, y el sol comenzó á entrar como á hurtadillas por el balcón de la sala, secando los ladrillos que en buen espacio había invadido el agua, escurrida por debajo de la vidriera. Entonces, al ruido del agua que caía sucedió el del agua fuertemente removida por los coches que pasaban; y al de los truenos, el de mil gritos, silbidos y carcajadas que se confundían en la calle, y llegaban á nosotros formando un rumor áspero y casi uniforme.

Joaquín y el viejo me siguieron al balcón, al cual salí movido de la curiosidad que la singular algazara despertó en mí.

La calle del Puente de Monzón estaba de bote en bote, al grado de no dejar ver las banquetas sino en uno que otro punto cerca de las paredes. Monserrate y el Tompeate no estaban menos favorecidas; aquello era un río encauzado por los edificios de una y otra banda; pero río de agua sucia, espesa y pestilente, que exponía á la vista de todos,

los asquerosos intestinos de la ciudad. El español del tendajón de enfrente, metía y apretaba con premiosa actividad gruesa tabla entre los quiciales de la puerta, á manera de dique, para cerrar el paso al agua, antes que las avenidas de las calles adyacentes inundaran el interior de su establecimiento. Los carniceros vecinos, después de armar igual defensa, aunque tardía, por ser su puerta más baja, achicaban el cuarto á jicaradas, con el agua á la pantorrilla. En todas las tiendas se trabajaba de un modo semejante; en varios zaguanes colocaban los mozos ó los habitadores de pobre condición, tablas levantadas sobre ladrillos, para que los señores principales pudieran entrar á pie enjuto hasta la escalera.

Para que todo esto fuera un espectáculo, no faltaban siquiera espectadores. Los balcones estaban todos llenos de gente, como si se tratara del desfile de la columna de honor en fiesta nacional. Hombres, señoras de edad, muchachas guapas y feas y niñas de todas edades, contemplaban con regocijo y celebraban con risas los apuros de los inundados, al par que festejaban las groserías de los pilluelos apostados en gran número en las esquinas, quienes ya pasaban aprisa, con los calzones hasta la rodilla, para salpicar á un transeunte tímido, detenido por el río, ya disparaban una silba aturdidora sobre otro que, desesperando de salvarse, se metía resuelta y coléricamente en el agua para llegar al puerto de un zaguán.

Los simones pasaban frecuentemente, sin hacer caso del transeunte detenido que los llamaba con palmadas y voces, y que á lo más obtenía por respuesta una rociada encima, y una oleada que llegaba á cubrirle los pies. Lo cual era oro molido para los *cargadores* ó mozos de cordel que solicitaban *carga;* pues al fin el transeunte aceptaba sus robustas espaldas para llegar á punto seco, excitando la grotesca y ridícula figura que presentaba, cabalgando sobre el mozo á horcajadas, los silbidos de las esquinas y las festivas carcajadas de los balcones.

¡Alegre tarde aquella, por vida mía, en que reí hasta lastimarme la garganta, á buena cuenta de lo que después he dado yo

que reir en circunstancias parecidas! Un mozo cae con su carga al cruzar la calle, y la *carga* le propina un bofetón de cuello vuelto, saliendo ambos de allí hechos una sopa de lodo. Una vieja asoma por un zaguán inundado, mediante el sistema trabajosísimo de dos sillas que se adelantan una después de otra, y da con su cuerpo en el agua, entre las dos muletas, cuando está á tres varas del simón que la espera. El licenciado de la esquina, que ha llegado como por milagro hasta á diez varas de su casa, haciendo prodigios de equilibrio, sin mojarse más que hasta el tobillo, arma un difícil salto para salvar un bache y tomar buen rumbo; pero con tan poco tino, que resbala y cae de rodillas en lo más hondo del charco.

Y en tanto el agua sube y sube, aumentando su caudal con las corrientes mansas pero constantes de las calles vecinas; y crecen los silbidos, las risas, las puyas de Joaquín y las protestas de Barbadillo, el cual jura que en aquella agua asquerosa debieran ser bañados todos los de la chusma liberalesca, que no han podido en pocos minutos conseguir el desagüe, aunque tampoco lo hicieron los conservadoses en muchos años de tener el pandero en la mano.

Nuevos gritos de los pilletes desarrapados llamaron nuestra atención, y vimos que un mozo se tambaleaba en la esquina de la derecha, cargando á un individuo que alzaba los pies cuanto podía para no mojarse, y señalaba la calle del Puente de Monzón. Afirmó la planta el mozo, y con paso lento y firme se encaminó por la dirección marcada, hasta llegar frente á nosotros. El *jinete* señaló la puerta de la casa de huéspedes, y como entonces le miráramos más detenidamente, yo no pude menos de exclamar:

—¡Yo conozco esa cara!

II.

Un buen consejo.

¡Cómo no había de conocerla! Era la misma, ni más ni menos, que dejé en San Martín de la Piedra en la Jefatura política, y que no encontré á mi regreso porque, un Jefe, al entrar, puso á su dueño de patitas en la calle para colocar en la Secretaría á su propio yerno. Era Sabás Carrasco, bajo un disfraz de caballerete que daba á su estampa grande y pasmosa distinción, en términos de causarme vergüenza mi aire de ganso de pueblo y mi vestido cortado por tijeras de provincia. ¿Habría heredado? ¿Pero á á quién diablos había de heredar un hombre que sólo tenía parientes en los jacales

del barrio de las Lomas, y en la ranchería de los Zopilotes?

Me apretó en estrecho abrazo, con el cariño del paisanaje que tanto vale lejos del terruño en que nacimos, mayormente si nos encontramos en el aislamiento de las ciudades populosas. En el pueblo no quería yo á Carrasco, ni le traté mucho, ni quise tratarle tampoco; pero allí, en la casa de Barbadillo, en la calle del Puente de Monzón, en la *Ciudad de los Palacios*, después de más de treinta días de no ver sino caras indiferentes (con las poquísimas excepciones que en su sazón y cuando venga á cuento diré), le quise de veras en el instante en que le ví, ni más ni menos que hijo extraviado que topa, sin conocerla, con la señora que le dió el ser, en estupendo dramón patibulario.

Cambiáronse frases de contento por el hallazgo, preguntas sobre amigos y parientes, y al fin, menos discreto que yo, llegó á hacerme la sacramental pregunta:

—¿Y qué buenos vientos traen á vd. por acá?

Nada de particular. El empleillo de la ca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

pital del Estado no era malejo. Cuando el gobierno cambió, yo iba á ascender mucho, como que el nuevo Gobernador y sus amigos lo eran míos en alto grado; pero el Padre Marojo cayó enfermo, y yo que tanto le debía, no pude excusarme, ni quise tampoco, de ir á recoger su último aliento. Murió el buen anciano después de larga enfermedad, y yo tuve que cumplir el deber postrero. Pero los negocios andaban tan mal en San Martín, que la crisis monetaria era desesperante y quitaba la gana de entrar en ninguna empresa, al paso que la política de la capital tomaba un sesgo desagradable para mí. Y he ahí el motivo que me impulsó á marchar hacia la gran metrópoli, en busca de mejores condiciones para el trabajo y para el logro de mis aspiraciones, á las cuales venía estrecha la esperanza que en mi tierra pudiera legítima y cuerdamente abrigarse.

Nunca había yo mentido con más desparpajo ni menos temor de Dios; pero el buen Sabás que no se chupaba el dedo, y que fué haciéndome preguntas cargadas al ramo de

hacienda y á mi sistema rentístico, con algunos toques de balanza y corte de caja, llegó á poner en claro que estaba yo, con amigos gobernadores y aspiraciones infinitas á la cuarta pregunta. Y puesto en claro tan importante asunto, me acribilló á interrogaciones hasta dar por tierra con mi vanidosa vergüenza y rendirme sin remedio.

Tuve que declararlo: necesitaba yo urgentemente una colocación, un trabajo cualquiera que me produjese un sueldo, por más que la retribución no pasara de muy humilde; bien que para extremar así la franqueza, me callé la inversión que daba á la renta de mis caballerías de terreno.

Oyó Sabás impasible mis explicaciones. Una hora hacía que hablábamos, y agradable confianza reemplazaba ya á la vanidad cuidadosa que antes me hiciera mentir tan sin conciencia. Carrasco, verdaderamente interesado en mi favor, hablaba con la naturalidad humildosa de quien, como desde San Martín, se juzgaba inferior á mí en todo y por todo.

—Vea vd., me dijo en el discurso de la

conversación; yo no sé si á vd. le agradará un medio de trabajar que es productivo y de mucho porvenir...

—¿Cuál es? pregunté, abriendo los ojos cuanto pude.

—La independencia de su carácter quizá no lo consienta, continuó Carrasco, mortificado con la mayor buena fe, por tener que decírmelo.

—Veamos, dije yo con ansiedad. ¿Cuál es?

—Escribir.

—¡Cómo escribir!

—Sí; escribir en un periódico; ser periodista.

—Pero si yo no he escrito jamás, repliqué con desaliento.

—¡Qué no! ¡Pues no habré visto lo que vd. escribe!

—¡Yo!

—Sí, señor; vd. escribió la proclama de Don Mateo en San Martín.

—¡Ah!

—Y de esto hace ya tiempo. Hoy debe vd. de poner la pluma mucho mejor, con lo que ha aprendido en mejor escuela.

—Pero aquello.....

—Aquello era muy bueno; parecía artículo de fondo, Juanito. Yo estoy cierto de que vd. nació para periodista; y muchas veces, al leer los periódicos de oposición, me he acordado de vd., por la semejanza de estilos.

—Pero aun suponiendo que yo supiera escribir, me faltan los conocimientos necesarios para tratar los variados temas de un periódico.

—¡Pues qué dirá vd. de mí! Y sin embargo, me gano la vida escribiendo.

—¡Usted! exclamé asombrado.

—Sí, señor. Llegué á México sin saber cómo vivir; encontré á un diputado paisano que me conocía, y de recomendación en recomendación llegué á colocarme en una imprenta como doblador y enfajillador del periódico *La Columna del Estado*. Ganaba yo apenas lo necesario para no morirme de hambre y pagar un rincón del Mesón del Tornito. Gané un poco de confianza, y un día noté que cuando faltaba material para *La Columna* y el jefe no estaba de humor para escribir, encomendaba este trabajo á un

cajista, el cual lo despachaba pronto y bien, con media docena de párrafos. Me atreví yo también; el jefe vió mi empeño y buena voluntad, y pasado un mes, escribía yo la mitad de la gacetilla. Otro día escribí un artículo sobre lo sagrados que son los derechos del hombre, y el jefe me elevó otro poquito, señalándome tres pesos semanarios de sueldo. Ahora escribo yo casi todo el periódico, que es *bisemanal*, y he llegado á alcanzar cinco pesos cada semana, con los cuales vivo ya descansadamente.

Aturdido y lleno de asombro, miraba yo á Sabás con aire de bobo.

—¡Imposible para mí! dije sofocado. Eso es muy difícil.

—Lo mismo creía yo antes de hacerlo, replicó él con sencillez; pero nada de eso. Al principio mucho miedo, mucha vacilación, mucho escribir y tachar y volver á escribir; pero en cogiéndole el modo y tomando confianza, vemos que es muy sencillo el trabajo. El periódico es gobiernista, y, vea vd., á mí me gustaría más que fuera de oposición, porque eso es más bonito y tiene más interés y hasta es más fácil. Pues bueno: ya se sabe que nuestra regla es defender al gobierno, elogiar sus actos, aplaudir todas las disposiciones; y cuando la materia de éstas es de esas muy enredadas que no se entienden, se escribe en términos generales. Por ejemplo, se trata de una ley sobre la deuda pública, ó sobre cosa semejante, que yo no entiendo, ni siquiera leo, porque es larguísima y cansada. Pues entonces digo que los beneficios de la ley son innegables, y que demuestran la clara inteligencia, profundos conocimientos y patrióticas miras del Ministro del ramo; que ya se hacía indispensable esa ley para el sostenimiento del crédito nacional; y otras frases así, amplias y que sin duda vienen como de molde. A veces se ve uno en ciertos compromisos; pero sale uno como puede. Mire vd., yo acabo de sostener una polémica con un periódico de oposición, sobre la suspensión de las garantías individuales. Derecho Constitucional puro; pero ya ve vd. que esas materias del Derecho *filosófico* son de sentido común y no se necesita ser abogado para tratarlas. Además,

yo me atuve á los términos generales, y artículos van y artículos vienen, fuertes, muy fuertes; y el jefe me decía: «Bien, Carrasco, no afloje, déle duro.» Y yo firme, trabajando con todo empeño. Los periódicos amigos reproducían mis artículos y los elogiaban, y al fin la polémica terminó, porque se presentó otro asunto más importante de qué tratar.

No sé qué comezón interior sentía yo, oyendo á Carrasco, que se confundía y amasaba con el desagrado, el enojo ó no sé qué sentimiento de antipatía y repugnancia que tales revelaciones despertaban dentro de mí. Pero la comezón debía de ser muy viva, cuando no proferí alguna mala palabra contra todo aquello.

—Por lo menos, indiqué, sería preciso estudiar un poco la Gramática.....

—¿Y para qué? me replicó mi amigo con ingenuo entono. Nosotros no tratamos nunca cuestiones gramaticales.

—Pero, hombre.....

—Ni de otra ciencia, á no ser que nos lo propongamos, y en tal caso se lee antes alguna cosa, y eso basta.

La conversación continuó largo rato, y según íbamos entrando en ella, se exasperaba la comezón que yo sentía, aquella comezón ardorosa y picante que me fué poniendo inquieto y desazonado. En tanto Sabás parecía haber emprendido una conquista en forma, pues ya no se limitaba á referir, sino antes bien discutía con empeño y calor, como si tuviera designio de vencer mi resistencia, dando al través con mi modestia y buen juicio.

Nada; que había yo de consentir. Mi necesidad era urgente, y si yo quería, á él no le faltarían medios de conseguirme una colocación en *La Columna del Estado*. ¡Ya quisiera él escribir como yo! Además, recordaba que yo tenía mis buenas tinturas de diversas materias; pues más de una ocasión me oyó hablar en San Martín de cosas que él no entendía y que le dejaban turulato. Estaba seguro de que yo llegaría á mucha altura en breve tiempo, tanto en fama como en sueldo, puesto que comparándose conmigo, se veía tan insignificante y mendrugo.

Ya estaban cerca las ocho de la noche, cuando Carrasco se despidió de mí, no sin

anunciarme para muy pronto su segunda visita; y cuando bajaba ya la escalera, se detuvo y me dijo:

—Se me olvidaba decirle á vd. que Don José María Rojo, anda desde hace quince días buscándolo. Hoy no lo he visto, pero mañana le mandaré avisar que he dado con la casa. Yo lo averigüé al fin con un amigo que está empleado en el correo.

La alegría me aturdió y no pregunté á Carrasco el domicilio de Pepe. ¡Torpe! Tendría yo que esperar hasta el día siguiente.

Dadas las condiciones de nuestra cena, cualquier pretexto era bastante para no tener apetito. Aquella noche no fuí á la mesa. Pepe con su ancha y angulosa cara no me dejaba en quietud, y su recuerdo parecía que excitaba la comezón pertinaz que dejó en mis entrañas la conversación de Carrasco.

A las nueve tomé mi sombrero para salir; pero me detuvo la idea de que las calles estarían aún intransitables.

—No me esperará hoy; pensé, la veré mañana y quizá le lleve una noticia alegre.

III.

La Comezón.

Buscar el reposo en la almohada, es en ciertas ocasiones un bonísimo disparate, en el cual, no obstante, hemos incurrido todos los que alguna vez tuvimos una idea que preocupa ó una congoja que inquieta. Queremos descansar y eso basta; sin que haya razón que nos persuada ni escarmiento que nos aparte del primer designio. A la cama, que allí está el reposo. Y ponemos la cabeza en la almohada; es decir, la marmita al fuego.

Maté la luz, me volví hacia la pared, coloqué la cabeza en la mejor y más blanda porción de la almohada, cerré los párpados,

é hice un esfuerzo de convicción para no dudar que estaba yo durmiendo profundamente. Pero, por desgracia, olvidé por completo y á lo mejor, que dormía, y en vez de soñar (que era todo lo que podía permitírseme), eché con mis pensamientos por donde le dió la gana á mi destornillada cabeza.

¡Vaya un Carrasco, y qué cosas las suyas! Eso de meterse á escribir periódicos sin saber nada, es buenamente un atrevimiento grosero y hasta tonto. Á lo mejor se le descubre á uno la oreja; y aun cuando así no sea, es una mentira gordísima y vergonzosa darse por escritor quien apenas puede ser escribiente. Que yo lo haría mejor ó menos mal que Carrasco, es cosa fuera de toda duda; pero sin embargo..... estudiando, ya sería otra cosa: algo podría yo aprender y mucho lograría mejorar. Vamos á ver; en primer lugar la Gramática, aunque no fuera para entrar en polémicas sobre asuntos gramaticales, como decía Sabás; después algo de Geografía é Historia para no andarse con miedos al hablar de Prusia y de Turquía ó de Felipe II y Juan sin Tierra; en seguida

un poco ó dos de Economía Política, de Derecho Natural y Constitucional, y aun algo de buena Retórica fina y pulidita, que en estudiándola bien, enseña primores para ser literato, no que periodista. De todo esto ¿qué sabe Carrasco? Nada, y sin embargo es periodista. ¿Y cuántos habrá como él? Millares, de seguro. Desde luego es uno de ellos el que sostuvo contra Sabás la polémica sobre suspensión de las garantías individuales, que no cayó en la cuenta de la poca sustancia de su adversario; y luego son también de la misma costura los amigos aquellos que reproducían y elogiaban los artículos de Sabás, porque que los tales artículos eran una gran porquería, no debo dudarlo un segundo, puesto que Carrasco es un animal muy desarrollado.

Supongamos que acepto la proposición de mi amigo y comienzo á escribir sobre esto y lo otro; que sí podré, puesto que él puede. Algo se ha de aventurar; yo no puedo dar treguas, porque necesito un sueldo, nadie nace sabiendo, y la necesidad disculpa mi audacia. Todo esto es perfectamente claro y

debo persuadirme que nada hay de odioso en ajustar la conducta á las circunstancias. Al principio no lo haré muy bien; pero desde luego tomo el estudio con el empeño que se necesita; y al mes sé Gramática, y á los dos Retórica, y los tres, los cuatro y los cinco, lo demás que haya menester; y como la verdad es que tengo y siento ciertos bríos dentro de mí, no será mucho que á poco un artículo mío sobre el Estado X, tenga novedad, y que tal ó cual periódico llame la atención de la prensa sobre aquella producción mía. Escribo otro exponiendo los vicios, supongamos, de nuestro sistema electoral, y recibo mayores aplausos y es reproducido en tres periódicos. Pero alguno me combate y tomo por mi cuenta despedazar al tal descontento; le enderezo una respuesta viva, enérgica y profundamente razonada, que merece nuevos elogios; se entabla la polémica, animada y vigorosa, y como mi adversario es Don Fulano de Tal, hombre muy conocido y respetado en el mundo de las letras, la prensa toda sigue con interés la cuestión, hasta que declara por voz unánime que ha

quedado la victoria por el joven escritor Quiñones. Mi nombre es ya conocido, lo que lleva mi firma se lee con interés; el director del periódico está satisfecho y me aumenta el sueldo á cincuenta pesos mensuales, escribo más, y luego más sobre asuntos de importancia, tocando ya la Economía Política, ya el Derecho de Gentes, ya esta ó aquella materia intrincada y difícil, que estudiaré con asiduidad y dedicación. Y luego mi lenguaje es conciso y elegante, y sobre todo vigoroso y enérgico; muy enérgico. El Gobierno pára la atención en mi persona, los literatos, los hombres públicos, todo el mundo me conoce, y el que no, desea conocerme. Las cuestiones difíciles y peligrosas se me encomiendan á mí; el director sigue contentísimo y aun me aumenta otra vez el sueldo que quizá llegue al cabo á cien pesos. Soy el conocido escritor Don Juan de Quiñones, el hábil periodista, el publicista inteligente..... y aun quién sabe, quien sabe si por este camino se arregle al fin.....

Juro que pensé todo esto, mucho más que esto aquella noche de insomnio; y vuelvo á

jurarlo, si es preciso para que se me crea, por más que se tenga por exagerado para devaneo y sólo aceptable como invención de mal gusto. El agua derramada sobre una piedra cualquiera, apenas moja la superficie; pero vertida sobre cal viva, enciende el seno de la piedra que se desmorona encendida y humeante.

No me cabe duda: si Carrasco me hubiese propuesto otro medio de lucrar, por más que pareciera más cuerdo y realizable, no despertara tan vivamente mi imaginación. Sus palabras encontraron en mi alma una semilla fecunda, que al contacto de la nueva idea comenzaba á vivir con germinación rápida y prodigiosa.

Á haber tenido sobre la desmantelada y coja mesa de mi cuarto un poco de papel, plumas y tinta, me habría levantado de la cama para escribir en seguida un artículo sobre cualquiera cosa de las que no entendía. Pero, afortunadamente, no había sobre el tal mueble más que una cantarilla de barro y un vaso de vidrio del país, pues mis cartas las escribía yo en lo que Don Ambrosio Barbadillo llamaba su escritorio. Sin embargo, forjé en mi imaginación un buen trozo, defendiendo al Gobierno de los ataques que un menguado periódico le dirigía con motivo de no sé qué impuesto nuevo, y ví con verdadero regocijo, que los *términos generales* de Carrasco daban de sí en *mi pluma*, admirablemente.

Me había yo sentado al borde de la cama, como debía de hacerlo el Ingenioso Hidalgo, cuando se imaginaba, antes de su primera salida, una descomunal batalla con desmedido gigante ó con una serpiente de siete cabezas; y veía yo ¡sí! veía yo en mis manos un periódico, y en el periódico un largo artículo calzado con mi nombre, y en el artículo mil galas de lenguaje, fraseo elocuentísimo, y sutilísima argumentación. Veía yo á los pilluelos voceando *La Columna del Estado* y á los transeuntes detenerse al oir el nombre del papel, llamar al vendedor y comprar. Á mí me cortaba el paso un amigo ó quizá un personaje empingorotado de bomba y anteojos, para estrecharme la mano, felicitándome por la reciente victoria ó simplemente por

mi último artículo. Y veía yo muchas, muchísimas cosas más, con realidad palpable, sintiendo el rubor de la modestia ofendida, cuando alguien me dirigía un elogio, que no por frecuente llegaba á ser recibido con indiferencia.

Sin duda venía ya á toda prisa la mañana, porque el frío que entraba en mi estrecho cuarto, por las anchas rendijas de la puerta, se recrudeció al grado de meterme otra vez entre las sábanas muy á mi pesar. Y puesta otra vez sobre la almohada la cabeza, rendida y agotada mi calenturienta imaginación, descansé por algunas, aunque muy pocas horas, en un sueño agitado y lleno de visiones de papel impreso.

IV.

Jacinta y su casa.

O la casa de huéspedes de la calle del Puente de Monzón no tenía cosa particular, ó hay que convenir (y quizá acertemos) en que no hay casa de hombres que no la tenga de más ó de menos. Estaba bien sucia, y en verdad no pudiera jamás estar muy limpia; y desde el zaguán, que en concepto de Barbadillo no corría de su cuenta, por ser dependencia de las gentes que habitaban el piso bajo, hasta el techo que era común á todos, la tierra en tiempo seco y el lodo en tiempo de aguas, se hacían dueños del campo sin contradicción ni envidia de los vecinos.

Una fuentecilla, cuyo surtidor, saliendo de la pared, lloriqueaba mezquinamente, solía hacer lodo al rededor por las mañanas muy temprano, cuando gracias al descanso de la noche, allegaba buen caudal y salpicaba el suelo; pero en saliendo el sol, el mozo de arriba, las criadas de abajo y la portera, la agotaban hasta raspar el fondo con las jícaras de hoja de lata, y durante el día todos ellos se disputaban el surtidor para llenar en media hora una cantarilla de quince litros. La portera vivía con su perro en el cuchitril debajo de la escalera, gruñendo siempre malhumorada y biliosa, culpando á *los de arriba* del mal estado de su salud sexagenaria, la cual, para mantenerse en paz, necesitaba que los vecinos se encerrasen á las siete de la noche. De las nueve en adelante, no la harían levantarse echando abajo la puerta, y en estos casos, que solían darse tres ó cuatro veces por semana, D. Ambrosio, previos cuatro reniegos, bajaba á abrir con la vela de vacilante llama en la mano, y calzadas las pantuflas que se arrastraban compasadamente por el suelo.

Nada tenía que decir la portera del montañés del piso bajo, pues salía y entraba por la panadería de que era dueño, sobre cuyo mostrador dormía el sobrino, recientemente importado á la República para darle carrera. Ni decía nada tampoco del matrimonio que habitaba las dos piezas interiores del fondo, porque, gozando de ciertas preeminencias con el montañés (odiosas en concepto de Barbadillo), tenía puerta franca por la misma tienda á cualquiera hora de la noche. La señora, cuarentona bien conservada y de temperamento sanguíneo, salía pocas veces por la noche, pues hacía sus visitas de día; y á pesar de su traje de gro negro que se utilizaba en las relaciones exteriores, parecía que no andaba con la holgura necesaria para asistir á teatros y tertulias. El Sr. Torrubio, su marido, le profesaba grave estimación y hacía de ella grandes elogios.

Subida la escalera (con cuidado para no romperse la crisma en los altos y despostillados escalones), se encontraba á la izquierda mi angosto y frío cuartucho, amueblado con una cama de fierro, dos sillas y una me-

sa sin pintar. Y no era el peor; pues el de los estudiantes que le seguía, sobre ser más reducido para dos personas, tenía las tablas del techo comidas por la lluvia que se filtraba, dejando ver por no pocos puntos, pedazos de ladrillo que cualquier día podían descalabrar á uno de los dos jóvenes. Y no entre en la cuenta el mueblaje; pues allí, silla que tenía respaldo, era coja ó se desarmaba con el peso del gato.

Siguiendo el corredorcillo apenas abrigado por angosto alero, y provisto de pasamano de varillas torcidas é irregulares, se llegaba, doblando á la derecha, á los dos cuartos que ocupaban el Agente de negocios, su mujer y sus tres hijos; hembra la una, entrada en trece años, fea y flacucha; varones los dos, y con gordura y robustez deslucida por los astrosos vestidos y la perpetua suciedad de las caras.

De la escalera á la sala, corrían en las mismas condiciones las vigas del piso, el pasamano y el alero, y allí se hallaba en primer término el cuarto de Doña Serafina Gomera, enclavada en la Capital desde el

año anterior, por seguir un pleito importantísimo contra la testamentaría Sánchez Solo, cuyo albacea, pillo de excelentes tamaños para un presidio, había extraviado ciertos documentos para negar á la Sra. Gomera una respetable suma, á que tenía el derecho más claro y visible de todos los derechos que ha parido la ciencia de Papiniano.

Y allí (no había que preguntarlo), donde estaba la estaca de la cotorra y la cotorra misma royendo la pared, allí detrás de la puerta única que tenía vidrios, estaba el lecho coquetamente aderezado de Jacinta Barbadillo, con sus colgaduras raídas á fuerza de lavandera; allá estaba el suelo almagrado, el tocador sacudido y la jofaina del color de la leche; pues Jacintita antes que nada era limpia, desde el alma que recibía la ablución de dos misas diarias, entre siete y nueve de la mañana, hasta los ladrillos de su habitación, que se almagraban cada dos meses. En su cuarto había amontonado Barbadillo todo el lujo que era capaz de adquirir, y en aquella alma toda la virtud que era capaz de imaginar.

Vivía aún la señora de Barbadillo, y ya su marido había abandonado la carrera de las armas, cubierto de gloria, según él decía, y con el grado de capitán, cuando Jacinta llegó á los doce años; y viendo los padres con pena que la niña no sabía casi leer, ni absolutamente pintar un palote, una tarde, á la hora que tomaban el chocolate, entraron en serias consideraciones sobre la necesidad de educarla. Don Ambrosio desempeñaba un empleo de regular dotación, y bien podía hacer el sacrificio de gastar quince pesos mensuales, con tal que la niña alcanzara una instrucción que frisara con sus buenos ojos y su limpio nombre.

En efecto, Jacinta entró en un colegio de mediana reputación, y como éste estuviera demasiado lejos de la casa de Barbadillo, acordaron que quedara en él en calidad de alumna interna, yendo á pasar á casa las tardes de los sábados y enteros los domingos.

Al principio, lloraba la chica los lunes por quedarse en casa; más pasados dos ó tres meses, se afligía extraordinariamente cuan-

do el buen papá le decía, por probar su dedicación y amor al estudio, que iba á sacarla del colegio. La sola idea de abandonar el internado la apenaba profundamente, aunque le ofrecieran que iría diariamente á sus cátedras.

Dada tal dedicación, quién sabe cuánto tiempo habría continuado los estudios, si no acaecieran á Don Ambrosio dos desgracias juntas, que le obligaron á traerla á su lado: la muerte de su mujer y la cesantía. Ya Jacinta había cumplido los catorce años; pero en los ojos negros y hermosos, tenía chispas que revelaban á la mujer, más de lo que era justo á su edad.

Cuando Don Ambrosio me contó todo esto, concluyó diciéndome:

—Crea vd. que la muchacha aprendió mucho, mucho!

A la sazón, Jacinta había cumplido los treinta y dos años, entrando en ese período de la mnjer en que, por lo común, enflaquece la cara y engordan y se redondean los miembros, como á expensas de las mejillas. Tenía buena estatura, aunque no garboso

33801
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

cuerpo ni muy bien delineado, y ponía todo esmero en lucir los negros ojos; porque por lo demás, la frente estrecha, la nariz roma y los labios abultados no daban motivo á la vanidad más loca para estudiar un gesto.

Don Ambrosio consideraba embobado las bellas cualidades de su hija, poniendo, sobre todo, la mira en su inocencia; virtud que la muchacha había conservado inmaculada, en concepto de Barbadillo. Por esto le causaba tanta indignación bajar los ojos al patio, y decía con frecuencia:

—Voy á tomar el piso bajo por mi cuenta, y arreglaré esta casa desde el zaguán.

Pero después reflexionaba con calma, que despedida la familia Torrubio, era de esperarse que Ferrusca, el montañés, la siguiera; la accesoria era cara, y dos ó tres meses que podía quedarse vacía eran un grave quebranto para el arrendatario.

Tal era la casa que en la calle del Puente de Monzón tenía sobre la puerta en borrosas letras azules la inscripción: *Casa de Huéspedes.*

Y si he callado respecto al segundo patio,

en que estaban el comedor y la cocina, ha sido por no entrar en menudencias prolijas, y por no traer á la memoria el mal olor y la poca limpieza que allí reinaban.

V.

Consulta.

Grandísima fué mi alegría y no menor la de Pepe Rojo, cuando nos dimos el estrecho abrazo de saludo, después de algunos meses de no vernos. Nuestras carnes, medradas ó empobrecidas, la suerte que cada cual corriera después de nuestra separación, nuestro objeto en la capital de la República, y las esperanzas que podríamos abrigar, fueron sucesivamente materia de franca é íntima conversación que comenzada á las diez de la mañana, se prolongó hasta la hora de comer.

Pepe andaba de mal pelaje, con la misma ropa que en la capital del Estado le conocí, puesta fuera del uso por la moda, y de lo decente por el constante trabajo. Ganaba quince pesos al mes, escribiendo en una notaría, lo cual no era poco para su mala letra; pero ocupado el día entero, no podía dedicarse al estudio, y desesperaba de llegar á recibir el título de abogado. Aquello era para reventar. Había pedido audiencia á un ministro, y en quince días de antesala infructuosa, dejó de ganar siete pesos en la notaría; y puesto así á punto de quiebra y aun á punto y coma de hambre, hubo de abandonar su empeño, cuando había hecho ya méritos de paciencia para ser recibido.

Por mi parte no mentí á Pepe como á Carrasco, y le declaré que no contaba con nada, y que la primera mensualidad quedaba pagada á Barbadillo, mediante el sacrificio de mi relox, el cual paraba en poder de Ferrusca, como prenda y garantía de mi honradez.

—¿Y las rentas de aquella hermosa propiedad? me preguntó Pepe. Debiera vd. vivir como príncipe desterrado.

¿Las rentas? Pues las rentas..... Había otra hipoteca nueva, y las rentas pagaban

el interés. ¡Vamos, que me daba vergüenza decirle la verdad de esto á Pepe mismo!

De lo demás no callé nada. Me había visto precisado á salir de San Martín, después de la muerte del Padre Marojo, porque sólo él podía contener al Jefe político, al Juez, al Presidente del Ayuntamiento, á todos los que ganaban un real en empleo ó tenían papel en cualquier ramo de la Administración, los cuales estaban indignados por el golpe que dí á un diputado, y se desvivían por enviarme á la capital atado de pies y manos. Tenían un empeño extraordinario en cumplir con su deber, y si no salgo tan pronto, le cumplen sin remedio.

Abundante materia nos dió para hablar la triste situación en que nos encontrábamos, y como era la mía más lastimosa sin duda, y el corazón de Pepe de suyo generoso y sin egoismo, recaía más á menudo la conversación sobre la próxima mensualidad de Barbadillo, que no había aún indicio de que pudiera ser pagada.

El temor que me infundía la dificultad, me inclinaba á no pensar en ella y me hacía huir la ocasión de mirarla de frente y en toda su desnudez; pero con Pepe, hombre razonador y juicioso, aunque pareciera atolondronado, no había poder escapar de lo que la sana prudencia exigía. Ví de bulto mi aflictiva situación, y apremiado por Pepe tenía yo que contestar á esta pregunta: ¿qué iba yo á hacer el último día del mes? Y no encontraba yo que decir.

—Con mil diablos, exclamó Pepe; dígame vd. que ha pensado y determinado no pagar, y estaremos conformes. No soy de moral muy escrupulosa. Pero no me salga con que no ha pensado nada, porque esto, si no es inmoral, es tonto, lo cual me parece peor.

Pepe seguía apremiándome con palabras que no me dejaban salida, pues tanta vergüenza me causaba declarar el uno como el otro extremo de los que él proponía con lógica inflexible. La idea me bullía en la mente, las palabras se me venían á la boca y la comezón del día anterior me escocía las entrañas; y sin embargo, fué preciso para hacerme hablar que el estudiantón me asediara media hora sin tregua ni descanso.

—¿Qué opinión tiene vd. de Carrasco? le pregunté tímidamente.

—Me parece un animal, me contestó; pero como le conozco de poco tiempo acá, no es difícil que sea dos animales y que yo no lo haya notado todavía.

—Es periodista, agregué.

—Sí, ya lo sé; y es capaz de ser otra cosa peor.

Guardé yo silencio al oir tal respuesta; pero á poco aventuré esta frase:

—Según eso, cree vd. que no debe uno ser periodista.

—Pero, hombre; replicó Pepe con cómica ingenuidad, ¿cuándo le he dicho á vd. que no se deben hacer cosas malas? Pero vamos á ver; eso quiere decir algo. ¿Porqué me hace vd. esa pregunta?

Vencí mis temores y conté á Pepe mi conversación con Carrasco, interrumpido repetidas veces por los aspavientos de mi amigo.

—¡Demonio! exclamó cuando concluí. ¿Y se guardaba vd. esto sin reventar? ¿Y se anda vd. con escrúpulos, cuando ve á Carrasco escribiendo; á ese pedazo de animal que no sabe donde tiene las narices?

—Es decir que vd. cree..... dije yo, estremecido por un escalofrío súbito.

—Creo que no debe pensarse un segundo; en primer lugar, porque no es cuestión dudosa la de si se come ó no se come; en segundo, porque no hay entre qué elegir; y en tercero, Juanito ¿le parece á vd. poco ser periodista, pertenecer al cuarto poder del Estado?

—¿El cuarto poder?

—El cuarto, sí, señor. Algunos publicistas habían creído que debía existir un poder municipal: pero esto resultó una tontería; y estudios más profundos, y la práctica, sobre todo, han venido á poner en claro, que el poder único que puede y debe añadirse á los tres poderes sociales existentes y conocidos, es el de la prensa. Vd., que no ha estudiado derecho público, no sabe nada de esto, ¡qué ha de saber! pero yo le enseñaré en quince lecciones cuanto necesita para no quedarse callado en los corrillos más presuntuosos. El congreso es representante de la voluntad del pueblo ¿verdad? pues la prensa lo es de la opinión pública. ¡Imagí-

nese vd. representando á la opinión pública! Nada; no abrirá vd. la boca sin que sea en nombre de la tal señora, que es persona decente, por más que ande en manos de todo el mundo. Esto es cómodo, porque la elección la hace vd. mismo, y no dudo de que cuenta vd. con su propio voto; y en cuanto á credencial, que se la dé á vd. el director de *La Columna del Estado*, con un movimiento afirmativo de cabeza, pues no hay fórmula determinada para ese importante documento.

—Hablemos en serio, dije amostazado.

—No estoy de broma, replicó el estudiante; tan formalmente hablo, que si el magnánimo señor Carrasco puede y quiere extender á mí la gracia de su protección, también acepto de buena voluntad, protestando ser digno sustentador de esa columna soberbia, no ensoberbecerme con los pequeños, no dar más oido á las lágrimas del pobre que á la justicia del rico, temer á Dios y recortarme las uñas, como el gobernador de la Ínsula Barataria.

—¿Aceptaría vd? pregunté con alegría.

—¡Ya lo creo! la primera oración es *el pan nuestro;* después ya puede uno encomendarse al santo de su devoción.

—La verdad, Pepe; á mí me entusiasma la carrera!

—A mi también, hijo mío, á mi también; porque me parece mejor que la de escribiente de notario.

—Yo siento inclinación.....

—¡Magnífico! Y no se piense vd.; el hambre ha sido la fuerza impulsiva de la civilización; y más que eso, la reveladora de los genios. Yo compadezco á los ricos, porque nunca llegan á saber si tienen talento ó no. Imagínese vd. un genio ahito. ¿Para qué ha de pensar? No tienen las letras, las ciencias y las artes, mayor enemigo que un lomo relleno, alimento macizo, compacto y de peso, que quita por tres días la tentación de pensar en cosas útiles. Si Homero se hubiera sentado en rueda con Agamenón, Aquiles y comparsa á devorar tanto toro asado como aquellos señores tenían por costumbre, nos quedamos sin Iliada; y si Cide Hamete participa de la famosa espuma de San-

cho en las bodas de Camacho, nos quedamos sin Quijote. No, señor; el hambre es el alimento del espíritu, es la levadura con que fermentan las grandes concepciones; y hay genios que viven ignorados bajo una capa de gordura y un abdomen repleto, como los ricos minerales que dormirán, eternamente desconocidos, bajo gruesas capas de tierra despreciable. Después de todo, vd. que tan inclinado se siente al periodismo, quizá resulte luego un genio como otro cualquiera. Esa inclinación me parece la omnipotente fuerza reveladora del hambre. ¡Desdichados los que no la sienten nunca!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI.

"La Columna."

El tiempo corría con su paso de veinticuatro horas diarias, el cual me parecía demasiado lento cuando esperaba la resolución del Director de *La Columna*, que iba aplazándose de lunes en lunes, y demasiado rápido, si me venía á la memoria la terrible conclusión del mes, idea naturalmente asociada á la del pago de mi pensión al capitán Barbadillo. Y no lograba calmarme, por más que en ello ponía todo su empeño el bueno de Carrasco, que me visitaba todos los días, excepto el anterior á la salida de cada número del periódico, por estar en tales ocasiones sumamente ocupado.

Decía Carrasco que el negocio estaba arreglado; que el Director nos aceptaba, aunque no tenía la honra de conocernos, con sólo las recomendaciones del mismo Sabás, quien por la cuenta, ejercía grande influencia en el ánimo y determinaciones de aquel hombre. Pero la cosa dependía del arreglo de otro asunto que el Director traía entre manos, y por el cual era traído y llevado de la redacción al Ministerio de Hacienda y del Ministerio á la redacción, cuatro veces en la mañana.

El periodista de San Martín de la Piedra me explicó al fin el enigma: *La Columna* era el mejor sostén del Gobierno; el periódico más leal y valiente en la defensa, y para ser en todo y por todo el más útil de los amigos, le faltaba sólo ser diario. El Sr. Ministro, que todo esto comprendía, llamó al Sr. Albar y Gómez, y le manifestó su deseo de que *La Columna* se publicase todos los días, ofreciéndole (puesto que era para bien del Gobierno) ayudarle á sostenerla, con *algo más* de lo que ya se le ministraba como auxilio. Y aquí estaba el nudo. Albar y Gómez temía que el periódico perdiese su independencia, recibiendo una suma regular, y quería hacer diaria su publicación sin recibir un centavo de aumento; pero esto no podía consentirlo el Ministro, y había dicho terminantemente á Albar que tomaría su insistencia como desaire.

Ahora bien: si al fin cedía el Director, tendríamos colocación nosotros, pues no era indispensable economizar; pero si cedía el Ministro, la colocación era imposible por la razón inversa.

Tal como Carrasco me lo contó, lo creí. Lo referí á Pepe, y como una sonrisa burlona del maldiciente estudiante me hiciera preguntarle si sería todo ello un cuento, me dijo:

—No sea vd. superficial; váyase al fondo de las cosas, y ruegue á Dios que el caballeroso Director sea menos magnánimo y desprendido.

Tocaba ya á su fin el mes de Mayo, y yo inventariaba en mi imaginación todos mis bienes, sin encontrar entre ellos cosa que poner en manos de Ferrusca, cuando una

tarde, bajo las primeras gruesas gotas de un chaparrón soberbio, entró Sabás en mi cuarto, sofocado, jadeante, quebrado el color; y dejándose caer en mi cama exclamó:

—¡Negocio hecho!

—¡Cómo!

—Hecho, concluido. Desde el día primero, *La Columna* se publicará diariamente, el jefe cedió al fin, y está en lo dicho. Usted y Pepe quedan admitidos.

Estreché á Sabás en mis brazos con tanta alegría y tan fuera de mí, que á poco más le habría roto un hueso. Perdí la dignidad de hombre serio y dí tres saltos y media docena de gritos que hicieron venir corriendo á la puerta á los chicos del agente.

Sí, señor; desde el día primero. Cinco pesos por semana; porque los sueldos se arreglaban así. Nosotros nos repartiríamos el trabajo como nos pareciera mejor. El periódico sería diario. ¡Cómo repetía Carrasco esto! Parecía que un hijo suyo había sido elevado á ministro. Le tenía mucho cariño á *La Columna*. Se publicaría todos los días excepto los lunes y los siguientes á las grandes festividades religiosas y civiles. No por esto dejaba de ser diario.

Llamamos á un mozo y le dimos las señas: calle de Cordobanes, notaría pública de D. Sabino Angosto; que venga inmediatamente D. José Rojo; asunto de urgencia; Monzón, casa de huéspedes.

Era preciso ir á presentarse al Sr. Albar y Gómez para organizar la cosa. Apenas quedaba tiempo para comenzar el día primero.

Esperamos á que las sombras de la tarde tomaran ese color propicio á la mala ropa, ese color democrático que todo lo iguala dentro de un aposento; y antes de que fuera hora de encender luces, nos presentamos Pepe y yo, apadrinados por Carrasco, ante el Sr. D. Pablo Albar y Gómez, conocido periodista, director de *La Columna del Estado*.

Era él un hombrecillo de poca estatura, cargado de hombros y más flaco de lo que había menester para parecer chico de escuela, si se le veía por la espalda. Míope obstinado en no usar lentes quizá por la

exigüidad de la nariz respingona, á fuerza de repetirle, se había quedado con el gesto compungido y ruguso en la cara; ese gesto del corto de vista que procura ver á corta distancia, apretando los párpados con fuerza, pero debajo de tan escasa nariz, nacían dos bigotes, que si no eran notables por espesos, bastaban para marcarle por hombre, visto de frente. En cuanto á su edad era difícil de colegirse, porque D. Pablo guardaba el secreto bajo las siete llaves de su piel azteca.

Esperaba yo, sobre un recibimiento cortés y hasta cortesano, una larga conversación instructiva referente á la situación actual del país y las excelencias de su gobierno; manera fina y decente de indicarnos el camino que en la redacción deberíamos seguir; y esperaba yo, además, que á la postre y con sutilísima delicadeza nos daría á entender lo de tanto más cuanto, y aquello de que después, mejorando las cosas, afirmada sobre buenas bases la publicación, nosotros mejoraríamos también. Pero nada hubo de lo esperado. Aquello fué el ajuste de dos

peones á tanto el día, por lo claro, lo breve y lo prosáico.

—En cuanto al modo, nos dijo para concluir, ya Carrasco sabe y él les dirá. El periódico sale la víspera á las cinco de la tarde; de suerte que deben apurarse para que el número del día primero se ponga en venta el dia treinta y uno, para lo cual es preciso que den el material el treinta.

—Lo escribiremos el veintinueve, dijo Peye con pasmoso aplomo y seriedad.

Yo me quedé estupefacto, pero creí imprudente pedir explicaciones.

En efecto, el día primero de Junio *La Columna* apareció con *cabeza* nueva, anunciando en su primer artículo que, favorecida por gran número de suscritores, saldría de allí adelante todos los días; que introducía desde luego grandes mejoras en la parte tipográfica, y que las filas de la redacción habían sido engrosadas con inteligentes y hábiles periodistas, siendo esto último motivo para felicitar á los lectores. El tal artículo era obra de Sabás, y casi me produjo ira; pero un oportuno discurso de Pepe, y la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ap. 1625 MONTERREY, MEXICO

observación de que nuestros nombres no figuraban en el periódico, que sólo daba el del director, fueron razones suficientes para calmarme.

Yo comencé por escribir algunos párrafos de gacetilla, sobre asuntos que Sabás me apuntaba; borrando y enmendando, y creyendo ver en cada palabra un desatino; pero el ejemplo de Pepe, que desde luego arrostró las más difíciles materias en largos artículos, y la poca conciencia con que Sabás plumeaba, como si estuviera aún en la Jefatura de San Martín, me alentaron y desencogieron y á los quince días eché mi cuarto á espadas con un editorial de dos pliegos, soporífero y tonto, sobre la paz y concordia en que la nación vivía, gracias al celo y pulso del atentadísimo Gabinete que gobernaba.

Mientras tanto Barbadillo se había conformado, sabedor de mi buena posición, con esperar un poco; y ya con tal desahogo, me entregué con tesón á mi tarea, de suerte que al espirar el mes de Junio, para mí escribir un articulazo era asunto de un par de horas y de cuatro pensamientos amplios, bien amplios y generales, desleidos en una docena de cuartillas. Pero lo cierto era que nadie paraba la atención en mis artículos, y yo mismo notaba que eran tan cansados como los de Carrasco. ¡Ya ni siquiera sentía yo aquella comezón en las entrañas!

VII.

Una noticia.

Una de las primeras noches de Julio, después de desembarazarme de Pepe, valiéndome de rebuscados pretextos, me dirigí á la calle del Amor de Dios; apresurando el paso para hacer tan largo camino en el menor espacio de tiempo. Los negros nubarrones que iban cubriendo el cielo, me infundían temor, tanto más cuanto que aun no había podido proveerme de un paraguas; pero no era bastante la amenaza del cielo para retraerme de mi designio, porque había yo recibido desde por la mañana un recado en el cual se me llamaba con cierta misteriosa urgencia.

Entré en la casa, subí las escalera, y como la señora viuda de D. Pedro Llamas, su hermano y su prima eran muy ordenados en el gastar, los corredores estaban casi á oscuras, debiéndose el *casi* á la luz débil que salía por dos puertas de las habitaciones. Tosí para que alguien me oyera; pero la tertulia de los tres viejos estaba animada, á juzgar por las voces que llegaban hasta mí; y nadie salió. Avancé entonces con la timidez de quien teme ser imprudente, y como volviera á toser, una voz fresca y simpática dijo á mis espaldas:

—Juan Lanas, creí que me dejarías esperando.

Y cuando volví hacia atrás, Felicia me dió un abrazo con su natural franqueza; me tomó en seguida por un brazo y casi me arrastró, haciéndome entrar en su cuartito.

—Sigo muy bien, me dijo; estoy encantada con estas gentes, que son muy buenas, y procuro corresponderles. Don Blas está muy satisfecho, porque luego que me traen el periódico se lo llevo á su cuarto, y como él es muy dado á la política, lo lee todo.

Yo ni lo entiendo, hijito; ya sé que todo lo que tú escribas ha de ser muy bueno; pero como no pones tu firma, temo leer un artículo de Carrasco y encontrarlo bueno.

Don Pedro Llamas fué, sin duda, muy parecido á sus hermanas de San Martín, y trasmitió á su mujer por contagio, y luego ésta á su hermana y su prima Encarnación, el carácter, las aficiones y las tendencias de raza. Don Justo, cuñado de la señora, me dió para ella una carta de recomendación, y así fué como vino á dar Felicia á la calle del Amor de Dios, y al seno de aquella buena familia, cuyo afecto supo granjearse en poco tiempo, y aun hacerle extensivo á mí.

Felicia, á pesar de sus recientes golpes, era la misma niña vivaracha y alegre que me curaba en San Martín la herida que recibí cuando andaba enla *bola*. Estaba, sí, algo más alta, sus mejillas no conservaban el color fresco de rosa que antes lucían, y habría tomado un aire melancólico su semblante, por la suave palidez, si no se opusieran á ello sus ojos chispeantes y habladores.

Me habló aquella noche de todo cuanto le vino á la cabeza, como tenía por costumbre; acompañando cada frase del gracioso y desenfadado gesto que le era propio; y tres ó cuatro veces mezcló con diversos asuntos el sacrificio que yo hacía por ella y la carga que me había echado encima, cuando la ví sola en el mundo, al morir su buen tío.

Cada vez que aquellas señoras le decían que era yo muy bueno, le parecía que no decían nada; porque yo no era bueno, sino mejor y mucho mejor. Bueno, podía serlo cualquiera. Y si no ¿qué había yo comido antes de ser periodista? Por fortuna tenía yo un talentazo de los que hay pocos, y sabía yo mucho. Ella conocía muy bien mi situación: la casa del pueblo se había vendido y sólo me quedaba el ranchito, éste estaba arrendado á Don Justo Llamas, y producía veinticinco pesos de renta mensual.

Yo la dejaba hablar, cuando iba á verla, interrumpiéndola solamente si tocaba este punto, que la conmovía al grado de saltársele las lágrimas; pero aquella noche su recado me tenía inquieto, y no la dejé sino á

medias seguir la corriente de sus pensamientos á su gusto.

¿Que era lo que tenía que comunicarme? Esperaba la pregunta para impacientarme un poco. ¿Con qué me había interesado su recadito? Bueno; pues no me diría una palabra; había yo de adivinarlo; se trataba de un asunto muy interesante para mí. ¿No atinaba yo? Lo más interesante de todo... Vamos, lo que yo quería más.....

—Será de.....

—¡Dilo, hombre, no tengas miedo!

—De..... Remedios.

—¡De Remedios, hijito!

—¿Y que hay?

—Pero siéntate, no sea que te caigas al oirlo.

Sin quitar los ojos de los de Felicia, impaciente y ansioso, obedecí, por esa conformidad del que no quiere dilaciones ni de un segundo; mientras la muchacha gozosa, enchida de contento, con las palabras en la boca y la alegría anudada en la garganta, me miraba como saboreando mi confusión.

—¿Qué hay, repetí?

—Pues que la monísima Remedios viene dentro de dos meses.

—¡Viene! exclamé deslumbrado.

—Sí, hijito, viene.

—¿Estás segura?

—Enteramente. Doña Sabinita Llamas se lo escribe así á su hermana Luisa. Cuando leí la carta me puse á dar de brincos delante de todos, y llore un poquito. Ellos me preguntaban «¿Qué le pasa, Felicia?» «Que la quiero mucho, les contesté, porque es muy buena y muy guapa, y porque es la novia de Juan, y porque en viniendo ella, yo los he de casar lueguito, aunque el bárbaro de Don Mateo reviente.» Se quedaron muy admirados los tres, y yo les conté todo de pé á pá, que al fin no te has de enojar por eso; les dije que Remedios es lo más lindo y lo mejor que hay, y que no habría hombre que la mereciera, si tú no hubieras nacido, porque tú te puedes casar con la princesa de Francia, ¡y ya quisiera la princesa!

—Pero, hija.....

—Es la verdad, y no me desdigo.

La alegría súbita que se había apoderado de mí, con no sé qué de susto por la sorpresa, no me dejaba hablar ni pensar ordenadamente. Dí tres vueltas por el cuarto, mientras Felicia me enderezaba otra retahila de elogios, de los que sólo oía yo la música sonora y argentina con que eran dichos.

La joven me obligó á sentarme y estar quieto para decirme lo que la carta contaba.

Remedios había estado enferma y mudando aires en una hacienda no distante de la capital del Estado, y se rehusó después á volver á la ciudad, hasta que su tío la llevó en el mes de Mayo á San Martín. En Junio hubo elecciones en el pueblo, y nombraron elector, entre otros, á D. Justo Llanas, quien sabía ya de buena tinta, que el diputado por San Martín al Congreso general que se reuniría en Setiembre, sería el Sr. Gral. Cabezudo.

—¡Diputado! exclamé con ira. ¡Diputado en México D. Mateo! ¡Un hombre que apenas sabe firmar! Esto es inaudito, espantoso, y el colmo de lo ridículo y de lo injusto. Se habrán propuesto elevar á ese salvaje hasta el cielo? Sin duda él mismo está pensando que se lo merece, y llegará al fin á creer de buena fe que vale mucho. Yo no puedo ver estas cosas sin que se me irrite la sangre y se me derrame la bilis..... ¡D. Mateo diputado! ¡Diputado!

El rencor despertó en mi alma, como si hubiera cobrado fuerzas con estar adormecido algún tiempo. Tal vez le había yo perdonado ya el ser General, cuando venía con un nuevo título bajo el brazo, para azotarme el rostro con él; y en mi corazón se fundían el odio y la envidia, engendrando un sentimiento solo, terrible para lastimarme, y tremendo para impulsarme contra aquel hombre.

Felicia, azorada, como incapaz de comprender el fiero movimiento de mi corazón, me siguió por el cuarto, me tomó de las manos, y con ingenua extrañeza me dijo:

—¿Y qué te importa que sea diputado, si trae á Remedios?

—¡Remedios.....! ¡Ciertamente.....!

Si ella venía ¿Qué me importaba lo demás? El nombre de la pedreña me llenó el alma,

y al ver fijas en las mías las expresivas pupilas de Felicia, aparté los ojos, avergonzado y confuso.

Volvimos á sentarnos, y yo procuré, en la animada conversación enmendar mi torpeza. Felicia charlaba con la verbosidad de la verdadera alegría que quiere manifestarse toda á la vez, comunicarse y propagarse en derredor; y yo, encadenado por sus palabras poco á poco, y embriagado después por sus esperanzas de color de rosa, la seguí, la seguí sin resistencia, luego con deleite, después con exaltación, hasta llegar, por una como seducción de la inocencia siempre optimista, al cielo de luz en que vivía el alma infantil, alegre y buena de la dulce niña. La vida era allí un idilio romántico, que se mantenía limpio, luminoso y tranquilo, á despecho y pesar del brutal realismo del mundo. Me ví en él y me sentí feliz, meciéndome voluntariamente en aquel dulce sueño engañoso, como el gañán miserable que busca en el sueño de la embriaguez el olvido y la compensación de su trabajo de bestia.

VIII.

Algo duro.

Fueron corriendo los días pesada y perezosamente, como si tuvieran gran trabajo para hacer rodar el mundo hasta el mes de Setiembre; y mientras tanto, la redacción del periódico, que había perdido el encanto de lo desconocido, que en los comienzos tuviera para mí, era ya un trabajo mecánico, más ó menos rutinario y fastidioso.

En la casa de huéspedes íbanse las cosas por el hilo de la costumbre, bien asentada ya desde mi ingreso. Don Ambrosio leía á Alamán con empeño que yo envidiaba, y le elogiaba con calor digno de mejor causa; en tanto que Jacinta daba de comer á la cotorra,

repitiéndole con heroica terquedad esas tonterías que se enseñan á todos los loros, como si los maestros estuviesen convencidos de que no se puede inventar nada mejor. Le daba el pan poniéndosele ella entre los labios; la llenaba de palabras cariñosas, que por falta de desahogo oportuno se le habían quedado almacenadas allá adentro; la regañaba con toda formalidad, como si fuera persona de entendimiento, y al fin le rascaba la cabecita, que la cotorra entregaba pacientemente, cerrando los ojos por complacencia ó por fastidio.

Joaquín siempre sucio y grosero, las uñas y el cabello crecidos, hablando obsenidades con la colilla del cigarro pegada en el labio inferior, alardeando de cínico y mal criado, la levita, más que vestida, colgada de los hombros. Pedro Redondo, su compañero, único capaz de aguantarle, echado en la cama durante el día y paseando por la noche, inútil para el estudio y quizá para todo lo que no fuera tener conocimiento de cuantas celestinas y mozas del partido había en la ciudad. Ferrusca, descendiente quizá de judíos,

é inclinado por atavismo al agio, seguía madurando el proyecto de cambiar la panadería en casa de empeños, y al decir de Don Ambrosio, matando de hambre al sobrino, tacaño y roñoso, si no era tratándose de los Torrubios, á quienes enviaba diariamente una docena de los más delicados bizcochos. Entre tanto, Torrubio, que era para el Agente de negocios una especie de comodín, no paraba en toda la mañana, ocupado, ya como apoderado, ya como testigo, ya como depositario, en los mil negocios de menor cuantía, que movía el agente con admirable destreza de titiritero práctico.

En la mesa, que era común á todos los huéspedes de Barbadillo, exceptuada la familia del Agente, había yo notado con disgusto que Doña Serafina Gomera era conmigo demasiado atenta y cuidadosa. Adivinaba mi deseo para pasarme un plato; celebraba ó aprobaba cuanto yo decía; me ponía los ojos encima siempre que hablaba; elogiaba el periódico y el periodismo en general, y aun llegó á poner en mi plato oficiosamente alguna presa que le pareció deli-

cada. Todo lo cual era recogido por Joaquín con maliciosa sonrisa, para dirigirme después puyas que me desagradaban en extremo.

Nada más natural que huir de aquella casa, procurando estar ausente la mayor parte del día; y esto hacía yo con la mayor diligencia, pasándome todo lo más del tiempo en la redacción, unas veces escribiendo, otras leyendo alguna cosa más ó menos útil, y otras charlando con Pepe y Carrasco.

En el piso bajo de la casa en que el director vivía, ocupaba la redacción un cuarto con ventana á la calle, desde el cual oíamos el ruido monótono de la prensa que sonaba á intervalos regulares en una pieza interior. La redacción era húmeda y fría; el tapiz viejo y desgarrado á partes, había perdido el color, las vigas descubiertas estaban adornadas con telarañas, y el piso de madera carcomida, hacía labor con todo ello admirablemente.

Dividía el cuarto una mesa grande y tosca colocada en el centro, sobre la cual muchos tinteros se habían volcado, según estaba la

carpeta de emborronada y sucia; sin faltar, hacia los bordes, largas y angostas quemaduras, como de cigarrillos que se dejan á un lado mientras se escribe, y arden olvidados hasta consumirse. La mesa era una confusión de periódicos, cuales enteros, cuales recortados por listas tijeras en momentos de apuro; los unos abiertos, los otros con la fajilla intacta; cuartillas emborronadas, volando éstas al soplar el viento de la ventana, pegadas aquellas á la carpeta por un chorro de estearina de la noche anterior; y en medio de todo, como señor absoluto y malhumorado, un diccionario descuardenado y con los cantos mugrientos, edición del año treinta y pico.

Media docena de sillas y un viejo estante de torcidos anaqueles, dormían pegados á la pared y llenos de polvo que nadie cuidaba de sacudir, después de la azotaina que el mozo *de arriba* les daba los domingos; las paredes estaban á trechos decoradas con algunos periódicos prendidos en mohosos ganchos, y entre ellos se distinguía por su ancha faz, un cuadro estadístico de la Re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

pública, de esos que se hacen á ojo de buen cubero y se dedican al señor ministro Don Fulano, en demostración de gratitud y adhesión.

Sin embargo, aquella redacción se animaba singularmente á ciertas horas. Pepe, Carrasco y yo nos sentabamos al rededor de la ancha mesa, y después de algún razonado parrafito que el estudiante enderezaba á Sabás, ó dedicaba al periodimo, á *La Columna* ó aun al propio Albar y Gómez, las tres plumas recorrían el papel, con suave rumor, resbalando tranquilas, uniformes, sin las suspensiones que la meditación exige, ni la agitada rapidez á que la inspiración obliga. Trabajabamos como escribientes no como escritores; no eramos artistas, sino obreros.

De repente Pepe alzaba la cabeza y encendía un cigarro.

—Señores, no es asunto de matarse. Descansen esas imaginaciones acaloradas, y oigan este trozo.

Y tras el aplauso que tributabamos al párrafo que nos leía, Sabás nos espetaba medio pliego de elogios al Gobernador H., que

pagaba veinticinco suscriciones del periódico y sólo recibía tres.

De vez en cuando, leía yo algo de lo mío. Aplausos, piropos formales y sinceros de Sabás y puyas de Pepe, acogían mi lectura, y no era poco frecuente que el estudiante me dijera:

—Muy bien; pero quite Vd. eso de «hasta cierto punto,» porque el Gobierno es perfecto hasta el punto de la perfección. Tampoco diga Vd. que casi todos los empleados cumplen exactamente con lo que la ley prescribe; porque ese *casi* tiene olorcillo y saborete de conato de oposición vergonzante.

Un día el director encargó que *se le dijera algo duro* al Gobernador X, cuya conducta no era muy cuerda, y que por rara coincidencia no pagaba suscriciones de *La Columna*. Al oirlo, sentí un escalofrío que me hizo temblar, y pedí para mí aquella importante tarea, por un impulso irresistible, que bien pudo ser inspiración.

Sentéme frente á un puñado de cuartillas, sintiendo interiormente aquella comezón inexplicable que me quemaba las entrañas en

ocasiones. Las bromas de Pepe, sus párrafos de lectura, las gacetillas que Sabás sometía á nuestra crítica, zumbaban en mis oidos, como el ruido de los coches que pasaban por la calle, sin distraerme ni apartar mi atención de la tarea que me absorbía por completo. Mi pluma arañaba el papel nerviosamente, hasta rociarle de tinta, guiada por los dedos temblorosos que se movían sin momento de reposo; y las ideas brotaban con facilidad, y caían en el molde de la palabra sin detenerse un punto, enteras, vivas y vigorosas.

Cuando hube concluido, mis compañeros tuvieron que escuchar mi lectura. El artículo llamaba á juicio al desdichado Gobernador; pintaba la situación del Estado al caer en sus manos, si no enteramente buena, puesta en el camino de serlo; después recorría rápidamente el primer año de su gobierno, y al llegar al segundo se detenía, examinando las leyes expedidas, los actos de los tribunales, imputándolos al mismo Gobernador; enumeraba actos atentatorios contra los ciudadanos dignos, y al fin presentándole la Constitución á la vista, le estrechaba, le combatía, le acorralaba, hasta dejarle anonadado y confundido.

Cuando concluí la lectura, Sabás fuera de sí, entusiasmado, casi loco se echó sobre mí y me estrechó en sus brazos, lanzando las más exageradas exclamaciones. Pepe estaba serio, mirándome con sincera admiración.

—No le creía yo capaz de escribir así, me dijo. Eso es soberbio.

Y continuó su trabajo sin alzar más la cabeza.

En efecto, el artículo, escrito con singular vigor, juntaba á la sonoridad de frases, robustez de estilo y fácil expresión de ideas. Sobre todo ello cayeron los elogios calurosísimos de Sabás, desmenusando los párrafos para demostrar mejor las abundantes perfecciones; y en ese trabajo le seguía yo, seducido por mi propia obra, deslumbrado y lleno de gozo.

Obligado á explicar el fenómeno de mi súbito mejoramiento, le atribuí á que por aquellos días me había dedicado á leer artículos y discursos de Castelar, á ciertos es-

tudios de Gramática, á qué sé yo qué más.

Pepe, que tal vez oía, mientras terminaba sus seis cuartillas, se levantó, tomó su sombrero, y al despedirse de mí, me dijo con el tono serio, severo y tranquilo que muy pocas veces usó en su vida:

—Procure vd. no escribir nunca en periódicos de oposición. Su espíritu es débil.

Y cuando Pepe salía, y yo recogía aquellas frases para examinarlas y entenderlas en su saludable profundidad, Carrasco dejó caer en mi corazón estas venenosas palabras, sin las cuales este libro no se hubiera escrito nunca:

—Eso es envidia.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON MONTERREY

IX.

Gacetilla.

Comenzó el suspirado mes de Setiembre, que suele ser en la ciudad más bella y elegante de la América latina, lluvioso y desapacible, y por ende lodoso y pesado; dando lugar y ocasión á que las señoras asustadizas no tengan digestión perfecta, y empleen el tiempo en llevar cuenta y razón de cada milímetro que sube el nivel del lago, aunque poco se les alcance de lagos, de niveles ni de milímetros.

Mi inquietud, sin embargo, era mayor que la de las señoras asustadizas, desde cierta noche en que Felicia me dijo, que el general Cabezudo y Remedios habían salido de

San Martín, enderezando hacia la Metrópoli, en los últimos días de Agosto. Por la cuenta no debían de estar muy lejos de la Capital, por más que tuvieran que andar en diligencia, y aunque Don Mateo, por cuidar de su sobrina, hubiese hecho los debidos descansos en algunas poblaciones de regular importancia.

Remedios sabía ya la calle y número de la casa de Felicia, y estábamos seguros de que no dejaría de anunciarle su llegada. Así, esperando de un momento á otro el aviso que Felicia debía darme, me mantenía yo en constante inquietud, mezcla de indecible alegría y vago temor, juntando la dulcísima esperanza de ver otra vez á aquella niña, cada día con más pasión amada, al sordo rencor que á mi pesar despertaba siempre en mi alma, la elevación de Don Mateo.

Una mañana entré en la redacción, saludé á mis compañeros que se me habían adelantado, y siguiendo mi costumbre, tomé el periódico del día, para leer la gacetilla escrita por Carrasco y por un cajista que solía ayudarle. De repente sentí que me puse pálido,

leí algunas líneas más, y al fin estrujé el papel en mis manos con irresistible cólera. Diez líneas estaban dedicadas á Don Mateo Cabezudo, que sin coma ni punto de más ni de menos, podían haberse consagrado á Napoleón I ó al gran Condé. Sabás las había escrito de orden superior, y por recomendación de Pepe no me había dicho nada.

Hablé de separarme de la redacción, eché á ambos en cara su reserva, cuando debieran ponerme al corriente, para procurar el remedio, y hablando á hilo hubiera ido no sé hasta donde, si Pepe no le cortara con alguna frase entre burlona y formal. Y lograda la interrupción, por más que fuera intempestiva, Carrasco metió como cuña una exclamación que no me permitió replicar al estudiante.

—¡Tengo que contarles algo muy grave!

La cosa andaba mal, y Carrasco que estaba en todos los ápices y pizcas de la Administración de *La Columna*, porque escribía la correspondencia de Albar y Gómez, nos expuso la situación en cinco minutos. Se tiraban siempre cuatrocientos ejemplares

del diario; cien para repartirlos en la Capital á los empleados de más categoría, y los trescientos para remitirlos á los Gobernadores de los Estados, entre los cuales había quien pagara cincuenta suscriciones; todo, por supuesto, á cambio de elogios, ó tal vez á cambio sólo de silencio. No había suscritores fuera de allí. Con tales productos, apenas se pagaban los gastos, no obstante que el periódico era carito, y quedaba como utilidad al propietario, la *ayuda de gastos* que Albar recibía del Ministerio. Pero he aquí, que el Señor Ministro, satisfecho quizá de que *La Columna* era lo más inútil é insustancial que salía de las prensas, y teniendo urgente necesidad de favorecer alguna publicación, por útil ó por peligrosa, había anunciado á Albar, que desde el mismo mes de Setiembre se reduciría á la mitad la tal ayuda. Albar era hombre de grandes resoluciones y enemigo de paños calientes, y había contestado con varonil energía: «O todo ó nada.» Y aquel día iba á resolverse la cosa de un modo ú otro.

Yo, que debía saber cómo se sostenía el

periódico, no había parado mientes en ello, por la natural disposición de mi carácter de atender á lo que personalmente me correspondía sin hacer caso de lo demás.

¡Con que así vivía *La Columna!* ¡Según eso, si no era Don Blas Ramírez, nadie la leía ni la conocía quizá! ¿Qué venía á hacer entonces mi empeño, mi entusiasta ardor, cuando escribía yo un artículo contra éste ó aquel?

—Creí, me dijo Pepe, que lo hacía vd. por amor al arte. Pero, joven, de no ser así ¿veía Vd. racional que hubieran entrado en la redacción dos escritores acabaditos de salir de la fábrica, como Vd. y yo? El Sr. Albar no se acuerda nunca de su periódico, y hace muy bien. Por obtener la misma utilidad no vale la pena de molestarse. Esta empresa no tiene reglas complicadas; todas se dicen en una: reducir los gastos. No seamos vanidosos; aquí somos guarismos que constituyen parte del sustraendo en la resta. Por eso no tiene vd. derecho de oponerse á que se publiquen párrafos en elogio de Don Mateo, quien por otra parte, tiene el que le dan las cinco suscriciones que paga.

Á mi indignación, que creció todavía durante un rato, sucedió uno como abatimiento de mi espíritu. Después llegué á consentir en que de todo aquello no me tocaba parte, puesto que era yo un simple guarismo; y pensando en mi situación y en Felicia, quizá me resigné á serlo, aunque sintiera lo amargo de la humillación.

Habíamos perdido dos horas, cuando el cajista gacetillero entró gritando:

—¡Faltan tres columnas!

—¡Demonio! exclamó Pepe.

Y como en los momentos de apuro, es jefe de hecho, el que de derecho debe serlo, el estudiante dictó las providencias convenientes para acudir á tan premiosa necesidad. Ordenó con voz de mando y todos obedecimos; y el cajista tomó las tijeras y algunos periódicos para hacer en ellos el segundo merodeo (que ya el primero estaba hecho desde muy temprano), y Sabás y yo nos sentamos, provistos de cuartillas y armados de sendas plumas.

—¡A escribir! Gacetilla, señores.

—¿Pero qué hemos de decir de nuevo? pregunté yo.

—Cualquiera cosa, hombre, lo que á Vds. les ocurra.

—Pero así.....

—Así; ni más ni menos. Vamos, que no tienen modo de vencer una dificultad insignificante. Vd. Juan, diga que en San Juan Nepomuceno, Sierra de los Mártires, una mujer dió á luz media docena de chiquillos en dos horas, de los cuales viven cuatro en buen estado de salud. Después en otro párrafo, cuente que en la ranchería de Casa-Negra, acaba de morir un índigena que contaba ciento cincuenta años, con toda su dentadura. Póngale por título: *Longevidad*. Carrasco, ponga Vd. algunas líneas dedicadas al Semanario de literatura que publica esa Sociedad de señoras, y extiéndase, después de hacer el resumen de materias del último número, elogiándolas á todas; muy parejito para que no se enoje ninguna. En otra gacetilla diga cuántos nacieron, murieron ó se casaron durante el último trimestre, en el pueblo que á Vd. le dé la gana. Yo empiezo por anunciar que la atribulada familia de Don Sinforoso Pérez, desea saber en dónde

para este caballero, que se ausentó desde hace diez años de esta ciudad. Mañana reproducen esto todos los periódicos de México, y verán Vds. si no parece el tal Don Sinforoso.

Y cuando esto decía, ya llevaba escrita la mitad del conmovedor parrafillo; y nosotros, riendo y celebrando su chispa, comenzábamos los nuestros, obedeciéndole sin observaciones.

—No hay cuidado, decía el estudiantón, después de inventar nuevas gacetillas; que vuelen esas plumas: no se necesita literatura sino material: echen Vds. cal y canto.

Y por aquel sistema, y con las tijeras del cajista, las tres columnas quedaron llenadas en veinte minutos.

Concluida la tarea, me despedí de mis compañeros y me dirigí á la casa de huéspedes. En el camino, libre para entregarme á mis pensamientos, el párrafo dedicado á Cabezudo vino á mi memoria, produciéndome un estremecimiento nervioso. El trecho era largo, y cuando llegué á la puerta de mi habitación, mis ideas habían fermentado

lo bastante para ponerme sombría el alma y caliente el cerebro. ¡Diputado Don Mateo!

Jacinta llegó á la puerta cuando yo arrojaba mi sombrero sobre la mesa.

—Tenga Vd. esto que trajo un criado, me dijo.

Y al entregarme *aquello*, que era una cartita con dirección escrita evidentemente por mano de mujer, apartó el rostro haciendo un gesto como de asco y mal humor.

Rompí el sobre con mano torpe por la precipitación, desdoblé el papel y leí:

«Ya llegó. Calle de Tacuba.»

Mi alma se llenó de una alegría indefinible que entraba en ella como en ráfagas de luz y en torrentes de armonía. No sé explicar de otro modo lo que sentí al leer aquel renglón.

¡Diputado! Tenía razón Felicia. Si Remedios venía, ¿qué me importaba que fueran diputados todos los mentecatos del mundo?

X.

Un Charco.

Dióse prisa el sastre á fuerza de recados míos, compré zapatos nuevos, y consumí el resto de mis ahorros en acomodarme de camisa limpia y sombrero flamante. Todo ello á la medida y ajustado á los mandamientos de la moda, me trasformaba, haciendo imposible que pudiera conocerse bajo tales arreos al huésped de la casa de Barbadillo.

Me abstuve de pasar por la calle de Tacuba, hasta no estar convenientemente aderezado, domando la impaciencia que con poderoso imperio me mandaba ir allá. Y llegado el sábado, obedeciendo á pueril vanidad, vestíme todo lo nuevo y fuí á presentarme á Felicia.

¡Qué guapo estaba yo! Hasta quiso llevarme á la sala para que me vieran las señoras y Don Blas. Cuando Remedios me viera así, iba á quedarse asombrada, iba á quererme mucho más que antes. Quizá hasta se avergonzara, porque de seguro estaría ella vestida á lo provincial, y aunque no era vanidosa, le gustaba presentarse bien delante de mí.

Yo dije algunas frases que manifestaran mi inconformidad con lo que la muchacha advertía; pero en el fondo estaba yo seguro de que decía verdad; y gozoso, satisfecho de aquella prueba, regresé á casa y procuré dormirme en seguida para no sentir la lentitud con que pasaba la noche.

Durante el desayuno, fuí víctima de algunas bromas de Joaquín, y blanco de las miradas de la señora Gomera, quien sobre estar más obsequiosa que nunca conmigo, llegó entre bromas y veras á declarar que era yo muy buen mozo. Parecía que Jacinta no había parado la atención en mi figura hasta entonces, y me miraba con una insistencia que hasta me pareció impertinente

y fastidiosa; y tanto habló Doña Serafina, que Jacinta aprobó con la cabeza, aunque luego la inclinó sobre el plato como avergonzada de su inocente ingenuidad. Don Ambrosio dijo que la moda era detestable, y no queriendo descargar sobre mí su enojo, puso en caricatura mis pantalones y mi levita, hasta que pudo extraviar la peligrosa conversación.

Á las nueve de la mañana, llevando todavía en la lengua el dejo del económico desayuno, me eché á la calle, meditando en el camino el plan que había de adoptar para ver á Remedios. Era sencillo y casi seguro: me apostaría (derivado de poste) en la esquina de Santo Domingo, y si la joven no había ido aún á misa, iría de seguro á Santa Clara ó la Catedral. De no ser así, por lo menos saldría al balcón, puesto que debía de estar todavía asombrada del movimiento, los edificios y todo lo demás de la calle de Tacuba.

Cien veces sentí súbito escalofrío, al ver salir de cualquiera casa una señora, creyendo había de ser ella; y otras tantas mi cora-

zón se puso á golpear con fuerza de cortarme el aliento. Y nada: susto en balde y agitación desperdiciada que me dejaba los nervios en alarma y cosquillosos. Y así fué pasando el tiempo y yo agitándome cada vez más, hasta llegar las diez y media.

La gente iba y venía continuamente á esa hora, agregándose al movimiento común y corriente de la ciudad el de las mil personas que acudían á la Catedral ó salían de las misas del Altar del Perdón. Hormigueaban por aquella parte los vendedores de dulces y pastelillos, los voceadores de periódicos, y los impertinentes vendedores de bastones, peines y baratijas, que todo se lo meten á uno por la cara. Los gritos de todos ellos, los que daban otros de mayor categoría que tenían sus *puestos* junto á *las cadenas* de la Catedral, voceando de hilo el inventario de sus mercancías, el ruido de los coches y el chillido de los pitos de hule que cien muchachos desarrapados vendían, formaban el gran rumor de la plaza central de la ciudad, llenándola y difundiéndose por las calles adyacentes.

Algún pormenor me distrajo un instante, quizá porque ya iba perdiendo la esperanza de lograr mi objeto; y cuando volví de nuevo los ojos á la calle de Tacuba, sentí uno como vértigo, una súbita flaqueza de los miembros, que me obligó á apoyar la espalda en la pared, á tiempo que el corazón me saltaba con fuerza extraordinaria, ahogándome.

¡Era ella!.....Me miró; pero su mirada fué un breve relámpago no más; porque, sorprendida á su vez, bajó los ojos hermosímos, escondiendo bajo las negras pestañas la suave luz que sólo ellos y el lucero de la tarde sabían derramar. Pasó junto á mí, tan cerca, que hasta creí sentir el roce de su vestido en mi desfallecida mano, estremeciéndome con nervioso temblor. Me parece que ella tropezó dos veces.....

Pero mi confusión y atolondramiento no fueron parte á impedirme notar otro pormenor de grande importancia. Cabezudo iba á su lado; clavó en mi semblante sus ojos de tigre, y al estar cerca, los paseó por todo mi cuerpo, desde la cabeza á los pies.

Yo los seguí con la vista. El cuerpo arrogante de Remedios, lucía siempre, flexible y airoso, á pesar del vestido de provincia que llevaba, de mal corte y sencilla tela. No me entretuve en mirar al tosco general; seguí á la joven con los ojos y con el alma, hasta que entraron en la Catedral, y cuando dejé de verla, su imagen quedó ante mis ojos deslumbrados, como la de viva llama que hiere la pupila aun después de muerta.

Cuando la misa concluyó, me había yo llegado á la puerta del Perdón, sin intención deliberada, de condición que casi volví á asustarme y sobrecogerme tanto como la primera vez, cuando ví salir á Remedios, apoyada en el brazo de su tío. Pero esta vez me tocó en suerte que fuera Don Mateo quien pasó junto á mí, ocultando con su ancho corpachón el de la hermosa *pedreña*; y entonces no tuve duda de que el General, en cuanto la cólera se lo permitió, puso atención especial en mi vestido.

Como si la breve mirada de Remedios hubiera irritado mi deseo de verla y acercarme á ella, creció mi afán; y venciendo el temor de exasperar á Don Mateo, volví aunque

en vano, por la tarde á la calle de Tacuba. Repasaba yo la escena de la mirada en mi imaginación, la veía yo bajar los ojos al encontrarse con los míos, la sentía pasar á mi lado, y hasta volvía yo á estremecerme, creyendo sentir en el dorso de mi mano el ligero roce de su vestido.

Así alimenté durante toda la semana el afán de verla que sentía; pues no logré encontrarla otra vez, ni siquiera divisarla desde lejos asomada al balcón.

Felicia recibió de ella un recado, avisándole que no podría ir á verla en toda la semana, porque tenía prohibición de salir hasta no tener trajes á la moda. Caprichos de su tío; pero pronto le daría un abrazó y platicarían mucho.

Esta esperanza me consoló; porque no era fácil que Don Mateo supiera cómo vivía Felicia, pues aun en San Martín lo ignoraban todos, si no eran los Llamas, quienes en bien de la joven consentían en aparecer como sus protectores. En cuanto á la viuda de Don Pedro, y los demás de la casa, guardaban por la misma razón, igual reserva.

Pasó la semana sin que volviera yo á verla. En la redacción estaba yo distraído y torpe, sin parar mucho la atención en las alarmantes noticias que cada día nos comunicaba Sabás sobre la suerte de *La Columna*, aun no determinada; pero con las probabilidades de quedar ella sin *ayuda de gastos*, y nosotros por puertas.

Mientras tanto, el Congreso abrió sus sesiones, y *La Columna*, celebrando tan plausible acontecimiento, elogió á la Cámara y á cada uno de sus miembros con verdadero calor; de todo lo cual yo no veía sino la parte que á Don Mateo le tocaba, para encender más y más el odio que por él sentía. Su título de diputado, su grado de general, el engaño en que las gentes podían caer, juzgándole por lo que algunos periódicos decían de él, y hasta el fuero constitucional de que gozaba, eran otros tantos motivos para que yo le aborreciera...aunque hubiera traído á Remedios cerca de mí.

El sábado las noticias de Carrasco fueron tan graves, que Pepe me obligó á considerarlas atentamente, y á sentirlas en toda

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

su gravedad. Á pesar de los esfuerzos de Albar, el Ministro no cejó en su propósito de acortar la subvención; y el propietario de *La Columna*, hombre versado en la ciencia del periodismo, que él entendía á su modo y según su escuela, despreció la mezquina ayuda que se le ofrecía, cierto de que, sin ligas ni cartabones, el periódico alcanzaría mayores ventajas. Desde luego (y esto era lo importante), *La Columna* no contaba utilidades; y si añadíamos que el Ministro había terminado sus relaciones con Albar, por las exigencias imprudentes de éste, había que esperar que muchos de los Gobernadores que protegían al periódico, le retirarían su apoyo. En tal caso, habría pérdidas.

¿Qué camino tomaría Albar? Probablemente suspendería la publicación del diario, y nosotros nos quedaríamos sin sueldo ni ocupación.

Por mucho que esto me importara y me afligiera, cuando al día siguiente hube tomado el desayuno, sólo pensé en ir otra vez á *apostarme* á la esquina de Santo Domingo y Tacuba. Pero en vano esperé hasta las

once y media; porque Don Mateo, previendo mi reincidencia, había llevado á su sobrina á misa á las siete de la mañana, burlándose de mí á su sabor.

Cansado y despechado me retiré de aquel sitio, sospechando la estrategia de Cabezudo; y lleno de enojo por haber sido tan simple, me propuse ver aquel mismo día á Remedios, aunque fuera dentro de su propia casa. Así fué que á las tres de la tarde estaba yo otra vez en mi puesto, con propósito de no moverme de allí en toda la tarde; pero un enemigo inesperado me desalojó: la lluvia que comenzó á caer en gruesos goterones.

El cielo, aliándose á Don Mateo, me pareció tan injusto que acabó de exasperarme; y sacando atrevimiento de mi enojo, eché á andar á toda prisa y fuí á abrigarme en el zaguán de la casa misma del General. Entré animosamente hasta el patio y dirigí una mirada de desafío al segundo piso. Estaba todo en silencio, que interrumpían de vez en cuando con sus trinos, dos zenzontles mecidos por el viento en sendas jaulitas

de latón. El viento agitaba el verde ramaje que salía de los tibores, produciendo suave rumor de cuchicheo. Y nada más. Parecía que en la casa no había alma viviente.

El chaparrón cayó con fuerza por breves minutos; después persistió ligera lluvia durante media hora, y al fin, recogidas las nubes, el sol volvió á alumbrar como rejuvenecido y alegre.

¿Por qué no atreverme? Dí algunos pasos hacia adentro, encaminándome á una puertecilla estrecha y sucia que aparecía abierta á un lado; al ruido de las pisadas salió el portero, y con la tranquilidad que pude fingir, pregunté:

—¿Vive aquí el señor general Cabezudo?

—Sí, señor, me contestó; pero salió desde esta mañana.

—¿A qué hora volverá?

—No sé; pero es fácil que sea tarde, porque fué á comer á la casa de un señor diputado, y después mandó por el coche.

—¿Por el coche?..... ¿El suyo?

—Sí, señor; el coche del señor general.

Salí á la calle sin añadir palabra, y me

eché á andar sin rumbo, á la ventura y aprisa, como si sintiera yo en las espaldas el látigo del cochero del señor General, obligándome á tirar del coche con fuerza y brío.

Las calles estaban lodosas y encharcadas, aunque la lluvia no fué tal que las pusiera intransitables por anegación; y fué preciso que volviera yo en mí, porque dos ó tres veces estuve á punto de meterme en un charco ó de ser bañado de lodo por los coches que rodaban, haciéndole saltar sobre las aceras.

Discurrí por unas y otras calles, y al cabo, dominando mi mal humor y rechazando los pensamientos dolorosos que á la cabeza me venían, fuí á detenerme en una de las calles de San Francisco, en donde multitud de gente endomingada como yo, mataba el tiempo viendo á los paseantes que, ya en carruajes, ya en caballerías, desfilaban por la calle aristocrática de la capital. Cuatro ó cinco caballeretes ó que tales me parecieron, estrechados con un escaparate cerrado, competían entre sí, adivinando desde lejos por el color de los caballos el dueño

del carruaje, apartándose oportunamente para no ser salpicados de lodo, cuando las ruedas, acercándose á la acera, entraban en un charco que teníamos enfrente.

Todos ellos, mirando hacia las calles de Plateros, se quedaron suspensos, corridos de no poder decir quien era el dueño de la flamante carretela que rodaba ligera tirada por un par de hermosos alazanes. ¡Imposible! Sólo yo lo sabía desde que ví el ancho cuerpo de Don Mateo destacarse sobre el fondo oscuro de los cojines.

Los caballos echados al trote largo avanzaban con rapidez, y sólo un instante pude ver á Remedios, que como avergonzada de aquella pública exhibición de su hermosura, llevaba los ojos bajos y ligeramente inclinada la cabeza sobre el pecho. Un instante no más; pero la ví en toda su deslumbrante belleza, realzada, abrillantada por la elegancia y riqueza del vestido, rigurosamente ajustado á su soberbio busto; noté en sus orejas gruesos brillantes, y brillantes y perlas ó algo tan rico así en lo más alto de su redondo pecho. Estaba ya muy cerca de mí; dí un

paso adelante, quizá para atraer una mirada, ó empujado por la irresistible fuerza que me empujaba hacia ella, cuando de pronto el lodo del charco, saltando con fuerza sobre mí, me salpicó de pies á cabeza, ensuciándome el rostro y cegándome por completo.

Una carjada en coro resonó á mis espaldas, mientras, llevándome ambas manos á los ojos, oía yo disminuir, alejándose, el ruido de la carretela arrastrada sobre el empedrado de la calle.

XI.

"El Cuarto Poder."

Al día siguiente, después de una noche de insomnio, empleada en repasar la ridícula escena de la tarde y alimentar mi doloroso despecho, fuíme á la redacción, abatido y enconado, añadiendo á mis negros pensamientos el de que quizá al llegar me anunciaría el director que nada teníamos ya que hacer en su casa.

Al entrar quedé sorprendido. La ancha mesa estaba cubierta con trapos, las sillas amontonadas sobre ella; el viejo estante, separado de la pared, se hallaba en manos de un carpintero que á fuerza de clavos procuraba enderezar los anaqueles; en tanto las

paredes se vestían de limpio, después de sacudidas las vigas, merced á cuatro trabajadores, dos de los cuales iban desgarrando el viejo papel, mientras los otros pegaban cuidadosamente el nuevo de fondo blanco y labor azul.

—¿Qué es esto? pregunté á Carrasco que miraba atentamente la marcha del trabajo.

—Que mejora todo, me contestó con alegría. Luego que venga Pepe subiremos á ver á Don Pablo, que tiene que hablar con nosotros. No sé de qué se trata; pero no hay que temer; ya sé que el periódico continúa, con sólo una suspensión de dos ó tres días.

No tardó Pepe en asomar, y después de que Carrasco le repitió las mismas palabras, subimos al escritorio de Albar.

El cuarto, por su mueblaje y adornos, demostraba que Don Pablo, en su larga carrera de periodista, no había perdido el tiempo; y que su escuela, si no inventada, perfeccionada por él, era la de principios más prácticos y positivos. El escritorio, en efecto, ostentaba bastante lujo y elegancia. Cubrían las paredes altos estantes repletos de libros;

la mesa era de fina madera con incrustaciones y entalladuras que hacían de ella una obra de arte; el sofá y los acojinados sillones estaban cubiertos de piel costosa, y en cada rincón, en cada sitio en que podía ponerse algo, había un grupo de mármol ó un busto de bronce; todo recargado, revuelto, apilado, pero representando riqueza, holgura en el gastar.

Cuando entramos, Albar hablaba con un hombre de unos cincuenta años, de patillas canas y anteojos con varillas de oro, rechoncho y antipático. Ambos se pusieron en pie, y después que Don Pablo nos designó por nuestros nombres, nos dijo, señalando cortesmente al otro:

—El Sr. Don Javier Escorroza, escritor público muy distinguido y reputado.

Nos sentamos. El nombre de Escorroza no me era enteramente desconocido. Traté de recordar, y en efecto, me vino á la memoria que había yo visto ese nombre, calzando artículos subidos de punto, en un periódico ultramontano de exajerados principios.

Albar tomó la palabra. Las cosas (esas *cosas* que siempre andan á vueltas), tomaban rumbos torcidos en manos de los hombres del poder, que de algún tiempo á aquella parte, desconociendo los verdaderos intereses de la Nación, ó yendo contra ellos á sabiendas, desatinaban en todo, en términos de no ser posible continuar sosteniéndolos, si habíamos de conservar íntegro nuestro nombre de escritores verdaderamente liberales.....etcétera. En una palabra: el Gobierno era malo y aun peor.

Escorroza oía y aprobaba. Los anteojos, de varillas demasiado largas, resbalaban sobre la aplastada nariz hasta llegar cerca de la punta; la mano inquieta del escritor los llevaba inmediatamente á su lugar; pero en un instante resbalaban otra vez, manteniendo al vejete en un movimiento constante, que en él era ya costumbre, ó si sufre decirse, vicio. Mientras Albar hablaba, Escorroza nos miraba con altanera superioridad, completando frecuentemente las frases del periodista por una impertinente precipitación, debida sin duda á su insoportable sistema nervioso.

—No hay duda, continuó Albar; la inmoralidad.....

—Cunde, dijo Escorroza; cunde rápidamente.

—Cunde, repitió el Jefe. No tenemos por qué continuar en el camino que adoptamos cuando la *Administración* seguía los verdaderos principios liberales y democráticos. Por el contrario, nuestro deber es colocarnos frente á los hombres del Gobierno, con la ley en una mano y.....

Ni Albar ni Don Javier pudieron encontrar qué tomar en la otra, y hubo que violentar el discurso.

Coincidía con todo lo dicho una inconsecuencia del Gobierno que rompía los compromisos que él (Albar) tenía contraídos, y este suceso, que calificaba de feliz, le daba la más absoluta libertad para echar por el rumbo que quisiera. Por todas estas consideraciones, había determinado continuar la publicación del periódico, dándole un carácter de absoluta independencia, es decir, de oposición, puesto que no se podía ser independiente sin ser enemigo de un mal Gobierno. El diario iba á ser, de allí adelante, de grande interés; era preciso ampliar y mejorar la redacción, ser cuidadosos en lo que se publicara, ser valientes y ser enérgicos. Para todo lo cual, el notable escritor Don Javier Escorroza tomaría parte muy principal en la redacción, haciendo de jefe inmediato nuestro.

Cerca de media hora duraron los discursos y explicaciones, fundadas en el decoro, los principios, y mil otras bases fundamentales que trajo á cuento Albar en sazón oportuna. Y no era preciso tanto para exaltar mi ánimo, de suyo vehemente y por entonces predispuesto á todo lo que fuera romper lanzas con todo el mundo. Tomé la palabra, con pasmo de Escorroza, que sin duda debió de juzgar aquello como atrevimiento de tonto; pero que no perdió ocasión para completar mis conceptos, con su inevitable impertinencia.

Aplaudí con entusiasmo la determinación de Albar, encomié sus propósitos, animé á mis compañeros y protesté, por mi parte, tomar empeño en la obra que á todos se nos encomendaba.

—Un escrúpulo, dijo Albar; un escrúpulo insignificante; pero que me inquieta, porque soy en asuntos de decoro muy escrupuloso, me ha hecho pensar cambiar el nombre al periódico. ¿Qué nombre le ocurre á vd., Escorroza?

El interrogado se levantó los anteojos y clavó la vista en el techo. Hubo un rato de silencio, y recordando yo ciertas palabras de Pepe, me atreví á decir:

—¿Le gustaría á vd. *El Cuarto Poder?*

—¡El Cuarto Poder! Oiga vd. Escorroza; me parece muy bueno el nombre.

Don Javier tenía puestos en mí los ojos, como asombrado de que yo hubiera discurrido tan peregrinamente; y me pareció que iba á desechar el título propuesto, cuando Albar dijo entusiasmado:

—No hablemos más. *El Cuarto Poder* se llamará. Para el jueves el primer número.

Salimos de allí, y dejando la redacción en manos de carpinteros y pintores, nos pusimos en la calle.

Sabás, arrebatado de alegría por el desenlace de la crisis que nos había puesto en peligro, nos revelaba desde luego los argumentos que se proponía beneficiar en los primeros números. Yo lo pensaba, aunque no lo dijera, ansioso de escribir ya, inquieto y agitado por la comezón que súbito renacía en mis entrañas.

Sólo Pepe, con aquella seriedad inmutable de máscara, parecía indiferente á todo.

—¿Y vd. qué piensa? le pregunté.

—Yo no pienso, me contestó; estoy convencido de que debemos continuar como hasta aquí, de simples obreros, si no hemos de confundirnos con el ilustre escritor Escorroza.

Y se despidió de nosotros.

XII.

Un botón.

Mi traje nuevo, colgado de un clavo enseñaba aún las manchas de lodo, trayendo á mi memoria la escena del carruaje, la altivez orgullosa de Don Mateo, el lujo explendido de Remedios y la carcajada en coro de los petimetres de la calle de San Francisco. Trabajo me costó resolverme á descolgarle, y someterme, aunque á solas, á la nueva humillación de limpiar aquellas manchas, que yo veía como la mayor afrenta.

Fuí á la puerta del cuarto de Jacinta y le pedí un cepillo; volví á mi cuarto con él, extendí pieza por pieza en mi cama, y encendida la cara de vergüenza y de ira, limpié cuanto pude, que no fué tanto que no quedaran señales opacas en donde antes estuvo el lodo.

Pues no era la suciedad lo más humillante para mí; había otra cosa que me abatía más aún, que determinaba más en mi alma el sentimiento de la derrota, la vergüenza, el despecho y el encono; y esta cosa era el lujo de Remedios.

No parecía sino que Don Mateo adivinaba por instinto la mejor manera de humillarme, Remedios con aquel vestido de seda, con diamantes y perlas en las orejas y en el pecho, sentada en los cojines nuevos de la carretela y arrastrada por dos caballos hermosos, estaba á una altura muy elevada para mí, había salido de la humilde esfera en que yo vivía, y hasta me parecía natural que me viera como pobrete despreciable, y que se riera al verme cubierto del lodo que ella misma me arrojaba á la cara. Puesto que las gentes ignoraban nuestra historia, tendrían por ridículo atrevimiento que yo pretendiera el amor de aquella mujer hermosa, rica y encumbrada, cuando yo apenas podía pagar un cuarto mezquino y un

alimento grosero. Mi impotencia aumentó mi encono, y por más que parezca tonto é injusto, cayó también sobre Remedios, culpable de ofenderme con sus diamantes, de no rechazarlos, de no despreciar el carruaje, de no andar pobre y á pie como andaba yo; yo, sí; yo que, pesárale á quien le pesara, le había dado un beso en la frente cierta noche en que iba sobre mi caballo, desmayada en mis brazos!.....

El periódico era, en cierto modo, un consuelo inexplicable para mí, grato y amargo á la vez. Las tendencias que habían de guiarle en lo sucesivo, despertaban en mi alma algo como un sentimiento, que nunca había hallado pávulo, y que le necesitaba con vehemente afán.

La mañana estaba calurosa y húmeda. Una lluvia ligera que había caído al amanecer, dejando al sol libre, sin nube que le estorbara, engañaba á las plantas con un remedo de primavera y una atmósfera caliente. Sonaba en el patio el chorro del surtidor sobre el fondo agotado de la fuentecilla; la cotorra gritaba, repitiendo las palabras que

le enseñaba su maestra; los chicos del Agente metían bulla en el corredorcillo, y de vez en cuando se oía la voz cascada de la portera, en agrias disputas con la criada de Ferrusca, que se empeñaba en lavar trapos sucios junto á la fuente.

Salí al corredor, y absorto en mis pensamientos, apoyé los brazos sobre la barandilla. La de Torrubio había sacado al patio un asiento bajo, extendido una estera á sus pies, puesto á su lado una canasta llena de lienzos, y tarareando una cancioncilla amorosa, cosía, reformando por vigésima vez su traje de gro negro. Torrubio había salido con el Agente para asistir á un embargo; el sobrino despachaba á los parroquianos en la panadería, y Ferrusca asomaba con frecuencia por la puerta de su habitación para repartir sus miradas, poniéndolas un rato en la venta y otro en la gorda Torrubio. Ella seguía tarareando su cancioncilla, con la voz fuerte de que alardeaba, aunque era bien desapacible.

Por primera vez quizá, fije mi atención en el rollizo cuerpo de aquella mujer, que

CAROLINA ARGENTINA

se hinchaba cada vez que aspiraba aire para seguir cantando. La miraba yo atentamente, como si algo desconocido hasta entonces me revelara su falsa frescura de jamona, cuando Jacinta, que se entretenía en podar un rosal raquítico colocado en una maceta, tosió, advirtiéndome que estaba presente.

Sentíme avergonzado, como si me hubiera sorprendido en una mala acción, y obedeciendo al primer impulso, entré en mi cuarto, como si quisiera ocultarme. Pero no bien estuve en él, sentí mayor vergüenza por haber huído, dando lugar á que Jacinta se imaginara quien sabe qué enredo; busqué la manera natural de volver al corredor y hablar con ella cualquier cosa, y fraguando un pretexto salí, dirigiéndome á la maceta del rosal.

—Jacinta, le dije ¿me hiciera vd. favor de darme una aguja con hilo?

—Con mucho gusto, me contestó con tono afectuoso que me llamó la atención

Entró en su cuarto y volvió á poco con la aguja entre los dedos.

—¿Va Vd. á coser? me preguntó burlonamente.

—No..... es decir, es un botón de la camisa.

—¿La que tiene Vd. puesta?

—No; otra que voy á ponerme.

—Pues lo pegaré yo; démela Vd. un momento.

—Se va Vd. á molestar.

—¡Qué molestar!

Y como me dirigiera yo á mi cuarto, ella me siguió tan de cerca, que pienso que me vió cuando arranqué el botón á una camisa que los tenía completos. No había yo contado con su amabilidad.

Dió un paso hacia adentro, y hubo un instante de perplejidad, porque no quiso sin duda sentarse, ni se determinó á llevarse la camisa á su cuarto.

—Deténgala Vd., me dijo.

Lo hice con ambas manos á la altura de su pecho, prendió ella la aguja en la tela, pasó el botón, é inclinándose un poco comenzó la tarea. Su aliento bañó mi muñeca izquierda, corrió por dentro del puño de la camisa y rozándome el brazo me hizo estremecer con súbito escalofrío. Sucedió por se-

CABILDO ALFONSINA

gunda vez, luego por la tercera, y cada onda de aire lanzada por ella me producía un breve sacudimiento y aumentaba el temblor de mis manos.

—Estése Vd. quieto, que me puedo pinchar, me dijo.

Y levantando un poco más la cabeza, que adelantó también para ver mejor, respiró con mayor fuerza, echándome todo un golpe de su aliento dentro de la manga. Me sacudí con mayor fuerza. Ella había concluido, y al cortar con los dientes el hilo, cerca del botón, puso una de sus mejillas sobre mi mano, y debajo de mis ojos su nuca, morena y redonda.

Cuando levantó su cabeza y quiso clavar en los míos sus ojos atrevidos y desfachatados, halló en mis pupilas tal expresión, que tuvo que apartarlos turbada y enrojecida.

Los pasos de Doña Serafina que salía de su cuarto, hicieron abandonar el mío á Jacinta; pero la litigante estaba ya frente á mi puerta, y la Barbadillo precipitó una de esas explicaciones que acusan, y dijo al retirarse:

—¡Este Juan que no sabe pegar un botón!

Y enseñó la aguja.

Doña Serafina la miró con aire de maliciosa seriedad, deteniéndose junto á la puerta; yo salí al corredor, por hacer algo, buscando en el movimiento el disimulo; y como tenía yo la cara encendida, no me ocurrió hablar de otra cosa.

—¡Hace un calor atroz, dije.

La Gomera me miró un instante, y antes de seguir su camino, me dijo, dulcificando el tono de su voz chillona.

—Cuando se le despeguen los botones á las camisas, llámeme Vd. á mí, que estoy muy cerca, y tendré mucho gusto en servirle.

Le dí las gracias brevemente, para que entendiera que no quería yo conversación. Las frases largas me cortaban el aliento.

CARLOS ALFONSINA

CAPILLA ALFONSINA

XIII.

En el balcón.

Apareció *El Cuarto Poder* en el *estadio de la prensa*, y todos los *estimables colegas* le recibieron regocijados, deseándole mucha suscrición y larga vida. Le anunciaron, haciendo grandes elogios del primer número; dijeron que el cuerpo de redacción estaba compuesto de notables y distinguidos escritores, y alguno hubo que pusiera con todas sus letras nuestros nombres, cargando á cuestas sus correspondientes adjetivos laudatorios. Escorroza se encargó de contestar, y á cada colega le dijo una flor distinta, haciendo uno como examen de la prensa; y tal salió, que cualquiera creería, con leerle, que

la tierra mexicana así paría escritores ilustres como revoluciones y magueyes.

Albar asistía diariamente á la renovada redacción, y aun solía escribir algunos artículos, caracterizados por lo interminable de sus párrafos, en los cuales no se encontraba punto donde tomar resuello. Pero entonces sí que parecía director del periódico, aunque más era administrador. Leía periódicos, señalaba con lápiz lo que debía contestarse, indicaba los asuntos que se habían de tratar y en qué sentido, y los repartía entre los redactores, dando á Escorroza los más graves, intrincados y trascendentales, como escritor de más enjundia y caletre.

Pero no habían salido aún cinco números de *El Cuarto Poder*, cuando mi serie de artículos, iniciada en el primero con el título de «La situación,» llamó la atención de la prensa por su vigor extraordinario, y la de Albar por los elogios que los colegas de la oposición hacían de mi pluma. Un diario tomó la defensa del Gobierno y la discusión se entabló con brío, con energía; por parte

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

del ministerial, con la constancia de quien cumple un pacto que produce rentas; por la mía, con el coraje y arrojo de quien encontraba en aquellos artículos un desahogo de los rencores é iras que encerraba en el corazón. El diario gobiernista llegó á ser severo conmigo, y yo entonces me volví insolente con el Gobierno; subió él á la insolencia contra *la oposición*, y entonces yo, (que en esos días seguía siendo humillado y burlado por Don Mateo), entonces yo, empujado por mis pasiones y adulado por Albar y Carrasco, y aplaudido por la prensa amiga, lanzé sobre el Gobierno cargos que nadie se atrevía á indicar siquiera; analicé la vida de cada Ministro; enumeré sus veleidades, sus errores, sus más leves faltas, descansando en los datos y noticias que el mismo Albar quiso darme; y al fin, extremando la energía del tono, la ampulosidad de la forma, y la insolencia de las recriminaciones, vituperé la conducta de la prensa que llamé *asalariada*, sin reparar en que yo también escribía por salario, y *El Cuarto Poder* le recibía del escándalo, como *La Columna* le había recibido de la adulación.

CAPILLA ALFONSINA

Y así era la verdad. En menos de un mes, el periódico obtuvo en la capital crecido número de suscritores; los pilluelos le voceaban por todas partes, haciendo una venta que superaba á la de los periódicos más cuerdos y reputados; los agentes de fuera hacían pedidos considerables, y los Gobernadores, asustados y temerosos, daban su protección vergonzante al periódico, á hurtadillas de los Ministros, pidiendo á Albar en cartitas afectuosas, mayor número de suscriciones.

Cuando á consecuencia de todo esto mi nombre fué conocido ventajosamente y Albar me dobló el sueldo; cuando mis artículos, reproducidos por los periódicos de oposición con grandes elogios, llegaron á ser buscados por los lectores y exigidos por el director como cosa indispensable, Sabás, en el colmo de la admiración, me adulaba con su simple sencillez; Escorroza se puso celoso y disgustado, y Pepe quiso darme algún consejo, que yo ni siquiera oí, confirmando las palabras que en otra ocasión me había dicho Carrasco. Aquello no era más que envidia.

Mi pluma abarcó bien pronto cuanta materia quiso, por ese privilegio que tienen los hombres de talento, de hablar de todo, seguros de hacerlo bien, así no entiendan el asunto de que se trate. Escribí un día crítica literaria al uso; es decir, poniendo por las nubes á todos los poetas, sin distinción alguna, ni siquiera de color político, porque así lo exigía la confraternidad de las letras nacionales. Y á poco publiqué una oda, que naturalmente fué acogida con grandes aplausos y que sirvió para que los demás me colocaran en la cumbre del Parnaso, por reciprocidad y gratitud. Esto dió ocasión á que otro poeta, tan inspirado como yo, escribiese una serie de artículos, probando sin contradicción, que el Parnaso mexicano era tan alto como el de cualquiera otra nación, y tres deditos más.

Mientras tanto, yo no solía ver á Remedios sino cuando iba á Bucarelli, en la misma carretela tirada por los dos alazanes. El carruaje pasaba junto á mí con rapidez; Don Mateo apartaba la vista para no verme, orgulloso y soberbio; Remedios, con los ojos

CAPILLA ALFONSINA

bajos, me parecía, sin embargo, altiva, por el brillo de sus joyas y lo reluciente del traje; los caballos mismos se me figuraba que erguían más las cabezas al pasar junto á mí y que trotaban con más brío. Sólo en tales momentos me sentía yo pequeño y miserable, á pesar de mi fama de periodista. La humillación que en todo esto veía y sentía yo, ejercía una influencia poderosa en mi alma; pues con poder de despertar y recrudecer mis rencores y con ellos la envidia impotente y desesperada, me empujaba vigorosamente á todo lo malo, con esa fuerza que adquieren las malas pasiones cuando flaquean las buenas y nos ahoga el despecho.

Me metía yo en un mar de suposiciones que tenía por hechos demostrados. Remedios, desvanecida por el lujo, que no había probado hasta entonces; deslumbrada por la refinada sociedad en que había entrado de súbito; gozando de todos los halagos de una vida de placer y de riqueza, despertaba del sueño dulce, pero simple y sencillo de sus primeros años, y con esos sueños se per-

día mi imagen, se borraba mi recuerdo, quedando apenas como el de uno de esos personajes de que reímos al despertar, porque le vimos hacer un papel demasiado importante en la ficción que nos embargó dormidos. ¿No sabía que yo era pobre? ¿No comprendía que su lujo me humillaba? ¡No me quería ya! Pero esto no obstante, yo me sentía arrastrado cada día á la calle de San Francisco, para verla pasar, como si tuviera yo cierta satisfacción dolorosa en confirmar mis suposiciones, recibiendo una nueva humillación todos los días.

Cuando me veía yo así como arrojado de mi paraíso, abrían á una los brazos para recibirme el mundo, el demonio y la carne; y por los tres me sentía atraído, en ellos creía ver como un refugio contra la adversidad, y aun algo como un desquite de mi mala fortuna.

Así me explico aquel ir frecuente á la sala de la casa de huéspedes; aquella inquietud que se apoderaba de mí, en viendo á Jacinta pasar frente á mi puerta; aquella irresistible comezón de platicar con ella sin

CARLOS ALFONSINA

asunto ni concierto. Las groseras palabras de Joaquín y aun su falta de miramiento para con la enclenque hija del Agente, cuya inocente edad no respetaba, me parecían menos repugnantes; la conducta de Pedro Redondo no tan mala como la juzgaba primero, y la historia del piso bajo menos grave de lo que decía Don Ambrosio.

Jacinta me lanzaba miradas muy hondas cada vez que pasaba frente á mi cuarto; y notaba yo en sus ojos no sé qué confianza é inteligencia de amigos viejos que saben alguna historia antigua, agradable y secreta. Á veces sonreía maliciosamente, y entonces sentía yo gana de arrancarle un botón á otra camisa.

Una tarde, al ponerse el sol, había yo entrado en la sala, interrumpiendo la lectura de Don Ambrosio, quien desde luego se empeñó en probarme que había yo desatinado en alguno de mis artículos, porque me ponía á escribir sin haber leído á Alamán. Jacinta, que bordaba junto al balcón, me dirigió una mirada expresiva, como atrayéndome; pero tuve que responder á Barbadillo, y el

viejo tomó argumento de mi contestación evasiva, para replicar y armar disputa, en la cual me ví forzado á seguirle, porque sentí picado mi amor propio.

La discusión se anudó, amenazando no terminar en toda la noche; Jacinta dejó el bastidor á un lado y tosió repetidas veces, y salió varias al balcón; pero el viejo no se mordía la lengua, y cuando yo, oyendo el reclamo de la muchacha, trataba de quebrar el hilo de la disputa, decía él alguna frase que equivalía á llamarme tonto ó ignorante, bastante á detenerme y empeñarme más en la acalorada cuestión emprendida.

Jacinta se puso al balcón, mirando un poco á la calle y otro al interior de la sala, inquieta y nerviosa, y aprovechando un instante en que yo hablaba con cierta moderación, dijo volviéndose á mí:

—Venga vd., Juan; venga vd. pronto, antes que doble la esquina.

Acudí al llamamiento, y la muchacha agregó, señalando á un individuo que llegaba ya á la esquina de Corchero:

—¿No es aquel el amigo de vd. que escribe en el periódico?

CARLOS ALFONSINA

La noche iba cayendo y era imposible distinguir á tal distancia una persona de otra. Sin embargo, yo me apresuré á contestar:

—Justamente..... es él.

—Pues ya lo conocía yo de cara, dijo Jacinta con naturalidad artificiosa.

Y como notara que Barbadillo me esperaba para continuar la discusión, siguió hablándome de lo que le vino á la boca, sin cuidarse de no revelarme su malicia, con tal de detenerme á su lado.

—Este es el que dice vd. que escribe muy bien, ¿verdad?

Yo no le había dicho nada.

—Sí, tiene cara de inteligente. Debe de hacer buenas migas con vd.; porque como son compañeros y piensan del mismo modo y están juntos todos los días.....

Siguió Jacinta ensartando mentiras, revelación para mí de malicia y verdadera provocación que me avergonzaba, por no haber tomado yo la iniciativa. Alimenté la conversación con empeño, conviniendo en haber dicho á Jacinta lo que ella inventaba en aquel momento; y cuando Don Ambrosio, cansado

de esperar, fué á su cuarto á guardar el libro que leía, su hija y yo estábamos tácitamente concertados para engañarle.

Cuando el viejo se retiró, la conversación de farsa tuvo que terminar; y Jacinta y yo quedamos frente á frente, á solas con el pecado que acabábamos de cometer, descubierta por ambos la doble malicia y ligados por la culpa. Ella me miraba con modo provocativo, clavando en los míos sus audaces ojos y con leve sonrisa en los labios; pero yo me sobrecogí, me asusté con el súbito cambio de escena, y volviendo lentamente el cuerpo, crucé los brazos y apoyé los codos en la barandilla. Después de un momento de inmovilidad, noté que Jacinta se colocó en igual postura cerca de mí.

La sombra indecisa de la noche iba invadiendo las calles; y más allá del Puente de Monzón, no veíamos sino los bultos borrosos de los transeuntes, cuyas formas era ya imposible distinguir. El farol suspendido en mitad de la calle, á poca distancia de nuestro balcón, extendía apenas su amarillenta luz en un círculo estrecho, que se pintaba

CARLOS ALFONSINA

en el suelo, moviéndose continuamente con las oscilaciones del farol que el viento mecía. Y el soplo de Octubre era frío, como precursor de un invierno riguroso; en tal manera que yo tenía las manos heladas, aumentándose el malestar que sentía en todo el cuerpo.

Después de cinco minutos mortales de embarazoso silencio, mortificado por la vergüenza de mi patente cobardía y empujado por una fuerza irresistible, volviendo la cara al lado opuesto, extendí los dedos de la mano izquierda hasta que tropezaron con los de la derecha de Jacinta. Extendiólos ella á su vez, y rozando suavemente los míos, me hizo estremecer, con un sacudimiento que me avergonzó.

—Hace frío, le dije; y mi voz apenas fué perceptible.

No me contestó, pero avanzando la mano estrechó la mía con fuerza; y yo la sentí tibia, gruesa y acolchonada, y penetrando su calor mis venas discurrió por mi cuerpo todo como corriente eléctrica. La sangre acudió á mi rostro, volví la cara y ví

los ojos de Jacinta brillantes, con la luz del farol en el fondo, como chispas de fuego, atrevidos y con expresión de echarme en cara mi cobardía, para animarme á la empresa. Nuestros hombros se juntaron, se estrecharon hasta estrujarse; mi mano resbaló hasta la redonda muñeca de la muchacha, y la apretó con ligera sacudida, y al fin, viendo sus ojos cerca, muy cerca; confundidos los alientos fatigosos, pasé mi brazo por su espalda, tomé con la otra mano su cabeza, y atrayéndola ruda y violentamente, puse mis labios en su rostro..... no sé en qué lugar: en cualquiera.

Cuando lo recuerdo, me parece que aquel chasquido resonó desapacible, sin poesía, semejante á un latigazo.

CABILLA-ALFONSINA

XIV.

¡No mientas!

No te apures, hijito; no te apures ni te acabes la vida, que todo irá llegando no sólo á su tiempo, sino antes. ¡Caramba! ¿Pues te parece poco tener tanta fama como tienes, siendo tan joven? Luego con ese talento que Dios te dió, eres capaz de llegar á Ministro ó á cualquiera otra cosa de esas que suenan fuerte. Don Blas está encantado. Dice que tú subirás mucho; y la verdad, mira tú, ahora si ya voy entendiendo lo que escribes. En cuanto veo tu nombre al pie de un artículo, me pongo á leerlo, por más que Don Blas se impacienta, esperando que yo concluya. Cuando les dices á los otros periódi-

cos que viven de mendrugos, y que tienen salario, y que el decoro de la prensa y que la altísima misión del periodista, y qué sé yo que otras cosas, hasta me pongo trémula, y me dan ganas de coger á todos esos tíos y echarlos en el bracero. Luego leo la gacetilla, no te creas que no; busco los parrafitos que copian de otros periódicos, en que dicen que eres gran escritor, distinguido poeta, hábil crítico.....¡Uf Juan! Si te ponen por las nubes. ¡Ah! ten presente que no le has hecho unos versos á Remedios, aunque te lo he recomendado cien veces. Bárbaro azafranillo, no la mereces, no señor; no creas que la mereces, por más que seas una gran cosa.

Por supuesto que toda esta plática de Felicia iba acompañada de los exagerados y graciosos ademanes de costumbre.

—Muchas gracias, señor Don Juanito, muchas gracias por los géneros que mandó vd. ayer, con los cuales me voy á hacer un vestido, ¡huy! pero qué vestido! Todo está muy bueno; pero no hay que abusar de la buena suerte; economise vd. caballero, eco-

CASILLA ALFONSINA

nomise vd., porque se tiene que casar dentro de poco. ¡No te figuras, hijo, cómo será eso de que vivamos juntos, Remedios, tú y yo! Te prometo que les he de servir de mucho, porque los quiero con alma y vida; sobre todo para entretener á los nenes, mientras vds. se vayan á pasear. Una Remedios así, mira, de este tamañito, y tan linda como la otra, y un Jnaniquirrito que ha de andar hecho una bola de gordo.

—Cállate, cállate; no digas simplezas; dije interrumpiéndole, y verdaderamente desazonado.

—¿Qué cosa? Si á ella misma he de decírselo.

—No quiero que lo hagas, y no lo harás.

—Pero, hijito.....

—Te repito que no, repliqué con cierta aspereza.

Felicia guardó silencio un instante, y luego mirándome con desconfianza me preguntó:

—¿Se puede saber que tienes tú con Remedios de algún tiempo á esta parte?

—Nada; respondí, afectando indiferencia.

—¿Nada? Mira, Juan, que me estás mintiendo.

—Pues nada.

—Entonces ¿por qué no le haces versos? Vamos á ver; siéntate allí, toma papel y has unos muy apasionados. ¡Anda!

—Pero, hija, tu crees que todo es sentarse.

—Ustedes los que tienen talento ¿cómo no? Vamos, hombre.

Permanecí sentado, y la joven, acercándose á mí, me tiró de la oreja con enojo.

—¿Ya lo ves? Tu tienes algo que no me quieres decir. ¿Por qué no le has escrito una carta? ¿Por qué no la buscas á todas horas?

—¿Y ella, pregunté á mi vez, exaltándome, por qué no viene á verte?

—Ya te dije que vino una vez, pero tanto entonces, como cuando he ido á su casa, el tío se nos ha plantado y no nos deja hablar á solas. No creas que lo haga por malicia, no; es que se me figura que á ese bárbaro.....

—¿Qué?

—Pues, hijo, que le gusta mucho platicar conmigo.

—¿Á Don Mateo?

—Al Señor General, sí señor. Se me queda mirando el pobre hombre, que se le cae la baba; y usa conmigo de cierta galantería de lo más divertido. Hijo, que se me figura que le lleno el ojo.

Y la muchacha se echo á reir con franca risa, mientras á mi se me subía la sangre á la cabeza, cierto de que Felicia no se bromeaba, ni se equivocaba tampoco.

—Es un bruto, le dije, que es capaz de pensar en tí de veras. ¡Se le ha subido tanto la vanidad!

—¡Silencio! gritó la muchacha. Vd. no sabe si me gusta ó no, y se expone vd. á lastimar mis sentimientos.

Y después de decir esto con cómica gravedad, cambió de tono y continuó con gesto de admiración.

—¡Ah! ¡Vaya si se le ha subido! Tiene coche, criados, paga un dineral por la casa que ocupa, todos los cuartos están alfombrados, y con una alfombra que hasta miedo da pisarla. Me enseñó todo. La sala está muy elegante, con espejos grandísimos; el come-

dor precioso; y, sobre todo el cuarto de Remedios, hijito, parece un relicario, propio para ella, digno de ella. Una cama muy linda con sus colgaduras que con soplarlas se deshacen; un tocador con mármol y su espejo alto hasta allá, y muchos frasquitos y trebejos por todas partes; un escritorio de no sé qué madera, que dice Don Mateo que vino de Francia, y un ropero con mas espejos; y muchas cosas, hijo, muchísimas cosas que ni sé cómo se llaman, porque ni Don Mateo ni Remedios se pudieron acordar para decírmelo.

La relación de Felicia me estaba ahogando; me puse en pie antes de que concluyera, y dí algunos pasos, aunque atento á lo que ella decía, sin perder una palabra. Cuando terminó, tomé rápidamente mi sombrero y me despedí de la joven con sequedad, divagado, quizá con el semblante descompuesto.

—¿Qué tienes? me preguntó.

—Nada, respondí. Voy á escribir un artículo, es tarde y había olvidado que tengo urgencia de escribir eso.....

Y mientras caminaba de la calle del Amor de Dios á la del Puente de Monzón, pensé con todos sus pormenores un artículo, comparando la casa humilde de un ciudadano de provincia, con la del mismo ciudadano cuando un golpe de fortuna le eleva á un puesto inmerecido. Los pensamientos eran francos y atrevidos, las palabras amargas y punzantes, las imágenes grotescas y oportunas; cada concepto un estrujón, cada palabra un latigazo.

Mi imaginación inventaba prodigiosamente, alimentándose con la amargura de mi corazón y encendiéndose al calor de mi cerebro. Y sus ficciones, vivas y tangibles, tomadas como realidades, servían para martirizarme más y envenenar mi sangre.

Próximo ya á la casa de huéspedes, mis ideas tomaron al parecer otro camino; pero no era sino el mismo, el del abatimiento el del despecho, seguido á prisa y muy adelantado.

¿Qué me importaba á mí todo aquello? ¿No había más mujer en el mundo? ¿No había en él glorias para todos los que supieran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

buscarlas, grandeza para los audaces y placeres para cada hombre? ¡Bah! Yo tenía la culpa, por encariñarme tanto con un pensamiento, y atenerme á cierta conducta meticulosa y tonta y hasta hipócrita. El mundo se agitaba en mi deredor; todos procuraban gozar de él, menos yo, que le tenía miedo...

Al llegar á la puerta, recordé que Don Ambrosio, que había tomado desde el día anterior un romadizo, no podía bajar á abrirme, y para la portera era demasiado tarde. De fijo no entraría yo aquella noche en mi cuarto. Probé, sin embargo, y con gran asombro mío, antes de dos minutos la puerta se abrió por mano de la anciana cocinera de arriba, que nunca velaba hasta esa hora.

Cuando hube subido la escalera, todo lo comprendí: Jacinta, frente á la puerta de su cuarto, estaba echada de codos sobre el pasamano. Me detuve un momento, y cuando la criada desapareció, rumbo á la cocina, avancé de puntillas acercándome á la muchacha.

—Son las once, me dijo secamente en voz baja.

—Me entretuve en la redacción, contesté.

—¡No mientas, no mientas!

—Es la verdad.

—¡No mientas! repitió Jacinta irritada.

Y al mismo tiempo, me dió un pellisco rabioso en el brazo. El dolor fué intenso; pero lo fué más el extraño sentimiento de satisfacción, de placer jamás probado que agitó mi cuerpo y conmovió todo mi ser, al verme castigado por una mujer celosa. Quise tomarle las manos, y como me rechazara bruscamente, añadido este incentivo á mi empeño, insistí sin miramiento; y al fin, ciego y obstinado, puesto que ella escondía las manos, hurtándolas á mi deseo, abrí los brazos, la obligué á estrecharse con la pared, y allí la aprisioné entre ellos, fuera de mí, casi ahogándola.

La puerta de Doña Serafina crujió para abrirse, y llenos de igual susto, Jacinta entró de un brinco en su cuarto y yo corrí al mío. Cuando la litigante logró abrir, mi puerta estaba cerrada, y yo detrás de ella contenía la respiración, Por una rendija ví á la inquieta señora levantar en alto la vela

para ver por todas partes, y noté que miró atentamente la puerta de Jacinta y la mía.

¡No la podíamos engañar!

CAPILLA ALFONSINA

XV.

El cajón de inútiles.

El Cuarto Poder iba su camino adelante guiado por el hábil redactor *en jefe* Don Javier Escorroza, en cuya sabiduría y pulso fiaba, descansaba y aun dormía el director y propietario del insigne periódico. Su prestigio, sin embargo, había menguado un poco con mi encumbramiento; hecho que él demostraba no haber pasado inadvertido, con la inquina y mala voluntad que me cobró y de que yo sólo hacía aprecio para envanecerme.

Pero el famoso escritor, además de este motivo, daba otros para aburrir á Albar y Gómez, siendo el principal, su manía insu-

frible de completar el pensamiento de su interlocutor, adelantándole las palabras. Albar fruncía la enjuta carilla con impaciencia, y procuraba no respirar hasta concluir la frase; pero ni así se escapaba: Escorroza le acompañaba por lo menos en la segunda mitad.

Y aun había más: Don Javier padecía distracciones inverosímiles, singularmente desatinadas, y peligrosas en su mayor parte. Cualquier sombrero era el suyo, limpiaba la pluma en las faldas de la levita de Carrasco, recogía la tinta del tintero volcado con las cuartillas que Pepe acababa de escribir, y hacía otras lindezas por el estilo.

Llevaba en cierta ocasión cerrada polémica con *El Lábaro del Siglo*, y con asombro nuestro, Escorroza alzaba el tono á punto de que nunca le creímos capaz, por lo provocativo, altanero y valiente. De uno en otro artículo la discusión se acaloró, se encendió, se agrió, hasta que era ya imposible terminarla si no por medio de las armas, ó por una satisfacción bochornosa para el que tuviera la debilidad de darla. Estábamos

nosotros suspensos y atónitos, de encontrar tal valor detrás del pacífico semblante del periodista; y más nos maravillaba la tranquilidad con que se ponía á escribir tanta cosa como le decía al *articulista* contrincante, «que ocultaba su rostro tras la máscara del seudónimo para herir á los caballeros que se presentaban con la visera alzada.»

El público lector seguía aquella polémica con creciente interés, gozando con los agravios que ambos periódicos se dirigían, y esperando leer un día ú otro los pormenores de un duelo. Albar estaba orgulloso, nosotros pasmados. Pero ¡oh dolor! un día *El Cuarto Poder* publica en su primera plana un artículo terrible contra Escorroza, del seudónimo autor; y á la vez *El Lábaro del Siglo*, uno de Escorroza, contra su adversario.....Nada; que Don Javier trocó los originales y los periódicos por distracción, y á pique se vió de perder los dos sueldos que ganaba.

En un arranque de indignación, tuvo esta disculpa:

—¡Malditos correctores, que no atienden más que á la ortografía!

Albar, pasada la primera impresión, dejó la cosa quieta. Al fin Escorroza tenía siempre la ventaja de ser periodista viejo; había necesidad de conservarle para que el periódico anduviese bien.

Desde aquel día, Escorroza fué para nosotros un títere sin valor ninguno; si bien Pepe aseguraba que la demostración de su mérito no podía ser más terminante. Yo estaba indignado y veía con desprecio al periodista, á quien insensiblemente fuí considerando como rival envidioso de mi verdadera importancia, y envidiado por su calidad de jefe de la redacción.

El único sobre quien ejercía su influjo de superior, era el pobre de Sabás; pues ni Pepe ni yo hacíamos maldito el caso de sus órdenes.

Á medida que el diario tomaba renombre y aumentaba su tiro, la redacción era más concurrida. El abogado que había de alegar en estrados próximamente, iba en busca de Escorroza para que pusiera dos renglones respecto á la justicia de su causa; el diputado, después de un mal discurso, lle-

vaba al periodista su media hora de charla, de tal suerte corregida y trasformada, que sin mejorar gran cosa, no se parecía en nada á la copia de los taquígrafos; á Don Javier buscaba el empleadillo que, temeroso de ser despedido, necesitaba un elogio para afirmar su posición; á Don Javier el cesante que trataba de ser repuesto; á Don Javier, en fin, todo el que había menester cinco líneas del periódico, para ampararse con la opinión pública ó envolverse en un pliegue de su generoso manto.

La mayor parte de los párrafos que de esta suerte prodigaba Escorroza, como dispensador de la fama y el renombre, eran escritos sobre puntos anotados con lápiz, por el paciente Sabás, que hasta creía recibir en ello cierta honra. Y en cambio el viejo periodista obtenía el provecho que de sí daban todas aquellas menudencias despreciadas por Albar; pues éste se atenía á las de más tomo y cuenta, bien como el rico labrador deja á sus jornaleros que beneficien los frutos desmedrados que no se entretiene en recoger.

BIBLIOTECA ALFONSINA

Mi recelo respecto á Escorroza me hacía acercarme á Pepe; mas la desconfianza que los juicios de éste me inspiraban, disminuían el saludable influjo que en mi conducta podían ejercer. Carrasco me adulaba cada día más, y su torpe juicio era la balanza en que pesaba yo el mérito de mis obras.

Una tarde, Pepe se colocó en el centro de la mesa, y tomó la palabra.

—Señores, nos dijo; mientras el Sr. de Escorroza, nuestro digno jefe, viene á la redacción y prepara sus notas para repartir opinión pública entre sus abonados, hagamos algo de provecho: veamos qué puede sacarse de los periódicos que acaban de llegar, para enriquecer las columnas del ya célebre *Cuarto Poder*. El Sr. Escorroza ha invadido nuestra jurisdicción, llevándose ayer dos arrobas de periódicos del cajón de inútiles, único gaje de que nosotros solemos disponer; y aun tengo mis sospechas de que la suegra del Sr. Albar ha hecho no pocas veces igual merodeo. De hoy en adelante seremos cuidadosos y vigilaremos la hacienda, limpiando el cajón dos veces por semana.

Aprobamos Sabás y yo la sabia medida y comenzamos á romper fajillas y abrir periódicos. Pepe nos ahorraba trabajo, porque apenas desdoblábamos un papel, cuando nos le quitaba de la mano ó nos indicaba su destino, que de buena gana aceptábamos.

—*El Imperio de la Ley*, oficial del Estado, destinado á elogiar á su gobierno: no lo vea, ya sabemos lo que dice. *El Orden Constitucional*, de Pérez Gavilán, paisano de grandes méritos, le redacta aquel mismo sujeto que fué nombrado redactor hace doce años: revistas de banquetes, brindis, versitos de Miguel Labarca á la hija de Gavilán: tírele. *El Ciudadano:* me gusta por su papel grueso y pesado que nos dá provecho en la venta; pero se surte de cuentecitos y versos que no tienen qué hacer en el órgano de un Gobierno. Ese oficial que tiene vd. en la mano, Sabás; ese que á vd. no le gusta porque publica sólo noticias administrativas y documentos oficiales, póngale aparte, porque á lo menos sabe cumplir con su deber. Esos otros dos, son lo mismo: póngalos aparte.

¡Déjese de leer editoriales, Juan! ¿Qué diablos ha de encontrar vd. en un editorial de *La Actualidad?* Pase la vista por los títulos de la gacetilla y échela en el cajón. Lea vd. este otro, si quiere ver algo útil, este diario es sensato y bien escrito. *El Comentador*, sucesor de la malograda *Columna*, vaya al cajón, que ya sabemos como se arregla; pero en cambio, guardemos *La Razón de Estado*, que no por ser ministerial deja de tener gran mérito como político y como literario. Ni tiente vd. ese papelucho, que vive del escándalo y nada más; ni ese otro, que subvenciona la Compañía exportadora de maderas de construcción, solamente para que no la ataque. Ese *Ramo de Azahares*..... elogie vd. á las señoras que le redactan; pero no le lea; pláticas de flores y nubes; gotas de rocío que se mueren de tisis; hojas secas que hacen llorar porque caen al suelo..... Elógielas mucho á todas, que al fin son damas.

Pepe continuó por largo rato mandando al cajón muchos periódicos sin leer más que el título, y apartando algunos para verlos

detenidamente, por útil éste, por bien escrito aquel, por razonado ó por imparcial el otro.

—¿Qué está Ud. haciéndo allí con *El Lábaro del Siglo?* me gritó de repente. ¿Vá Vd. á leer las polémicas que Escorroza entabla consigo mismo? Échele al cajón, no pierda el tiempo.

Pero no obedecí; la lectura me estaba interesando vivamente; tanto que me temblaban las manos y perdí el color. Concluí el artículo y le comencé de nuevo, á pesar de las órdenes de Pepe, hasta terminarle por segunda vez, con el rostro encendido y la cólera en su punto.

Pepe me quitó el periódico de las manos y leyó el breve artículo que tanto daño me hacía. Era el tal referente á Don Mateo; una página no más del libro de su historia, según decía el escritor; pero que por sí sola bastaba para ilustrar la vida de un hombre y legar su nombre á la posteridad con un manto de gloria inmortal. Un déspota, azote y verdugo de los pueblos, una fiera, un chacal llamado Vaqueril, chupaba de años

CARLOS ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

atras la sangre de un Estado importantísimo. La idea de la libertad surgió en el cerebro de un hombre ilustre, Perez Gavilán, y al llamar á los pueblos contra la tiranía, su voz halló eco en el noble corazón de Cabezudo, hombre acomodado, rico, feliz, que no vaciló en aceptar la suerte del mártir, sacrificando su bienestar por las libertades públicas. Lanzado á la lucha no pidió un centavo á nadie para sostener sus tropas: consagró á ello todos sus bienes y casi se arruinó; no tomó un hombre de leva, porque su prestigio no lo necesitaba ni su grande alma lo consentía. Era Hidalgo en la abnegación, Morelos en la estrategia, Mina en el arrojo, Bravo en la nobleza, Guerrero en la constancia. Venció contra ejército numeroso y aguerrido, impuso condiciones, y no derrocó desde luego al tirano, porque quizo evitar el derramamiento de sangre; pero como consecuencia de su triunfo, y de la hábil política que acordó con el ilustre Gavilán, dieron en tierra con el poder despótico del feroz Vaqueril. Y después de todo esto, Cabezudo no quiso que se el reconociera por

el Estado la deuda de los cuantiosos gastos de su peculio durante la regeneradora revolución. ¡Y aquel hombre distinguidísimo, aquel notabilísimo soldado, se conformaba, sí, se conformaba con figurar en el Congreso como representante de su distrito!!

Aquel día perdí el apetito, busqué á Jacinta para repetirle con vehementes palabras mi declaración de amor, gusté como nunca de la conversación de Pedro Redondo y me propuse ser su amigo y compañero, y hasta dí un paseo con Joaquín por las calles deleitándome con su plática de taberna.....

Y aún me faltaba mucho que ver. Al día siguiente casi todos los diarios de la capital reprodujeron el artículo de *El Lábaro;* unos haciéndole suyo, por callar su procedencia; otros añadiéndole comentarios que entrañaban el elogio; y aun los sérios, los sensatos, copiaron aquella colección de mentiras, sin más precaución que la de costumbre. Tomamos de nuestro estimable colega *El Lábaro del Siglo*.....

Con viva indignación me opuse á que se hiciera otro tanto en *El Cuarto Poder*, como

CAPILLA ALFONSINA

pretendía Escorroza, dando orden á Carrasco de añadir una glosa encomiástica. El se irritó, yo no cedí; alegó su calidad de jefe y yo los fueros de la verdad; y el conflicto habría llegado quien sabe á donde, si no le cortara Albar y Gómez, entrando en la redacción.

Escorroza y yo, hablando á la vez, exaltados y sofocados, expusimos los hechos al Director. El cual después de escuchar con los ojos fruncidos y la cara plegada, quedóse mirando á Escorroza, mientras meditaba la resolución.

—¿Los periódicos han reproducido ese artículo? preguntó al fin.

—¡Casi todos! contestó Escorroza.

—¡Pues entonces, nosotros nos callamos.

—Pero, señor, Cabezudo es.....

—Ya llegará el momento oportuno. Por ahora, en lugar de reproducir ese artículo, pongo Vd. un párrafo de gacetilla diciendo que lo hemos leído; que somos amigos de Cabezudo, pero que la historia necesita documentos que justifiquen la verdad.

Escorroza, corrido y rabioso, escribió el

CABILLA ALFONSINA

párrafo. Yo estaba satisfecho, lleno de orgullo; Sabás me miraba á hurtadillas y se reía. Pepe, que lo notó, se acercó á mí y me dijo:

—No sea Vd. tonto, ha perdido Vd. con costas el pleito.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA

XVI.

Bueso.

Y así era la verdad.

Dos días después un caballero correctamente vestido, luciendo dos diamantes en el dedo anular de la mano izquierda, la cual por ende no cesaba de acariciar los vigotes, se presentó en la redacción, y encarándose con Sabás sin quitarse el sombrero, preguntó en tono familiar y de confianza.

—¿Y Pablito?

—No baja todavía, contestó Carrasco, poniéndose en pie respetuosamente.

—Bueno, bueno; le esperaré unos minutos no más, porque tengo que ir á ver al Ministro de Fomento.

Echóse el flexible bastoncillo al hombro, nos dirigió á Pepe y á mí una mirada tranquila é indiferente, y silbando suavemente el brindis de *Traviata*, fué dando con lentitud una vuelta al derredor de la mesa, de la cual tomaba un periódico, una cuartilla acabada de escribir, una prueba de la imprenta; pasaba la vista por el papel, y en seguida le dejaba por cualquiera parte, como si nada le llamara la atención, y sobre todo, como si estuviera en su casa.

—¿Quién es éste? pregunté á Pepe en un momento oportuno.

Miróme el estudiante con extrañeza y me contestó:

—¡Quién ha de ser! Bueso.

Lo mismo daba para mí. ¿Y quién era ese Bueso, al cual había obligación de conocer?

Á la vista era un hombre de recia complexión, bien distribuido de partes, ancha frente, mirada audaz, por imperturbable y tranquila, bigote y piocha largos y de ese color negro verdoso uniforme que da la tintura por afamada que sea. Mentía unos cuarenta años, que bien podían ser cincuenta.

Su vestido era irreprochable, por la tela, el corte y la limpieza, y sobre el chaleco oscuro resaltaba brillando una gruesa cadena de oro, de grandes eslabones, y con tres dijes de mucho gusto, que se agitaban á cada movimiento del cuerpo. Por donde colegí que el tal Bueso debía de ser personaje de mucha cuenta y tos ronca. Colocóse después frente al cuadro estadístico, echó atrás el sombrero flamante de seda, y con el bastoncillo bajo el brazo y las manos en las bolsas, permaneció breve rato, levantando el cuerpo sobre las puntas de los pies, y golpeando el suelo con los tacones al compás de un aire de *Linda* que silbaba. Después se volvió á Pepe.

—¿Á qué hora llega Javier á la redacción? preguntó.

—Á la que quiere, contestó Pepe, sin quitar los ojos del periódico que leía.

Pensé que Bueso iba á irritarse; pero no fué así. Quedóse mirando al estudiante, ni más ni menos que si fuera el cuadro estadístico, y repitió el aire de Linda, llevando el compás con los tacones. Después se encaró conmigo, examinándome de pies á cabeza, y ya abría lo boca para decirme algo, cuando entró Escorroza. El cual no bien le miró, se quito el sombrero y le llevó hasta las rodillas, con ademán de respeto, en tanto que ponía en su semblante el gesto más cariñoso que sabía hacer. Estrecháronse las manos y se cambiaron frases de afectuoso saludo; Escorroza exageradamente fino y cortés; Bueso imperturbable, tranquilo, superior.

—Tengo que hablar con.....

—Pablito, dijo completando Don Javier.

—Me han encomendado un negocio.....

—Importante, sí señor; importante ha de ser cuando Vd. se toma la molestia de venir por acá.

—Ciertamente; ahora mismo tengo que ir al Ministerio.....

—De Justicia.

—No, señor, el de.....

—Guerra.

—Fomento. Me llama el Ministro. ¡Como hace tres días que no voy!

—¡Tres días! ¡Qué atrocidad! Pues avisaré á Pablito, si Vd. gusta.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA

—Bueno; avísele. Pero antes, una palabra por aquí afuera.

Salieron, y mientras hablaban, paseándose en el corredor, dije á Pepe:

—Pues no conozco al tal Bueso. ¿Quién es?

—Nadie, me contestó el estudiante con un gesto adecuadísimo á la palabra. Bueso no es ninguno. Si es algo, nadie sabe qué; ni siquiera él mismo. Todo el mundo le conoce, es vergonzoso no conocerle, y sin embargo, nada tiene que le haga notable. No tiene rentas y vive como príncipe. Arregla negocios en los tribunales, sin ser abogado; compra caballos y los vende también; tiene carruajes, criados, clientes que le fían los negocios de cierta clase, y amigos que le quieren de cierto modo. Tiene franca entrada en algunos Ministerios, y lo mismo se encarga de obtener una subvención, que de sacar una licencia del Gobierno del Distrito. Asiste á todos los banquetes políticos, tiene entrada y es recibido como compañero en los círculos más incompatibles; habla á todo el mundo por su nombre de pila, en demostración de confianza y familiaridad;

se mete en todas partes, juega, debe y trampea; todo con desparpajo, tranquilo, imperturbable, sin un gesto. Por lo dicho comprenderá Vd. que es personaje importante, y cómo todos le temen y procuran tenerle propicio. Es hombre de recursos é invenciones tan singulares, que figura como presidente de una sociedad de obreros que no existe, y en cada fiesta nacional, recluta socios á dos reales por barba, para que lleven en procesión por las calles el estandarte de la imaginaria sociedad. ¿Para qué? Vaya Vd. á preguntárselo, pues sólo él lo sabe.

Pasó una media hora. Bueso y Escorroza que habían subido á las habitaciones de Albar, volvieron á la redacción; el primero silbando, el segundo cabizbajo y con el ceño fruncido.

—Bueno, dijo aquel; Pablito está encaprichado y no hay remedio.

—Yo lo siento muchísimo....., balbuceó Escorroza.

—No; todo se arregla con que venga el General. Para mí habría sido mejor desde luego; pero Pablito ve su interés y tiene ra-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

zón: más le conviene comprometer al General personalmente. Bueno, bueno; á las doce estoy de vuelta.

Aquellas palabras me inquietaron, porque para mí no había en el mundo más general que Don Mateo, y la misma desazón que sentía, me hizo cargar la mano en el segundo artículo que escribía yo con el título de *Un cambio de Gobierno*, con tal pesadez, que casi resultaba virulento contra los actuales ministros. El primero me había producido un elogio de Albar y al periódico un aumento de ciento veinte ejemplares en la venta.

Albar bajó á la redacción y acercándose á mí, fué tomando una por una las cuartillas frescas aún. Estaba satisfecho, casi maravillado.

—Muy bien, me dijo; esto va á causar sensación, y á levantar más el nombre de Vd. ¡Apriete sin temor!

Á las doce me hizo subir á su escritorio, no sin sentir yo un sobresalto extraño, como presintiendo el peligro.

—Voy á necesitar que Vd. se encargue

de un asunto, me dijo, porque este Escorroza no sirve en ciertos casos. Además, sé que es Vd. del Estado de X, y supongo que conocerá sus hombres, su historia, sus elementos mejor que nadie en la redacción.

—Así lo creo, respondí temblando.

—Así es, afirmó Albar. Va Vd. á poner especial esmero en los artículos que escriba sobre el negocio á que me refiero; porque es para mí de importancia, y lo confío á la pluma de Vd., porque es también la mejor en la redacción.

—Favor de Vd.....

—No, no; es justicia.

—Y ese asunto.....

—Dentro de un momento, un momentito, va Vd. á conocerle.

Grande debía de ser el interés del Director, cuando estaba tan fino y cortés conmigo. Su oscura piel se plegaba con más violencia, y una sonrisa forzada contraía sin cesar sus labios, separando más uno de otro los dos lados del bigote de raza pura indígena.

Oímos sonar en el patio las pisadas de

varias personas. Mis sospechas habían crecido con las palabras de Albar, mis temores aumentaban y el ruido aquel puso en mí tal turbación, que hube de levantarme del sofá para disimularla.

Contra todo mi esfuerzo por conservarme tranquilo, sentí que me puse pálido cuando Don Mateo entró en el escritorio acompañado de Bueso y de Escorroza, y como por instinto, obedeciendo á irreflexivo deseo, dí dos pasos atrás, y aparenté distraerme con algo que había sobre la mesa.

Don Mateo saludó á Albar toscamente con burdas cortesías, é imitado por éste, pasó con Bueso á una pieza contigua. Al pasar junto á mí, noté que el General me miró, y vaciló un momento como queriendo detenerse. Albar, que pasó el último hizo á Escorroza un ademán indicándole que podía retirarse, y cuando éste me le repetía á su vez, Albar me dijo brevemente:

—Espere Vd. aquí. Yo le llamaré.

Escorroza salió lanzándome una mirada de odio terrible, que en algo compensó mis zozobras, por la satisfacción vanidosa que

me causó; pero bien pronto comprendí, con oir las primeras frases cambiadas entre los tres hombre de la pieza inmediata, que Pepe había acertado al decirme que tenía yo perdido el pleito. Debí huir de aquel lugar al sentirme tan completamente derrotado, al comprender el asunto y la trascendencia que para mí tenía; pero no sé que angustioso afán de llegar hasta el fin, me mantuvo como atado al sillón en que me senté para estar cerca de la puerta.

Don Mateo quiso al principio abordar el negocio; pero su torpe encogimiento de pueblo, oponiéndose á la franqueza en materia tan espinosa, le ataba la lengua más de lo ordinario y fué menester que Bueso tomara la palabra en su nombre.

Su voz tranquila, uniforme y monótona, sonó durante algunos minutos; para él no había asunto difícil de exponer, ni necesidad de circunloquios para expresar las ideas más mortificantes. El General había visto con extrañeza un párrafo de *El Cuarto Poder* que reclamaba pruebas para creer lo que *El Lábaro* contaba de su persona; y la extrañeza na-

cía sobre todo, de que Albar le había tenido antes por amigo, aunque sólo por cartas habían llevado relaciones. Todo lo que decía *El Lábaro* y mucho más era cierto, y de ello eran testigos millares de personas que conocían al General como á sus manos. Podía probarlo ¡vaya si podía! con documentos emanados del Gobierno del Estado y del Federal; con los periódicos de diversas épocas que conservaba en su poder; con esto y con aquello.....

¿Pero para qué? Albar no podía dudar de un caballero, y lo que importaba era que el ilustrado Director reconociera en el General un buen amigo, y lejos de sembrar la duda respecto de sus gloriosos antecedentes, procurara, como buen amigo, que fueran bien conocidos, apreciados y recompensados con el aplauso á que un hombre tan distinguido como el General era acreedor. Ya él se sabía que esto ocasionaba fuertes gastos; pero eso no era un obstáculo.....

Albar interrumpió á Bueso al llegar á este estrecho paso, con uno como gruñido que no decía ni sí ni no. No había que tratar de

eso, no señor. Aquel maldito párrafo se había *deslizado* en el periódico sin conocimiento del Director; pero luego que le notó, determinó poner el remedio; el cual consistía en publicar la biografía completa del señor General, asegurando que había sido escrita con vista de documentos fehacientes, y aun se pondría en el periódico el retrato del señor General, si tenía la bondad de proporcionar una fotografía.

Por delante de mis ojos pasaban nubes sangrientas que me cegaban; temblaban convulsamente mis miembros; con los dedos crispados estrujaba yo los brazos del sillón, hincando las uñas en la fina piel del mueble. En medio de la embriaguez de la ira y el despecho, apenas pudieron herir mis oídos algunas palabras relativas á treinta suscrisiones que desde el siguiente día iban á mandarse á Don Mateo para que las remitiera á sus amigos del Estado. Bueso aseguró que esto era importantísimo para el General; porque el General era hombre de gran porvenir político, que debía por ende, moverse con actividad y tino, para aumentar su pres-

CARLOS ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tigio y propagar su renombre por todas partes.

Clavado en el sillón, aquella escena me parecía, por momentos, grosera ficción de pesadilla cruel é inverosímil. Estaba yo sudando y sofocado.

De repente la puerta se abrió, los tres personajes de la comedia pasaron al escritorio, y ya en pie y tratando de reponerme, oí á Albar que dijo señalándome:

—Aquí tiene vd. la primera pluma de la redacción. Este joven se encargará de escribir todo lo relativo á vd.

Don Mateo y yo nos encaramos, cambiando una mirada de rencor profundo; aquel rencor amasado con la pasión del amor más puro, como el lodo se amasa con el agua de los cielos.

No supe qué decir, de tanto como quería; pero Don Mateo, incapaz de dominarse, dijo groseramente:

—¿Este amigo va á escribir? ¿Y qué sabe éste?

Y lleno de coraje me volvió las espaldas, afectando desprecio.

—Sé más de lo que á vd. le conviene para escribir su biografía, repliqué coléricamente; pero declaro al Sr. Albar que mi pluma no se empleará jamás en servicio de un hombre como vd.!

Don Mateo hizo ademán de echarse sobre mí y yo el de tomar un busto de bronce.

Albar se puso de un brinco entre los dos.

—¡Qué es esto! gritó espantado.

—Es vd. un títere desgraciado, rugió Don Mateo, enseñándome los puños por encima de la cabeza de Albar. Cuando le encuentre en la calle le voy á arrancar las orejas.

—¡Veremos! le contesté.

—¡Mocoso infeliz!

—¡Basta! gritó Albar con toda la fuerza de sus pulmones. ¿Qué sucede aquí?

—Sr. Albar, dije yo; ya lo ha oído vd.: yo no puedo escribir nada respecto á este hombre; nada, ni una palabra.

—Ni yo quiero que éste escriba, gruñó Don Mateo sofocado por la cólera; no lo consiento.

—Pues no escribirá, dijo Albar; y basta de pleito.

Bueso estaba frente á mí, con su semblante tranquilo, las manos en las bolsas, mirándome de hito en hito, con aire de curiosidad.

—Eso es, dijo, completando el pensamiento de Don Pablo. Que escriba Javier.

Escorroza, al ruido de las voces, había subido y llegaba á la puerta.

—Así se hará, contestó el Director; puesto que Quiñones se niega y el General no lo consiente, Escorroza se encargará de escribir todo lo relativo.....

—¿Al señor General? ¡Con muchísimo gusto! adelantó Don Javier.

—Y lo hará mejor, dijo Bueso.

Don Mateo me miró con aire de triunfo y mofa.

—El señor Director, dije yo, conteniéndome con dificultad; puede ordenar lo que mejor le parezca; pero debo advertirle que desde el instante en que el periódico publique el más corto elogio de este hombre, me retiro de la redacción.

Y sin saludar, con los puños cerrados y apretando los dientes salí del escritorio. To-

davía en el corredor oí las voces de Cabezudo, Bueso y Escorroza, que decían á la vez:

—¡Canasto! Este títere.....

—Eche vd. á este grosero.

—¡Cómo consiente vd.....!

El rumor de las voces exaltadas llegaba hasta la redacción. Pepe y Carrasco me preguntaron lo ocurrido; pero yo me limité á alzar los hombros y los dos callaron discretamente.

Media hora duró todavía el rumor que venía del escritorio. Al cabo de este tiempo sonaron en el patio los pasos de los tres hombres y sus voces todavía acaloradas, y cuando pasaban por el zaguán oí que decían:

—¡Sobre que Pablito cree que este muchacho es una gran cosa!

—¡Canasto, recanasto! ¡Esta sí que no se la perdono!

El orgullo sublimado, el rencor satisfecho, la vanidad complacida y exaltada, me pusieron á punto de ahogarme, y tuve que ponerme de pie para poder respirar. Pepe y Sabás me miraron sorprendidos, y yo, contraí-

do y descompuesto el semblante por nerviosa sonrisa, dije con insensato orgullo, arrojando la pluma sobre la mesa:

—¡Esa pluma vale más de lo que muchos se imaginan!

CARLOS ALFONSINA

XVII.

Á solas.

Pasaron algunas horas, y la meditación, la soledad, el aislamiento en mi cuarto, quitaron á la pasión el brío, y á la vanidad sus oropeles. Entonces pensé en lo que había sido siempre el móvil de mis acciones, el fin de mis esfuerzos, el término á que todos mis sacrificios y afanes se encaminaban: Remedios. Al evocar su recuerdo, me estremecí, sentí que se nublaron mis ojos, y tuve que cerrarlos un breve espacio, como para no ver la densa nube que pasaba sobre mi frente.

Y cuando los tuve cerrados, temí abrirlos por no ver en las paredes y muebles de mi

cuarto la realidad de mi vida. Los mantuve así, y para dominar la tendencia enérgica de mi pensamiento que me llevaba á considerar el abismo, cada vez más hondo, que me separaba de la que tanto quería, traje á la memoria el recuerdo de mejores días; cuando era ella la humilde *pedreña* y yo el sencillo enamorado de pueblo, con amor tranquilo, sin sobresaltos ni interés de drama.

El día que cumplió diez y seis años, aun no salía el sol cuando pasé por su casa; y ella que me conocía en el ruido de los pasos, salió á la puerta, suelto el cabello derramándose por la espalda, alegre y fresca como flor que ha recogido al amanecer el rocío de la aurora.....

Las impresiones recientes traían á mi mente otras ideas, interrumpiendo mis dulces memorias; pero yo las apartaba con viveza, y reanudaba mis recuerdos, huyendo de la realidad. Parecía que en mi interior luchaban dos seres enemigos.

Todas las pobres mujeres del barrio del Arroyo fueron aquella mañana á ver á Remedios, llevándole sus presentes humildes y

cariñosos. Yo estaba allí y ví á la sensible niña llorar de ternura y abrazar á aquellas buenas gentes, al recibir de sus manos el pobre obsequio que le ofrecían. Sin poderlo remediar, sentí yo más de una vez, que me conmovía la escena hondamente, de manera que era imposible el disimulo. Entre todas las personas que estaban reunidas allí, no había una sola por quien no sintiera yo verdadera simpatía: los Llamas, el Padre Marojo, el maestro de escuela, Felicia.....

Y vencido un instante por lo presente, ví en el cuadro que mi imaginación reproducía, que entre el Padre Marojo y Don Agustín Llamas, pasaban Bueso y Escorroza. Un nuevo esfuerzo de voluntad borró estas figuras repugnantes, y aunque trabajosamente, San Martín volvió á aparecer en mi mente, sin personajes exóticos.

La música del pueblo tocaba en el corredor de la casa, y la sala iluminada con la iluminación más profusa que pudo improvisarse, estaba llena de flores recogidas en el campo, que esparcían penetrante olor y lucían sus varios colores, sin más arte que las mucha-

BIBLIOTECA NACIONAL
CARLOS ALFONSINA

chas del pueblo sus caras frescas y alegres. El baile iba á comenzar, reinaba entre los convidados la franca cordialidad propia de los lugares pequeños en que todos se conocen y se tratan familiarmente. Yo tenía miedo, porque desde la mañana me había resuelto á decirle á Remedios muy clarito lo que sentía yo en el corazón, aunque ya ella se lo sabía muy bien. Quería atreverme y no podía; ya me acercaba con ánimo de invitarla á bailar, cuando el temor me vencía, haciéndome retroceder. Ella debió de notarlo, porque aun me pareció que se impacientaba; alzó los ojos y me miró con aquella expresión indefinible de sus grandes pupilas negras y húmedas. Vestía la niña un sencillo traje y el adorno de su tocado había sido arrancado de los arbustos del campo.....El traje era de humilde tela.....de humilde tela.....raso azul ajustado á su soberbio busto, derramado en ondas relucientes por la falda; en las orejas gruesos brillantes, y en lo más alto de su redondo pecho una joya riquísima que lanzaba rayos de mil colores y vivísima luz. Me llevé las ma-

nos á los ojos cegados por el lodo, y detrás de mí resonó una carcajada sonora, prolongada, llena de amarga burla, mientras se alejaba decreciendo el ruido de la carretela arrastrada rápidamente por las calles de San Francisco.....

Eso, eso era lo que nunca le perdonaría yo á aquel hombre alzado del polvo para humillar con su insultante fortuna á quien siempre valió más que él. ¡Qué me importaba el poder de sus riquezas, si tenía yo el arma de mi talento y mi pluma para herirle sin compasión y de muerte? Mi pluma, sí; aquella pluma que el más famoso diario de la capital no cambiaba por un aumento de suscriciones, ni por dádivas que se le ofrecían; como que era el alma del periódico, el secreto de su popularidad, la causa del respeto con que se le miraba por envidiosos y enemigos.....

Y por allí corrió mi imaginación desatata, impetuosa, como río que rompe el dique después da acrecer su caudal y sus fuerzas.

Así pasé la tarde, acosado por contrarios pensamientos, entre los cuales vencían siem-

BIBLIOTECA NACIONAL CARLOS ALFONSINA

pre los que, sublimando mi orgullo, me desvanecían.

Á las nueve de la noche estaba yo en el cuarto de Felicia, á donde acudí como en busca de refugio para salvarme de mí mismo.

—¿Me has hecho los versos para Remedios? me preguntó la niña. ¡Á que no! !Mira, Juan, que me voy á enojar contigo, y á creer que estás perdiendo la vergüenza!

—Deja eso, contesté; hablemos de otra cosa; quiero distraer mi imaginación.....

—¡Cómo está eso! ¿Con que no quieres pensar en Remedios? ¿Qué tienes Juan? ¿Qué te pasa?

Felicia estaba asustada, y sus últimas preguntas eran mimosas y dulces, como las de la madre al niño que llora. Después acercó al mío su asiento y poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

—Bien he comprendido que te sucede algo grave con Remedios; pero si es que te han dicho algo de ella, no lo creas; no lo creas, Juanito; mira que es muy buena y que te quiere mucho; mira que los envidiosos mienten y manchan á las pobres mu-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

chachas sin motivo ninguno. Vamos, hijito; dime qué tienes, qué te pasa, y yo iré á buscar á Remedios para decirle que estás triste y padeciendo por ella; que te consuele, que te haga feliz.....¿Te han dicho que no te quiere ya? Pues miente quien lo diga.

—No, Felicia, dije yo con amargura; nada sé de ella, nada me han dicho. Sé que es buena, la conozco, la quiero tanto como siempre, y sería yo el hombre más ingrato si no lo sintiera y no lo dijera así. Pero.....

—¿Pero qué, hijito?

—No me vas á comprender.

—Dímelo; aunque no te entienda.

—Remedios está muy encumbrada para mí.

—¡Encumbrada!

—Sí, dije con doloroso despecho; encumbrada, muy alta para mí. Hasta hoy he venido á reparar en que ella es rica y yo pobre, hoy que la veo en la sociedad encopetada cuando yo vivo entre la clase sin valor ni significación; hoy que Don Mateo saca á lucir sus riquezas, mientras yo me afano para ganar el sustento diario. Es ridículo

que yo reclame de ella el amor que me tenía cuando éramos igualmente humildes, hoy que hemos venido á averiguar que hay entre los dos tan grandes diferencias.

—Pero, Juanito, por Dios ¿qué estás diciendo?

—Esta es la verdad.

—¿Crees que Remedios.....?

—No creo nada de ella; sé que es muy buena; pero sé también lo que mi delicadeza de sentimientos exige.

—Eres orgulloso, entonces.

—Sí lo soy, cuando debo serlo.

—¿Quieres á Remedios?

—Con toda mi alma.

—Pues no tengas orgullo para ella.

—Pero he de tenerle para con su tío, dije con la energía que me comunicó una oleada de sangre que me subió á la cabeza. Don Mateo me aborrece y yo á él también, esta mañana nos encontramos frente á frente; á una palabra despreciativa suya, contesté yo con otra, trató de ofenderme y yo á mi vez le ofendí, y al fin logré vencerle, obligándole á salir desairado y corrido de la casa á

donde fué á solicitar un servicio, que él creía seguro conseguir con dinero. La guerra se ha declarado: mira tú si aun deberé pensar en Remedios, cuando su recuerdo no sirve más que para lastimarme la herida.

Felicia, afligida y angustiada, tenía en los ojos dos lágrimas próximas á rodar por sus mejillas.

—¿Ves lo que haces, Juan? me dijo en tono de dulce reproche. Se me figura que te estás volviendo malo. ¿Por qué disgustas á Don Mateo, si sabes que de él depende tu felicidad y la de Remedios? ¿Por qué te metes en otras cosas que no tienen tanto interés para tí?

—No tengo yo la culpa, contesté; yo he sido víctima de ese hombre sin motivo ni razón; he querido ir por el camino que mi deber marcaba y él me ha rechazado groseramente. Hoy no me queda más esperanza que una, amarga, venenosa, pero que me da aliento: la de vengarme.

—¡Juan, no digas eso!

—Mi arma es un periódico que él no ha podido comprar porque lo he impedido yo.

Haré uso de ella en la lucha á que he sido provocado; y sin más arte que decir la verdad y evitar que medre la superchería, haré sentir á ese tonto vanidoso, que yo también he llegado á valer algo, sin necesitar para ello párrafos de gacetilla.....

No era esto ya conversación con Felicia. Iba yo de un ángulo á otro del cuarto, y mientras la joven me seguía con los azorados ojos, hablaba yo conmigo mismo, como pensando á voces.

—Todo lo sacrifico, continué; todo absolutamente, puesto que fuera de Remedios nada hay para mí que pueda realizar las aspiraciones de mi alma. Al quitármela me quita lo poco bueno que hay en mi ser. Yo le quitaré, en cambio, lo que él más estima: la careta con que ha vivido siempre; el disfraz con que engaña á la sociedad.

Felicia, que nunca me había oído hablar de aquel modo, se levantó asustada y tomándome por un brazo, me obligó á sentarme. No, no debía yo hacer tal atrocidad. Así como estaban las cosas, aun podían tener remedio; ella iba á procurarlo, y esperaba conseguir mucho, porque sabía que Remedios era siempre la misma, buena, cariñosa, y ejercía sobre Don Mateo un poder absoluto. Poco á poco se llegaría á una reconciliación ¿por qué no, si yo era tan digno de Remedios? Pero yo debía ser más prudente, y pensar á toda hora en que se trataba no solamente de mí, sino también de aquella niña que tanto tanto me quería.

Convencida con sus propios razonamientos, fué tranquilizándose Felicia; su voz tomó luego el tono alegre que solía, y al fin su charla se hizo festiva, ligera, juguetona, comunicándome insensiblemente el suave calor de la esperanza, que ardía inextinguible en su alma de niño.

XVIII.

Apremio.

Las seducciones de Redondo y Joaquín, no habían menester mucha industria para vencer mi trabajada resistencia, cuando sentía yo necesidad de desorden, de vicio, para divertir mis pensamientos de su objeto constante y buscar en nuevas impresiones la compensación de mis penas. Así fué como me determiné á acompañarlos al baile de la casa de las Valcuernos, dos solteronas que vivían en la calle de Los Migueles, fraguando bailes de escote á los cuales asistían españoles dependientes de tendajón, empleados de quinta clase, algunos oficialetes y tal cual estudiante reprobado en los últimos exámenes.

Las Valcuernos vivían, fuera de ciertas dádivas y de los residuos de cada baile, ganando réditos en el agio más usurario de todos, con prestar dinero en muy cortas sumas á los indios de los pueblecillos inmediatos sobre sus casucas, huertas ó sembrados, los cuales concluían por pasar á poder de las solteronas, para ser vendidos por un precio diez ó veinte veces mayor que la deuda.

El baile estuvo animadísimo, como que hubo en él hasta cinco disputas que pudieron terminar á coces. El alcohol señoreaba las cabezas, contada la mía; y las costureras de enfrente, las sobrinas de las Valcuernos y demás gente femenina, gobernaban con el gesto, repartiendo sonrisas, coqueterías y más íntimas concesiones.

Era aquel un pedazo del mundo que hasta entonces no conocía; y hallaba en mi ser rincones que ignoraba yo, y saboreaba placeres que jamás había imaginado. La cabeza mareada, la lengua atrevida, desenfrenada la audacia, al sentirme en nuevo mundo, nuevo también ó trasformado me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sentí yo. Me enamoré de una modista y ella me encontró aceptable; brindé de tú á tú con un subteniemte de artillería; dí mil abrazos á Redondo, y al fin, reunidos los tres de la casa de huéspedes en un ángulo de la sala, entramos en pláticas de confianza y salieron las confidencias.

—Vd. se duerme, me dijo Redondo; ahí está Jacinta que puede decirlo.

—¿Creen Vdes.....?

—¡Bah!

—¿Pues no?

—Está que se muere por vd.

—No me duermo; lo que sucede es.....

—Que es vd. cobarde, hombre.

—¡Cobarde! ¿De qué he de tener miedo?

—Si yo estuviera en lugar de vd.....

—Ó yo, que no me muerdo la lengua.

—Pues he de probarle á vdes. que no soy cobarde, dije picado. ¡Ya verán!

Los estudiantes siguieron obstinados en que tenía yo miedo, que no sabía yo nada en aquella materia, y me demostraron, contándome sus azañas, que ellos eran capaces de las más atrevidas empresas, y que daban cima á las más arduas.

Á la madrugada el desorden era atroz, aunque allí se llamaba sencillamente animación, alegría. Las Valcuernos tenían trabajo con andar apaciguando disputas y cortando pendencias; las bocas estaban balbucientes, los ojos turbios, los cerebros torpes.

No sé á qué hora terminó el baile, del cual quedé maravillado y contento, jurando volver siempre que se repitiera y aun con mi cuota apercibida. Imposible era entrar á la casa de Barbadillo, y puesto que no debía de faltar mucho espacio para la llegada del día, nos resignamos á esperarle, andando de aquí para allá, sufriendo con paciencia el frío penetrante, contra el cual poco valían nuestros malos abrigos.

Cuando la portera abrió, ya hacía rato que esperábamos junto á la puerta. Entramos, me eché en mi cama sin desnudarme, y dormí profundamente hastas las doce del día.

Al despertar, los recuerdos de la noche me ruborizaron; traje á la memoria cuanto hice y dije; mi conversación con la modista, la que tuve con Redondo y Joaquín,

y me sentí hondamente arrepentido y avergonzado. Pero ¡qué demonio! ¿no era yo hombre, como otro cualquiera? ¡Con razón decían los estudiantes que yo no servía para aquellas cosas, y que tenía miedo! Debía yo sostener lo que había dicho, y demostrar que era yo tan capaz como ellos de cualquiera aventura. Si Jacinta había notado mi ausencia, mejor; si estaba enojada y celosa, mucho mejor; esto me allanaría el camino, puesto que nada hay para vencer como inspirar celos.

Á la una fuí al comedor. Tenía yo miedo, pero logré disimularle, y procuré no turbarme con la cara seria y enojada que me puso Jacinta.

Comí apenas, porque me faltaba completamente el apetito. Un malestar que nunca había sentido me hizo volver á mi cuarto, en donde tomé algún libro que no pude leer y arrojé á poco sobre la mesa. Laxitud de miembros, debilidad nerviosa, leve dolor de cabeza, me recordaban los excesos de la pasada noche, y me mantuvieron encerrado toda la tarde. Tan largas horas habrían

sido para mí de tormento, si las consagrara á pensar en Remedios y Cabezudo; pero había á la sazón una idea predominante en mí cabeza, y ella me ocupó constantemente: que me dormía yo, que tenía miedo, que Jacinta podía decirlo. ¡Ya iban á ver si no me atrevía!

Cayó la noche, y resueltamente me fuí á la sala. Jacinta, según costumbre establecida, fingía leer el tomo de Alamán que Barbadillo había dejado sobre la mesa, y me esperaba con impaciencia, pues hacía ya media hora que el viejo había salido á la calle, y apenas nos quedaba otra media de libertad. Al verme entrar, dejó el libro á un lado, frunciendo violentamente el ceño, y cuando me sentaba yo á su lado, me dijo con acento de cólera:

—¿Cómo pasaste la noche?

—Vamos, contesté, no te enojes, que no hay motivo.

—No seas cómico; no me inventes mentiras, porque no he de creerlas.

—No, Jacinta, repliqué con dulzura, no invento nada. Me entretuve con unos ami-

gos, se hizo tarde y me pareció imprudente venir á tocar la puerta á las once de la noche.

—¡Por eso has dormido toda la mañana!

—Nos propusimos despachar el periódico y velamos.

—¡No tienes vergüenza! gritó la muchacha, lanzando fuego por los ojos. Te has juntado con esos dos bribones, y te estás volviendo tan pícaro como ellos. ¡Vete de aquí! ¡Vete, que ya no te quiero ni te puedo aguantar!

Me había propuesto aprovechar los celos y el enojo de Jacinta; pero llegada la ocasión no supe cómo hacerlo. Estaba yo cortado y corrido, y permanecí inmóvil y en silencio.

Jacinta, que había apartado el rostro, lo volvió á mí con un movimiento rápido, y me dijo breve y ásperamente:

—¡Te digo que te vayas!

Y como apoyara en la mesa los brazos, hundiendo la cabeza entre ellos, sin obedecer ni contestar, me atreví á adelantar la mano y le acaricié las trenzas. Pero ella,

sin alzar la cara, echó atrás una mano, y con violento golpe apartó la mía.

—¡Vete! me dijo.

É incapaz yo de conocer y saber tratar á una Jacinta de treinta y dos años, que podía enseñarme mucho de lo que yo ignoraba, y burlarse de mí á su sabor, creí en su enojo, me dí por vencido, y con la vergüenza del chasco, me levanté y dí dos pasos lentos y tímidos, dirigiéndome á la puerta. Jacinta levantó la cabeza, y yo dí algunos pasos más.

—¡Ven acá! me gritó, con mayor enojo. ¿Qué..... qué no te ocurre decirme nada?

Y entonces sí que estaba colérica. Sus grandes ojos, oscurecidos bajo las anchas cejas que se unían por el fruncimiento del ceño, su boca enrojecida, las narices dilatadas, daban al duro semblante de Jacinta un aspecto de fiereza terrible, que me pareció la más atractiva hermosura, y la revelación más franca de la mujer.

Obedecí dominado, atraído, y al estar cerca de ella, me tomó por la mano, estrujándola con extraordinaria fuerza y me repuso

en mi asiento; clavó en los míos sus ojos de lumbre, y sin soltar mi mano me dijo:

—Contéstame claro ¿me quieres? Sí ó nó.

—Sí, le contesté, sintiéndolo con verdad en aquel instante.

—¿Me quieres? repitió, acercando su cara á la mía, hasta bañarme con el aliento abrazador que lanzaba por la boca entreabierta.

—Sí, mil veces sí, volví á contestar.

Y entonces se lo decían á una, la energía de mi voz, el fuego de mis ojos, y la nerviosa fuerza con que estreché sus manos entre las mías.

—Te lo creo, me dijo; te lo creo porque lo dices con el alma. Yo no puedo vivir sin tí; no me abandones, no me dejes de querer, porque soy capaz de ahorcarte. Te lo creo; pero eso es en este momento; mañana, tal vez dentro de una hora, te arrepientas; porque eres así: me quieres cuando estás á mi lado, lo veo, lo siento, y después no me haces caso.

Habló, habló buen rato, con impetuosa verbosidad, asombrándome con el exacto

conocimiento que tenía de cuanto dentro de mí pasaba, con relación á ella, sin turbarse siquiera al expresarlo todo con atrevida claridad, ni esconder ó callar á lo menos el secreto de la seducción que sobre mí ejercía. Yo la oía, pendiente de sus palabras, con vagos estremecimientos de gozo, complaciéndome en aprobar lo que decía y sin rubor para confesar que cuanto imaginaba era cierto.

Al cabo llegó al punto á que conducían sus extrañas declaraciones, y que yo no adiviné ni sospeché remotamente.

—Tengo derecho para exigirte una cosa.

—Díla.

—Tengo derecho, después de todo lo que pasa, y de lo que te he dicho.

—Díla, repetí con valor.

—Cásate conmigo.

Apenas vacilé un segundo, que necesité para resistir la terrible impresión que estas palabras me causaron, y traer á la memoria un caso de Pedro Redondo.

—Me caso, contesté.

—¡Pero pronto! dijo ella con gran exaltación.

—Pronto, respondí.

—Entonces, dijo Jacinta estrechándose conmigo, entonces.....háblale á mi papá ahora mismo.

Me sobrecogí de espanto al oir tal proposición. Además, Jacinta había dicho estas palabras con cierta suavidad, dando á su semblante aire de dulzura, en vez del aire de fiera embravecida que tan admirablemente le sentaba. La Jacinta que me seducía había desaparecido.....

—Eso.....balbucié, sin poder disimular mi turbación; eso...no es bueno todavía.

—¿Por qué no? preguntó ella irguiéndose con el semblante otra vez amenazador.

—Porque...Mira que tu papá no lo recibirá bien.

—Que no lo reciba; después lo consentirá.

—No tengo posición definida.

—¿No dices que te casarás pronto? ¡Mentiroso!

—Pronto; pero no tanto que...

—¡Qué más posición que la que tienes y la que puedes conseguir! Dí que no quieres

y dirás la verdad. ¿Quieres jugar conmigo? Pues te equivocas. Eres un hipócrita; finges ser sencillo y bueno y eres un.....

—¡Cállate! dije con voz ahogada, haciendo instintivamente el movimiento de taparle la boca.

—¡Hipócrita, mentiroso! repetía ella fuera de sí.

—¡Cállate! volví á decir, temeroso del escándalo. No digo que no le hablaré.....Escúchame! No digo que no. Pero hacerlo así desde luego, ahora mismo, sin buscar la mejor manera y el momento oportuno, es tal vez echarlo todo á perder.

Y como viera yo que se apaciguaba, continué con mayor empeño.

—Tu papá es hombre de mal genio, y es preciso estudiar el modo de hacerle esta declaración poco á poco. Por esto te hablo de mi posición; porque ya sé que esa ha de ser la respuesta que me dará. Por lo demás, puesto que estoy resuelto á casarme contigo y lo deseo y he de conseguirlo, ¡cómo no he de hablar á tu papá!.....

—Vamos, dijo Jacinta, calmada, pero re-

celosa; creo que te da miedo el paso. Ó mientes ó tienes miedo.

—La verdad, dije yo, aceptando la salida que ella me daba; la verdad es que tengo también algo de ese miedo que es muy natural.

Los pasos de Barbadillo sonaron pesadamente en el corredor, y en seguida el viejo entró en la sala, dejó sobre una silla el sombrero, y fué á sentarse jadeando en su sillón de vaqueta.

—¡Uf! hizo el viejo, respirando con fuerza; ¡cómo me sofoca esa maldita escalera! También es cierto que vengo de la calle de San Ramón, que no está á la vuelta.

Yo no contesté una palabra. La llegada de Barbadillo me había cortado, y miraba yo con desconfianza la actitud de sorpresa, miedo y timidez que Jacinta había tomado repentinamente, como niña de siete años, sorprendida en el momento de hurtar una golosina. Aquello no era natural, no era verdad, y me asustaba y ponía en congojas.

—Estuve charlando con Don Antolín, continuó el viejo, sin notar la desazón de su

hija; ya sabe vd., aquel gran político de mi tiempo, uno de esos de que se ha perdido la semilla. Y ¡cómo nos hemos reído de los liberales! Vea vd. si hay razón. Un sargento del antiguo ejército es ahora uno de los hombres más distinguidos en la política y en las armas. Es general, diputado, tiene una brillante historia y una hoja de servicios mejor que ninguna de las nuevas. Tan notable es, que los liberales lo reconocen y lo admiran; ahí están todos los periódicos desatándose en elogios; todos, no hay uno que no le llene de alabanzas, y tienen razón: Mateo Cabezudo es un grande hombre; basta que haya sido sargento del antiguo ejército para que valga más que los otros. Pero no crean que es de ustedes; no señor; siempre conserva sus ideas, y así se lo ha dicho á Don Antolín.

Jacinta seguía en su actitud de timidez, revelando la culpa; yo la miraba á hurtadillas con sobresalto creciente. Nada contestamos, y Don Ambrosio, impacientado, nos miró atentamente.

—¿Qué tienen ustedes? preguntó con extrañeza.

Jacinta bajó los ojos y se puso á hacer plieguecitos con su falda, como buscando distracción al miedo.

—Nada...contestó con suavísima voz, que hasta temblaba.

—¿Qué tienes? gruñó Barbadillo adelantando el cuerpo.

—Nada...volvió á decir ella.

—¿Qué sucede aquí? preguntó el viejo, clavando en mí sus ojos irritados y casi afligidos.

—Nada, dije á mi vez, lleno de confusión y de angustia.

—¡Jacinta! gritó el viejo poniéndose en pie solemnemente. ¡Jacinta! No me engañes; dime qué ha pasado aquí.

—Papá...balbució Jacinta con hipócrita timidez; no se enoje vd., estábamos platicando.

—No ha pasado nada, dije yo, queriendo adelantarme á Jacinta; una conversación...

—Sí, interrumpió ella con cierta vivacidad, adivinando mi intento; una conversación; es que Juanito quiere hablarte de.....

—¿De qué?

Jacinta tomó otra vez su aire compungido y temeroso; yo, acongojado y sudando, no encontré que inventar.

—Dílo,.....dígalo vd.....tartamudeó la Barbadillo, aparentando forzada sumisión.

—No tengo que decir nada, repliqué violentamente.

—¡Por fin! exclamó Don Ambrosio enojado y enrojecido. ¿Es esto un juego ó qué cosa?

—Ya sabe vd., murmuró Jacinta, que Juan es muy tímido.

—¡Pues dímelo tú!

—Pero.....

—¡Dímelo! gritó Barbadillo alzando el brazo y enseñando el índice á su hija, terrible, amenazador.

Jacinta fingió vacilación y luego un esfuerzo difícil.

—Quiere..... quiere casarse conmigo.

Me levanté como empujado por un resorte, pero no tuve valor para desmentirla.

Barbadillo, rígido por la inesperada impresión, quedóse como estatua, movibles sólo los inyectados ojos, que después de poner

sobre mí, clavó tenazmente en el semblante de su hija. ¡Casarse Jacinta, á quien él había educado con tal arte que era incapaz de pensar en hombre que no fuera él mismo! ¡Casarse Jacinta, cuando él la suponía enemiga del género masculino y hurtada á sus atracciones!

Después de un momento de estupor, cuando la sangre acudió de nuevo y con más ímpetu á la cabeza de Barbadillo, pudo hablar, aunque difícilmente.

—Quiere..... quiere él. ¡Es decir, que tú también quieres! ¡Cómo es eso! ¡Tú casarte! Eso me saco yo por admitir en mi casa gente que no conozco, y que después me sale llena de picardía.

—Sí, señor; continuó encarándose conmigo; Vd. abusa de la confianza que me ha inspirado; yo lo dejaba hablar con esta criatura á todas horas, creyéndolo incapaz de una falta semejante. Vd. ha venido á seducirla; á enseñarle cosas que ignoraba, á echarla á perder.....

La borla saltaba con furia sobre la cabeza de Barbadillo, y la montera se plegaba y

desplegaba como en colérica gesticulación. El viejo siguió recriminándome, é increpando su fragilidad á Jacinta, violento y amenazador, hasta que ella se levantó, conociendo que era llegado el momento oportuno, y echándole al cuello los brazos se puso á sollozar, derramando un torrente de lágrimas. Barbadillo comenzó por calmarse, después calló, y al fin, conmovido y dominado, abrazó á Jacinta, lloroso y mudo.

Tomando el partido más prudente, pasé por detrás del viejo, y salí de aquel potro. Jacinta no necesitaba detenerme y Don Ambrosio no quería.

En el corredor, cerca de la puerta, estaban Joaquín, Redondo y Doña Serafina, escuchando. Al verlos sentí que la vergüenza me sofocaba más aún; quise pasar entre ellos sin detenerme; pero Redondo me agarró por un brazo, y sonriendo con malicia y satisfacción me dijo:

—Ahora sí.

XIX.

Adelante.

Escondiendo mi vergüenza, procuré no dejarme ver en los días siguientes, y sólo entraba á la casa de huéspedes para dormir, haciéndolo á buena hora para no encontrar cerrada la puerta y exponerme á que la abriera Barbadillo.

Lo difícil de mi posición, el despecho de mi derrota y la humillación que producía la vergüenza, fueron causa de irritar mis pasiones, sacándome de quicio, si es que estaba aún en él. Los artículos que á la sazón escribía bajo el título de *Cambio de Gobierno*, habían llamado la atención y provocado contestaciones violentas; pero el cuarto ex-

cedió á cuanto se podía esperar y produjo alarma, y con la alarma una venta extraordinaria de números sueltos, verdaderamente excepcional, increible.

El buen éxito irritaba más mi caliente sangre, y en el afán de zaherir, de lastimar y morder, apartándome del camino llano por donde solía yo ir, como todos, en puntos de crítica literaria, escribí un artículo censurando acremente, con zumba y mofa unos versos de algún poeta afamado. Después otros, en seguida una comedia nueva; y como alguien tachara de injustas mis censuras y de áspero mi modo de hacerlas, centupliqué las injusticias y aquella aspereza burlona y chispeante que tanto agradaba á los lectores.

Más de la mitad de los periódicos se pusieron de mi parte, ó por tomarla con la causa popular ó por temor de caer en mi desagrado. Ninguno era tan solicitado y leído como *El Cuarto Poder*; el público estaba conmigo, aplaudiéndome sin más razón que la de que aquello le divertía. Sabás seguía animándome con su ingenua admiración, y

Albar, que obtenía del diario ventajas y rendimientos que nunca alcanzó con *La Columna*, me adulaba hipócritamente para empujarme por aquel camino.

Mientras tanto, también crecía la importancia de Don Mateo, y su nombre de periódico en periódico, gritado en todos los tonos, escrito con cuantos caracteres de imprenta se conocen, se agrandaba como vejiga de hule á fuerza de viento, adquiriendo si nó más sustancia, sí más volumen, que era lo deseado. Página por página iba publicándose toda su historia, tan adulterada como la parte que escribió Escorroza en *El Lábaro*, y no ya la sencillez de los provinciales que todo lo creen, como vaya en letras de molde desde la capital, sino los empingorotados personajes de coche y palco, llegaron á ver en Cabezudo un sujeto razonable, un hombre de consideración, casi un verdadero general con influencia en su provincia.

Obra era todo ello del gran Bueso, capaz de falsificar moneda, no que hombres, cosa mucho más fácil. Bueso le llevó á los teatros

colocándole en sitio bien visible; le presentó á los magnates, que tenían para él la deferencia del temor; le procuró invitaciones para grandes bailes y elegantes tertulias; le llevó á los garitos ilustres y le relacionó con la mayor parte de los directores de los periódicos.

En cambio Bueso tenía el sitio de preferencia en el carruaje de Cabezudo; la cabecera en su mesa, y según decía Pepe, mano franca en su bolsillo. Bueso había sustituido á Remedios, la cual ya no salía con la frecuencia que antes acompañada de su tío.

Parecía que Don Mateo y yo nos disputabamos los elogios de los periódicos; pues si de él se decía que era valiente soldado, se me llamaba á mí dulce poeta; si á él distinguido ciudadano, á mí notable periodista; y cuando alguno le llamó ilustre general y político profundo, á mí gran crítico y uno de los más eminentes publicistas. Sólo un periódico no hablaba nunca de Don Mateo: *El Cuarto Poder*; sólo uno no hablaba nunca de mí: *El Lábaro del Siglo*.

No sé qué vaga esperanza ó temor incon-

ciente, había salvado á Cabezudo de mi pluma; mas una noche ví en el teatro á Don Mateo más inflado que nunca, rodeado de personas que iban á saludarle, á Remedios junto á él con más brillantes que nunca y hermosura más deslumbradora, y noté en un momento, que Bueso, hablando con Don Mateo, me señalaba con el dedo, y se apoyaba en el respaldo de la silla que ocupaba la joven; esa noche, digo, después de entrar por la panadería de Ferrusca, mediante anticipado convenio con el sobrino, me desvelé escribiendo un par de cuartillas muy estudiadas, pero no menos duras para el famoso general.

Pero las pruebas calleron en manos de Escorroza, quien subió con ellas al escritorio de Albar, y llamado á poco por éste, subí á mi vez.

No; aquello no podía publicarse. Por deferencia á mí, Albar había resuelto que nada se dijese en elogio de Cabezudo; pero quedó comprometido desde entonces á callar, callar absolutamente; tanto que el general recibía diez suscriciones del periódico.

Pero no había que impacientarse, que después podían cambiar las cosas.....

Quedéme yo mascando mi derrota y Escorroza, batiendo palmas, fué en seguida á contarlo á Bueso y á Cabezudo.

Aquel mismo día, bajo la salvaguardia de un *se dice*, *El Lábaro* contó en estilo de Escoroza, que el Sr. Cabezudo iba á ser ascendido á General de División. Y no hay para qué decir que me faltó apetito para la cena y tranquilidad para el sueño. Antes me había parecido un disparate para halagar al vanidoso Cabezudo; pero después de todo lo increible que veía yo realizado, la noticia se me figuraba no sólo verosímil, sino hasta lógica.

En la velada me acompañaron durante algunas horas Redondo y Joaquín, que desde la noche de mi escena con Jacinta y Barbadillo, no habían podido verme. Según ellos estaba yo en excelente camino; no había sino prometer también al viejo que me casaría, ¡valiente dificultad! ¿No lo había yo prometido á Jacinta? Pues fuera escrúpulos tontos, y redondear el negocio, que estaba ya de punto.

Extendiéndose por aquí la conversación con amplitud vedada á mi pluma, lograron los estudiantes encender otra vez mi deseo y rendir mi resistencia. Las farsas de Jacinta autorizaban las mías; ella era la que me buscaba, la primera en engañar á Barbadillo, hipócrita con él, y conmigo artificiosa y mañera. Desde el enojo de su padre, no había día que no me dijera, al pasar por la puerta de mi cuarto, alguna palabra provocativa, ó no me diera noticia de lo que adelantaba en la voluntad del viejo, cada vez más encantado con las virtudes y excelentes partes de su hija. No; ella no se rendía de engañada; de seguro que se fingía caer en engaño para disfrazar su liviandad. Redondo y Joaquín se atrevían á asegurarlo y aun lo jurarían. Yo lo creí y me determiné á darle á Jacinta el gusto de engañar á Don Ambrosio.

Esta idea predominó en mi mente todo el resto de la noche, revuelta á veces con la noticia de *El Lábaro*, de la cual tomaba mayor brío y actividad para imponerse sobre todo escrúpulo.

Á otro día, fuíme con ella á la redacción, deseando ya que Barbadillo me llamara para arreglar cuentas. De regreso, Doña Serafina me entregó una cartita que por lo pequeña y el sobre azul conocí desde lejos ser de Felicia; y al tomarla recordé con pena que hacía ya una semana que no iba á visitarla.

Apenas había yo leído los tres renglones en que Felicia me recomendaba muy encarecidamente que fuera á su casa á las nueve de la noche, cuando Jacinta, entrando sin miramiento en mi cuarto, me arrebató el sobre de la mano y dió un salto hacia atrás para impedir que yo se le quitara. Rápidamente, me guardé en el bolsillo la carta; y así era preciso, pues Jacinta volvía sobre mí, al verse chasqueada.

—¿Dónde está la carta? me preguntó imperiosamente.

—La he guardado, respondí con entereza.

—Dámela.

—No es cosa que te interese.

—Está bien, replicó con despecho; esta es letra de mujer; de la misma que te ha escrito otras veces. Guárdate tu carta, guár-

datela. Pero no creas que esto se queda así: yo he de saber quién es esa, y te ha de pesar, si quieres burlarte de mí.

Y después de tirar al suelo el sobre, dándole un pisotón con cólera, salió del cuarto alzada la cabeza, llena de altivez y altanería.

Ligero temblor me hizo estremecer y sentí miedo.

XX.

Remedios.

Remedios no era ya más que un sueño hermoso, un recuerdo de mejores días, lejana memoria de un bien perdido, que trae á la mente imágenes de indefinibles formas, poéticas por lo vagas, eternamente ideales porque nunca se palparon en la realidad de la vida. Había muerto aquella niña hermosa é inmaculada, y había muerto amándome con amor cándido como las azucenas, de suave perfume, modesto, tímido. En su lugar, había otra que no era la mía; otra que, para ser flor, habría de convertirse en camelia inodora, aristocrática, ostentosa y cara.

En cambio, también yo había muerto. La

historia de los amantes de San Martín, me parecía un idilio que yo había leído en alguna parte, cuyos personajes me eran vivamente simpáticos, y cuyas páginas me conmovían profundamente. Mi ser tenía poco de común con aquel enamorado de villorrio, tan soñador y tierno; y cuando pensaba yo en el Juanito de veinte años, me parecía un muchacho agradable y hasta digno de alguna protección.

Ahora no había nada de aquello. Una pluma de combate mojada en hiel y aguzada en enciclopédica lectura; un periódico de fama y gran circulación, que me ofrecía su primera plana para mostrar mi nombre al público; un renombre adquirido en lides, á fuerza de triunfos ruidosos y expléndidos. Y después de esto, una mujer; pero no sacada de una égloga de Garcilazo, más blanca que la leche y trasparente como las aguas de un arroyo, sino llena de la fiebre de la vida, y de las pasiones violentas del mundo. Para satisfacción del trabajo y como goce supremo, un artículo procaz y un aplauso; para satisfacción del amor y como placer del al-

ma, una mirada de encono y un pellisco de aquella mujer, que sólo así era hermosa; pero terriblemente hermosa!.....

En mis horas de tranquila reflexión, de calma interna, sentía yo casi repugnancia por Jacinta. Su desenvoltura me desagradaba, su libertad me parecía grosera, su exaltación, brutal; veía yo en ella una mujer despreciable, temible y hasta fea. Pero cuando la vanidad, el orgullo, el despecho y encono señoreaban mi corazón y encendían mi cerebro, Jacinta, convertida en fiera irritada, con chispas de celos en los ojos, dispuesta para la amenaza la boca, y para el golpe el puño, me parecía la mujer por excelencia, su hermosura la única digna de admirarse, sus arranques y sus expresiones las del único amor verdadero y capaz de seducir á un hombre.

Pensaba yo en ella cuando me dirigía á la calle del Amor de Dios, para acudir á la cita de Felicia. ¡Con qué coraje había arrojado al suelo el sobre y había puesto el pie encima! Le tuve miedo cuando salía de mi cuarto con el semblante encendido por la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

cólera, y aquel miedo formaba parte de la seducción con que me atraía. Sus ojos, incapaces de expresar los sentimientos delicados, tomaban extraordinaria luz, cuando expresaban pasiones fuertes. Entonces los párpados contraídos, juntaban las pestañas, que aparecían más negras; el ceño plegado unía las cejas, casi formando un sólo arco, ancho y erizado que sombreaba las pupilas, y la frente se dividía por una arruga que subía del entrecejo. Así sus ojos me quemaban y me hacían temblar, presa de una agitación como de miedo y de gozo, de temor y de un extraño afán por seguir á quien me le causaba, bien como el cazador que arrastrado por su pasión favorita, persigue hasta la madriguera en lo intrincado del bosque á la fiera que puede devorarle. ¿Quién podía negar entonces que Jacinta era hermosa, que le sentaba bien la natural desenvoltura, el aire altanero y el ademán de grosera amenaza?

Pensando así, distraído y nervioso, recorrí calle tras calle, sin sentirlo, todas las que me separaban de la casa de Felicia. Entré en

el cuarto de la muchacha, había luz, que hiriendo mis ojos me hizo recordar que iba á verla.

—¿Para qué me querrá? me pregunté con indiferencia.

Y subí la escalera.

Al entrar en el corredor, encontré á Felicia, que conoció mis pasos y salió á recibirme; pero no me dijo una broma, como tenía por costumbre, en su tono jovial y cariñoso; sino antes por el contrario, puesto sobre los labios el dedo, me mandaba callar. Yo me habría sobresaltado, si no fuera porque los ojos de la muchacha estaban alegres, y había en su boca leve sonrisa, que contrastaba con algo del azoramiento que en su rostro se pintaba. Me tomó de la mano, y sentí la suya temblorosa; me hizo señas indicándome no pisar fuerte, y me guió hacia su cuarto, á tiempo que, viniendo de la sala, llegó á mi oido una voz bronca, con claro acento pedreño, descuidada y áspera que me produjo un estremecimiento repentino: la de Don Mateo. Felicia lo notó y empujándome suavemente, me hizo entrar en el cuarto.

Dí un paso atrás, dominado por la sorpresa, cuyo poder no pude resistir, y quedé junto á la puerta, cortado el aliento, inmóvil, sintiendo los violentos latidos de mi corazón que saltaba con fuerza extraordinaria.

Era Remedios la que estaba allí, sentada al borde de la cama de Felicia, y reclinada en las almohadas, puesta la cabeza sobre la mano, en actitud pensativa. Al verme había enderezado el cuerpo rápidamente, y no menos sorprendida que yo, quedóseme mirando, como si no pudiera apartar sus ojos de los míos, que la miraban también de hito en hito.

Cuando el susto de la sorpresa, vencido en breve instante, dió lugar al corazón para ejercer su soberano imperio, sentí algo como una resurrección de todo lo bueno que encerraba mi alma, y de todo lo santo que guardaba en mis recuerdos. Súbitamente, como por mágico influjo, renació en mí la humildad de otros días, la sencilla timidez de mi carácter, la ingenua y dulce pasión de que antes era esclavo; y me sentí en otro mundo, contento, gozoso, ageno á la envidia y al orgullo, despojado de vanidad, libre de la hambrienta ambición que comienza por devorar nuestras propias entrañas.

Felicia, de pie á un lado, nos contemplaba, gozándose en su obra, riendo con nerviosa risa, llena de una alegría que trataba de contener y que se desbordaba, sin embargo, por su boca entreabierta. Ella nos sacó de aquella perplegidad producida por la sorpresa, dándome un empujón que me obligó á acercarme á Remedios.

—Anda, hijo, arrodíllate; me dijo dejando escapar su juguetona risa; pero en voz baja.

Estuve á punto de obedecer. Me acerqué más á Remedios, y sin decirle una palabra, como si fuera aquella la primera vez que la veía de cerca, tímido y cobarde, estreché con mis dos manos la que ella me tendió, tibia y trémula.

—Por aquí, dijo Felicia, señalando un sofacito que estaba en el fondo del cuarto.

Tomó de la mano á la joven y obligándola á levantarse, la llevó al mueble señalado. ¡Nunca la había visto tan hermosa!

¡Nunca su esbelto y airoso cuerpo me había parecido más gallardo ni seductor! Todo porque su traje no era de seda, ni llevaba joyas valiosas en el pecho ni en las orejas. Vestía con la modestia que antes solía; un sencillo traje de percal, no sé si hecho con gusto y primor, ó que le tomaba forzosamente al ceñir aquellas escultóricas formas; una cinta negra al cuello, de la cual pendía insignificante dije; dos pequeños pendientes negros también, que hacían lucir más el suave color de rosa de las mejillas y de las orejas breves y redondas como conchuelas del mar.

—¡Qué susto me has dado! dije á Felicia, sentándome junto al sofá.

—Á ella también, contestó riendo la muchacha.

—¿Te asustaste? pregunté á Remedios cariñosamente.

—Mucho, respondió. No sabía yo que vendrías.

—Y he llegado tarde. Si hubiera adivinado que estabas aquí.....

—No habrías venido. ¿Verdad?

Bajó los ojos al dirigirme con dulcísimo tono este reproche, y noté en su hermoso semblante un gesto de seriedad sincera que me afligió é inquietó.

—Nó, no digas eso; me apresuré á responder. ¿Dudas de mí?

Remedios guardó silencio y no alzó los ojos.

—¿Crees que puedo huir de tí? pregunté en seguida. ¿Pues no te busco por todas partes?

—Antes sí, me contestó con voz temblorosa, en que se revelaba viva emoción; ahora ya no.

El reproche era justo; sentí vergüenza y la conciencia trajo á mi mente recuerdos que me inspiraron repugnancia.

—Hoy lo mismo que siempre, le dije. Hay veces que no puedo, porque mi trabajo tiene que ser constante, y en ocasiones no me deja un momento libre. Pero de todos modos, te juro que soy el mismo para tí. No te enojes conmigo; no me reproches lo que depende de causas agenas á mi voluntad.

—No seas hipócrita, Juanillo; dijo Felicia interrumpiéndome. Dí claras las cosas ó te tiro de las orejas.

—¡Felicia! exclamé con temor.

—Nada; yo no consiento que mientas, ni siquiera para contentarla. Dí la verdad.

—Pues es la verdad.

—Dímela tú, dijo Remedios, clavando con muestras de interés sus negros ojos en los de su amiga.

—Pues la verdad es, hijita.....

—Mira, Felicia.....

—¡Cállese vd.! La verdad es que estás muy encumbrada, muy arriba, muy alta! ¿eh? Y Juan es un pobrecito, chiquitito y roto, que no puede subir tanto.

—¡Felicia! dije angustiado.

—¡Cállese vd. Don Azafrán; déjeme hablar á gusto! Pues sí, señor; por tanto es ridículo que un Juan así, ande buscando á una Remedios tan elevada, que sólo se roza con ministras y princesas y diputadas. Por eso no te busca ni te escribe una cartita, ni quiere hacerte unos versos que le he pedido veinte veces.

Remedios había alzado los ojos, húmedos por esa lágrima que no llega á las pestañas, y me había obligado á bajar los míos al peso de la culpa.

—¿De veras? me preguntó conmovida.

Dí, con callar, la más clara respuesta, y ella agregó:

—Haces mal en pensar eso; pero casi se me figura que tienes razón. Lo había yo pensado, y siempre me he resistido á llevar lujo, porque siempre he vivido pobre, y eso me gusta más; y porque me parecía...que te lastimaba con llevarlo...

—Perdóname, dije avergonzado; pero piensa que todas esas necedades mías, proceden de que te quiero tanto.....

—Mi tío, continuó ella con cierta exaltación, me obliga á vestirme ricamente, á asistir á bailes, á teatros, á paseos que no me agradan, porque yo no nací para eso; pero te ofrezco que le rogaré y suplicaré que me deje seguir mis inclinaciones. Yo no quiero que te ofendas, ni que dejes de verme como antes.....

Brillaban los ojos de Remedios, mojados

por la lágrima contenida al brotar, merced á violento esfuerzo. Felicia, que estaba junto á ella, dejó correr libremente las que vinieron á sus pupilas, y estrechando en sus brazos á Remedios, le dió en la mejilla un sonoro beso, diciéndole:

—¡Qué linda eres!

Breve fué para mí aquella entrevista, en la cual, poseído de las más vivas emociones, incurrí en torpezas y dije tonterías, que después recordé una por una, lleno de disgusto cuando veía que no había sabido expresar á Remedios todo lo que sentía por ella, todo lo que padecía mi corazón por aquel amor tan grande, tan puro y tan firme.

Felicia no me perdonaba nada de la verdad, y todo se lo decía á su amiga. ¡Poquita cosa era yo! Un periodista de mucho talento, de mucha fama, que escribía unas frases que solitas hacían ruido, principalmente al hablar de los ministros y de los otros periódicos. Remedios no leía la prensa, no sabía siquiera que yo fuera escritor. Pues era preciso que leyera algo mío, para que se asombrara de verme tan sabio y talentoso. Además, hacía yo unos versos lindísimos, al grado de que los periódicos me llamaban el dulce poeta, el correcto poeta, el gran poeta.

—Como que ahora sí que vas á escribir los que te he dicho para Remedios, dijo al fin.

—¡Para mí! exclamó ésta.

—Sí, para tí; dije yo. Ahora mismo.

—Pasado mañana vuelve Remedios á verme. Ven tú á la misma hora y trae los versos. ¡Ya verás, hijita; ya verás qué lindos te los hace! Ahora Juanito, hazme favor de largarte, porque no tarda Don Mateo en despedirse de la familia.

—¡Es verdad! dijo Remedios, como recordando hasta entonces que podíamos ser sorprendidos.

Felicia se asomó al corredor, en tanto que yo estrechaba la mano de Remedios entre las mías.

—¡Pronto! dijo Felicia.

La palabra se ahogó en mis labios; solté la mano de la joven, y salí rápidamente, cuidando de no hacer ruido. En el zaguán

volví el rostro al cuarto de Felicia y ví á las dos amigas paradas en la puerta, que me seguían con la vista. El cuerpo de Remedios en el cuadro de luz de la puerta, presentaba sus elegantes contornos, como rodeados de suave aureola.

Recorrí la distancia hasta la calle de Monzón sin sentirla. Llamé á la puerta, entré sin ver quien había abierto, y subí la escalera.

Al llegar al corredor, la mano fuerte y nerviosa de Jacinta me asió por un brazo, apretándome con los dedos. Un extraordinario movimiento de repulsión y enojo me invadió súbitamente; sin decir una palabra, sacudí violentamente el brazo, y seguí hasta mi cuarto sin detenerme.

Al entrar en él, oí á mis espaldas un gruñido sordo, como rugido ahogado de fiera moribunda.....

XXI.

Barbadillo manda.

Desde el día en que tuvo lugar la terrible escena entre Jacinta y yo, terminada con la presencia del viejo capitán, Barbadillo no había vuelto á verme de cerca; pues no asistía yo al comedor, ni muchos días á la casa, sino después de la cena.

Sabía yo por Jacinta que al principio, dominado por la primera impresión, tuvo el propósito de plantarme los muebles en la calle; designio que le quitó su hija de la cabeza con un par de lágrimas y media docena de pucheros. Después solía ella decirme:

—Va cediendo, va cediendo; procura no hablar con él. Yo te diré cuando sea tiempo.

Pero viéndole desde lejos, pude notar la honda tristeza que del viejo se había apoderado, recrudeciendo su mal humor; tristeza que se demostraba con toda claridad, con la resistencia invencible que, según Joaquín, presentaba para entrar en discusión, aun tratándose de sus temas favoritos. La lucha interna le agitaba; le abatía el descontento de encontrar en Jacinta una mujer capaz de casarse; como si tal descubrimiento fuera la convicción de una infidelidad inesperada, repugnante y horrible.

Según decía Jacinta, Barbadillo iba cediendo; pero en verdad su semblante se ponía cada vez más hosco, y andaba el viejo más cabizbajo y triste. Sin duda cuando su voluntad se rendía, su corazón se lastimaba más dolorosamente; y cuando se juzgaba impotente para refrenar las pasionos ó caprichos de aquella hija, su único amor, su consuelo único en el mundo, era mayor el desengaño, y veía más tristes los días que aun debiera permanecer sobre la tierra.

Joaquín había visto varias veces, estando en la sala, salir á Jacinta del cuarto de Don

Ambrosio, con los ojos enrojecidos, dando muestras de haber llorado; pero tenía el estudiante las tales lágrimas por exprimidas á fuerza, puesto que, no bien se veía Jacinta lejos de su padre, se ponía á charlar alegremente, como si trajera más motivo para reir que para entristecerse. En cambio el viejo aparecía después, dominado por disgusto y pena bien profundos; y sumido en constante y dolorosa meditación, huía de la plática, y no aceptaba discusión ninguna, así le dijeran que Alamán no había sabido leer ni escribir.

La noche siguiente á la de mi encuentro con Remedios, regresé temprano á la casa de huéspedes con propósito de poner en limpio los versos que había escrito, reformado y pulido, para ofrecerlos á la hermosa pedreña. En ellos había puesto cuanta ternura podía expresar mi pluma, ya que no toda la que encerraba mi corazón; y si no llegaban á buenos, pienso que por apasionados y amorosos, lograban ocultar mucho de su necesaria incorrección.

Sentado frente á mi mesa, apercibido el

fino papel, pluma nueva en el cabo, leía yo y releía á media voz los versos, antes de trasladarlos, cuando Barbadillo, llegándose á la puerta, me dijo con voz seca y breve:

—Quiñones, hágame vd. el favor de venir por acá.

Sin aguardar respuesta, volvió las espaldas y regresó á la sala con sus pasos pesados y lentos; mientras yo, aturdido por la sorpresa, y lleno de embarazo, me revolvía en la silla sin saber á qué determinarme.

Vacilé un instante, temeroso de asistir á violenta escena si obedecía al llamamiento; de ser tenido por cobarde y provocar nuevas iras si salía en seguida de la casa; y pareciéndome menos malo lo primero, me encaminé á la sala, con resolución de hablar claro, dar fin al enredo y abandonar inmediatamente después la fatal casa de huéspedes.

Algo grave había ocurrido entre padre é hija antes de que Barbadillo fuese á mi cuarto, á juzgar por el cuadro que se presentó á mis ojos. El viejo estaba sombrío, la mirada hosca, la piel encendida como

nunca, y en sus párpados flojos huellas de recientes lágrimas. El tomo de Alamán, tirado en medio de la sala, abierto y estrujado, mostraba haber sido arrojado al suelo con fuerza.

En el raído sofá, Jacinta con el rostro entre las manos, sollozaba dolorosamente, en términos de poner compasión en el corazón más empedernido, acudiendo de vez en cuando con el pañuelo á los ojos, para enjugar el llanto. Cuando entré, separó los dedos, y por entre ellos me miró; pero la expresión de su mirada no era de pena ni de angustia, sino viva, penetrante y enérgica.

El viejo, que en medio de su dolor no dejaba de ser el mismo de siempre, tomó cierta actitud dramática, y con voz trabajosa, como haciendo un difícil esfuerzo me dijo:

—Quiñones, es necesario que esto concluya de un modo ó de otro, porque no puedo prolongar esta situación por más tiempo.

Hizo breve pausa, que Jacinta llenó con un gemido, y luego continuó:

—Esta pobre muchacha que nunca se ha-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

bía extraviado, no obstante que la han pretendido personas de méritos muy notables, ha sido víctima de las seducciones de vd.

—Yo no he.....

—De vd., sí señor; de vd., repitió con airado entono Barbabillo sin dejarme hablar. He tratado de disuadirla, porque ni vd. ni nadie me gusta para marido de mi hija; pero puesto que ella se encapricha y vd. no desiste, consiento en ese matrimonio, con tal que sea pronto, muy pronto.

—Pero vea vd.....dije yo aturdido.

—Nada; muy pronto. Antes de que el mes concluya, vdes. se casan y me dejan en paz.

Barbadillo continuó en larga y enérgica peroración, compadeciendo á su hija y lanzándome duros reproches, que más de una vez acompañó de palabras que me ofendían grosera y aun injustamente. La ira, de vez en cuando, me dominaba, y rebosaba en mis labios la respuesta oportuna, en forma ruda como los cargos que la provocaban; pero el viejo no me dejaba abrir la boca, hablándoselo él todo á hilo, sin la más breve pausa, en tanto que la parte de culpa que en realidad me alcanzaba, venía á imponerme silencio imperiosamente, y á moderar mi cólera.

El viejo ignoraba la verdad que mi conciencia sabía. Si no la hubiera ignorado, cuanto decía y mucho más habría sido poco para mi castigo. Barbadillo seguía hablando, y repetía que habíamos de casarnos pronto; consentía, pero al consentir desahogaba su enojo contra mí de una vez, quizá para callar de una manera absoluta para siempre; y al cabo de un buen rato de oirle, dominado por mi conciencia, recobré la calma trabajosamente, y dejé pasar sus palabras sin ofenderme, para tomar con prudencia el mejor camino.

Jacinta entre uno y otro sollozo, y siempre mirándome por entre los dedos á hurtadillas de su padre, dijo que obedeceríamos, que no teníamos más voluntad que la de Barbadillo. Y la cólera de éste calmóse como por encanto, cuando yo esperaba que se violentaría, á la sóla manifestación de la obediencia. Y era que Jacinta conocía al

viejo y tenía ensayados los medios de apaciguarle y vencerle.

El capitán después de mirar á su hija, se encaró de nuevo conmigo, clavándome sus ojos inyectados de sangre, con mirada interrogativa y airada. Un instante de perplejidad bastaría para encenderle de nuevo, prolongando aquella escena indefinidamente, quizá con carácter más desagradable. No vacilé en adoptar el camino de la mentira, para tomar en seguida el de la calle, y dije con voz sorda y pastosa:

—Obedeceremos.

—Muy bien, dijo Barbadillo; yo me encargo de arreglarlo todo para la semana entrante

Tomó en seguida su sombrero, y sin añadir palabra, ganó el corredor con toda la prisa que le permitían los años.

Jacinta estaba ya de pie junto á mí, los ojos enjutos, y antes bien radiantes y gozosos; la cara sonriente, con expresión de alegría, sin uno solo de los rasgos que solían hermosearla cuando se irritaba. La vi fea,

repugnante y tosca, y rechazándola bruscamente, al tenderme ella los brazos,

—¡Quita! le grité lleno de cólera.

Y salí violentamente de la sala.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON

XXII.

Mis versos.

Ya en la calle pude respirar. Tomé cualquier rumbo, anduve largo, me fatigué, y al cabo de mucho rato me encontré en la redacción, sentado en mi sitio de costumbre, sin hacer caso de las preguntas que Pepe y Carrasco me dirigían. ¿Estaba yo enfermo? ¿Me había pasado algo? El periódico necesitaba material, hacía falta mi artículo.

¡Ah! ¿Con que hacía falta? Á mí también me hacía falta escribirle. Tomé la pluma entre los crispados dedos, y durante media hora, sonó áspera y veloz, arañando el papel, casi rasgándole con los agudos gavilanes que se clavaban á cada instante, salpi-

cando la blanca superficie con un rocío de tinta.—Mis males resurtían siempre contra el Gobierno, y aquella noche fué su daño de la medida del mío. Engañado por mis pasiones, creía yo sinceramente que mi exaltación era honradez, mis dicterios justicia, mi desenfreno valentía; y derramé sobre las cuartillas en garabatos de tinta, toda la hiel de mis entrañas y todo el encono de mi alma enferma. Ni había cargo que me pareciera grave, ni adjetivo que sonara bastante duro: cada hombre del poder era un miserable, un vampiro; cada acto del Gobierno una ratería, una infamia ó un crimen de traición. El edificio social, minado por tanta sabandija amenazaba derrumbarse, y en tanto el pueblo esclavo, recibía, gimiendo cobardemente, los latigazos que le cruzaban las espaldas, y aun besaba la mano de su verdugo ¡No! Aquel no era el pueblo de Dolores y Cuautla, ni el de Padierna y Churubusco; no era el pueblo inmortal que sacudiera el yugo del conquistador con heroico esfuerzo; no era el pueblo que dejara un rastro de sangre, desde la orilla del Bravo hasta

las escaleras del Castillo de Chapultepec..... En pedestre prosa: el pueblo era una manada de ovejas. Pero yo le aconsejaba en términos y frases más ó menos francas, que no sufriera más, que se pusiera en armas y diera en tierra con el castillo de barajas que se llamaba Gobierno.

Cuando concluí, Pepe se había marchado y Sabás dormía con la frente apoyada sobre el diccionario abierto; de suerte que podía yo juzgarme solo. Mis pensamientos estaban no más conmigo, reavivando la inquietud, y aumentando el malestar que no me daban punto de reposo; por lo que, acudiendo al medio siempre usado, busqué en mi mente algo que fuera capaz de distraer mi imaginación del recuerdo de los sucesos del día, entreteniéndola y encadenándola.

Y era bien fácil aquella noche. Tenía yo el recuerdo de la anterior y la esperanza de la próxima. Remedios ayer, Remedios mañana. ¿Cómo estaba reclinada cuando entré en el cuarto de Felicia? ¿Cuál fué la expresión de sus ojos hermosísimos al mirarme? ¿Le temblaba la voz como de miedo ó

como embargada y poseída de la emoción? Su reproche fué dulce, triste y sincero, como sus miradas; el sonido de su voz tierna y cadenciosa, resonaba aún más que en mis oídos, en lo íntimo de mi alma; el suave calor de su mano temblorosa, parecía persistir en la mía, como en mi cuerpo todo el estremecimiento súbito que me produjo el contacto de sus sedosos dedos..... No quería lujo, no quería carruaje, ni falda de seda, ni brillantes, ni lacayos, ni ciudad bulliciosa y soberbia. ¿Pues qué quería entonces? Su rincón ignorado, con bosques, arroyos y flores silvestres; su pueblo de costumbres sobrias y rudas; su pobre Juan, tímido, ignorante y humilde; pero ajeno á las violentas pasiones de la ciudad, lleno de un amor puro, franco y descuidado.

¡Tomara yo entre las mías aquella mano tibia, en sitio apartado de cuidados y envidias, semejante á aquellos que fueron testigos de nuestros primeros años! ¡Bebiera yo en sus ojos, cerca, muy cerca, la luz purísima de sus pupilas negras y hermosas, con la hermosura de la castidad y la inocencia!...

Entonces, yo sabría hablar el lenguaje sencillo y tierno, dulce y humilde, único en que cabe la verdadera poesía, la poesía que no es mentirosa, la única poesía que entendía aquella alma, alimentada con el amor verdadero.

Saqué de mi cartera los versos prometidos y los leí y releí. Les faltaba algo, que no acertaba á definir, y que no podía por lo mismo agregar; algo que sentía yo dentro de mí con afán de tomar en el pensamiento vida y forma en el verso. En vano borré y escribí, cambiando aquí una palabra, allá una frase, versos, estrofas enteras; parecíame que en la verdadera poesía hay algo, lo más grande lo más íntimo, que se queda en el alma eternamente encerrado, como queda en la flor marchita y seca, leve perfume que no pueden llevarse las brisas. La luz de la mañana entraba por las ventanas de la redacción, cuando yo ponía en limpio mis versos, mil veces reformados, y mil más leídos. No servían para nada; no decían lo que yo quería decir; pero era preciso cumplir lo ofrecido y llevárselos aquella noche. Y ¿quién sabe? ¡Tal vez ella iba á entender todo lo que no cabía en el verso!

Sabás no estaba ya sobre el diccionario. Ignoraba yo á qué hora se había marchado, no obstante que, sin duda, se había despedido de mí, como lo hacía siempre. El recuerdo de la escena del día anterior y la imagen de Jacinta vinieron á mi memoria; pero yo los rechacé con energía, y amparándome con mis sueños y esperanzas, vagué todo el día sin rumbo, contando las horas y los minutos que corrían, acercando la noche.

Pero cuando ésta llegaba, una idea que vino á mi mente me hizo estremecer, y á mi pesar tuve que detener el pensamiento en la casa de huéspedes. No había remedio: antes de abandonarla para siempre, debía yo entrar en ella por última vez, para salvar la cajita en que guardaba yo mis joyas, aquellas que conservaba como el tesoro más rico, aunque no valieran nada en el mercado del mundo: las prendas de mi madre y de Remedios.

No vacilé; me dirigí á la casa de Barbadillo, subí la escalera, entré en mi cuarto,

tomé la cajita bajo el brazo y quise salir; pero Jacinta, parándose en la puerta, me detuvo. Estábamos casi en tinieblas y no podía verle la cara; pero el tono de su voz, aunque ella procuraba hablar bajo, me indicó cómo debía de tenerla contraída por el gesto de ira que le era peculiar.

—¿Á dónde vas?

—Déjame salir, dije irritado.

—Entiendo tu intención, repuso; quieres irte para no volver.

—¡Déjame salir! repetí con impaciencia.

—No quiero. Escúchame antes; vamos á hablar un momento.

Y Jacinta procuraba en vano fingir el tono de súplica.

—No quiero hablar contigo, contesté. Lo que deseo es irme y no volverte á ver nunca.

La fiera dejó escapar un leve rugido al sentir la herida.

—Eres un canalla, dijo con voz ahogada por la ira; eres un misarable..... pero te quiero y por lo mismo te he de aborrecer, te aborrezco ya, con toda mi alma.

—¡Apártate! dije con imperio.

Traté de salir, y ella al detenerme, tocó la caja y comprendió sin duda el objeto de mi vuelta á la casa.

—¿Qué es eso? preguntó.

Sin contestar, sintiéndome cegado por la cólera, traté segunda vez de apartarla de la puerta y salir al corredor; pero ella asió la cajita fuertemente con ambas manos y forcejamos un instante.

—No te la llevarás..... me dijo sofocada de rabia.

Y puesta mi cólera en el último punto, dejé toda consideración, la empujé con fuerza hacia atrás, sujetando la cajita con la otra mano. El cuerpo de Jacinta chocó con la barandilla y casi calló al suelo, en tanto que yo ganaba la escalera llevando la caja. Pero aun pude oir el gemido doloroso y ahogado que lanzó Jacinta, y su voz que decía, cortada por la sofocación:

—¡Canalla, me has lastimado!

Trémulo, sobresaltado y volviendo hacia atrás la cara, tomé el camino de la redacción, porque era aún muy temprano para ir á la casa de Felicia. Sentía yo algo de lo

que debe de sentir el que acaba de cometer un crimen atroz, y sin darme cuenta de ello casi corría yo, tropezando con los transeuntes, como si huyera del lugar del delito temeroso de caer en manos de la justicia.

Sabás estaba en la redacción, y al verme entrar me estrechó en sus brazos, fuera de sí, medio loco, ¡Que éxito tan brillante! En aquel momento la prensa trabajaba, haciendo un tiro extraordinario del número del día, porque estaban ya agotándose los ejemplares de *El Cuarto Poder*. Mi artículo había causado un escándalo sin ejemplo, y Albar estaba contentísimo. No se registraba en los anales del periodismo, suceso semejante. Estaba reservada esta gloria para mi pluma; era yo, sin duda, el periodista de más talento y de más bríos que tenía ni había tenido la República.

Esto me distrajo y me hizo olvidar á Jacinta. La conversación de Sabás me sedujo, halagando mi incurable vanidad, y escuchando mi elogio, dejé correr dos horas sin impaciencia. Cerca de las nueve de la noche, me despedí de Carrasco, con propósito de volver á la redacción más tarde, para escribir algo para el número siguiente. Sabás me esperaría.

Cuando subí la escalera de la casa de Felicia, el corazón me saltaba en el pecho lleno de emoción dulcísima; pero turbada por vago temor. De la redacción á la calle del Amor de Dios, me había parecido notar dos veces que una mujer me seguía. Parecía una criada por sus perfiles que á la escasa luz del alumbrado de la calle, pude ver de lejos. Probablemente era aquel un temor hijo de mi conciencia alterada; una tontería de tantas como me ocurrían diariamente, puesto que antes de entrar había yo deteníme un momento en la puerta y no ví ya á la mujer sospechosa.

¿Pero qué no olvidaría yo al entrar en el cuartito de Felicia? ¿Qué aflicción ó tormento podría seguirme hasta allí? Entré; Felicia me salió al encuentro dándome un abrazo, y por encima de su cabeza inquieta, ví á Remedios reclinada en el sofacito, que enderezaba el cuerpo con cierto sobresalto. Me acerqué á ella y estreché su mano cari-

ñosamente; Felicia nos dijo alguna broma para inspirarnos confianza, pero yo no podía librarme del singular embarazo que me dominaba al estar en presencia de la hermosa joven.

Felicia me recomendó que hablara en voz baja, porque aquella entrevista se verificaba á escondidas de la Sra. Llamas, y además porque D. Mateo estaba en la sala con la familia. Los ojos de Remedios se encontraban con los míos y ambos nos sobrecogíamos, tímidos con la timidez del verdadero amor. No hilábamos una conversación sostenida; ella estaba encogida y yo torpe, mientras Felicia se reía de uno y otro; pero gozosa, satisfecha de su obra, al grado de olvidarse de los versos, que yo guardaba hasta que me los pidieran, y que pienso no olvidaba Remedios, aunque no los pedía.

Algún recuerdo de San Martín, evocado por Felicia, despertó en nuestras almas el dulce sentimiento del terruño abandonado; vinieron á nuestra memoria hechos, personas, sitios que agitaron nuestros corazones, y hablamos entonces, exaltándose poco á poco

y manifestándose espontáneo é irresistible el vivo amor que guardábamos en el alma para aquel rincón del mundo, tan apartado, tan ignorado y tan lleno de recuerdos para nosotros. Parecía que recorríamos los lugares de nuestra infancia, que hablábamos con las personas que allá nos eran familiares, que veíamos los rojizos tejados, la plaza cubierta de grama, y más allá el arroyo deslizándose entre las piedras y cubriéndose de blanca espuma al romper en alguna más alta sus cristales. No pocas veces paseamos juntos á orillas de ese arroyo. Sí; ambos lo recordábamos perfectamente: en ocasiones nos acompañó Felicia, que también lo recordaba; como que maliciosamente, distraía con su traviesa charla á los demás, para que Remedios y yo pudiéramos quedarnos atrás y cambiar algunas palabras sin ser oídos.

Los ojos de Remedios se encontraban ya con los míos, sin la timidez del principio, y en sus pupilas veía yo algo como los reflejos del sol que alumbraba nuestros campos; renacía en su mirada la franca expresión de su cariño, y en mi alma algo tan puro como

la perdida inocencia de aquellos días. Evocar tales recuerdos era hablar de nuestro amor, de la manera más íntima y más dulce: los juramentos y promesas no hacían falta.....

Felicia, única que podía tener conciencia del tiempo trascurrido, nos interrumpió de repente.

—Hijitos, ha pasado más de media hora, y no hay que abusar de la buena suerte. Concedo un cuarto más, y hasta otro día.

—¡Más de media hora! exclamó Remedios.

—¡Tan pronto! dije yo.

—Un cuarto más, repitió Felicia, para que este caballero cumpla su promesa y nos entregue los versos.

—¡Ah! los versos.....dijo Remedios, entre ruborizada y gozosa.

—He cumplido, contesté; pero.....la verdad es que no me gustan. ¡Yo quisiera decir en ellos tantas cosas, tantas!.....¡Cómo ha de caber todo en unos cuantos versos!

Remedios bajó los ojos, y al tomar el papel que le presenté, se puso encendida y llena de turbación. Iba á guardárselo; pero Felicia no lo consintió. No; de ningún modo; había de leerlos delante de mí para recompensar mis afanes. Ella se resistía: era imposible que pudiera leerlos en voz alta; pero tanto instó Felicia, que la joven accedió á lerlos para sí en mi presencia.

Desdobló la hoja con los dedos trémulos y torpes; Felicia acercó la vela que ardía sobre la mesa; y yo, por un sentimiento irresistible de temor, de modestia, no sé de qué, me retiré al extremo opuesto, cerca de la puerta, dando á ésta la espalda y apoyado en la cabecera de la cama.

Los ojos de Remedios recorrieron lentamente la primera línea, luego la segunda.... Yo seguía el movimiento de sus negras pupilas, y las ví humedecerse, apenas leída la primera estrofa. Cuando comenzaba la segunda, el papel temblaba visiblemente, y los ojos de Remedios estaban nublados por una lágrima.....

—Buenas noches; dijo una voz á la puerta.

Mi cuerpo quedó rígido de espanto; no

hice el más leve movimiento; sentí hielo en las entrañas y en las venas, y habría yo bendecido á la tierra, si se hubiera abierto en aquel instante para tragarme.

Jacinta entró. Habló durante dos ó tres minutos, con voz llena de ira mal sofocada, y dijo no sé qué; algo que no oí porque me zumbaban los oídos, y que tampoco podría yo recordar ahora. Apenas tengo memoria de que al fin se encaró conmigo, echándome en cara alguna cosa, y enseñándome una mano herida, quizá al arrebatarle la cajita. En seguida salió.

Remedios, después de breve instante de estupor, se puso en pie, y Felicia hizo lo mismo á su lado. Las dos estaban pálidas. Alcé los ojos y ví los de Remedios llenos de una expresión que nunca habían revelado. Parecían más negras y luminosas sus pupilas, tenía el ceño duramente contraído, y para dar paso al sofocado aliento, dilatada la nariz y entreabiertos los secos y descoloridos labios.

Clavó sus ojos tenazmente en los míos, avanzó con pasos lentos, llenos de una majestad soberbia y altiva, y pasó junto á mí, para salir del cuarto. En aquel momento oí sonar el papel estrujado entre sus dedos, y sentí que, lanzado con fuerza, azotó mi rostro, causándome el dolor de una marca de hierro candente.

Luego sonó en el corredor un grito doloroso y penetrante, y el ruido de un cuerpo que caía y se agitaba convulsivamente. Salí al corredor, como instintivamente, para auxiliarla; pero la mano de Felicia, fuerte en aquel instante, me arrastró hasta la escalera y me empujó con vigor.....

Oí al atravesar el patio un nuevo grito, más doloroso y penetrante que el primero, ruido de pasos precipitados de personas que acudían de la sala, y ya en el zaguán, conocí la voz de Don Mateo que exclamaba:

—¡Canasto!

Corrí mesándome los cabellos, loco, fuera de mí, diciendo palabras extrañas, con gana de llorar, de gritar, de estrellarme la cabeza para no oir, sentir ni recordar nada. Me detuve al fin en una esquina, apoyé en ella los brazos, entre éllos hundí la cabeza, y haciendo no sé qué esfuerzo logré llorar.....

Dos pilluelos pasaron junto á mí, se detuvieron á verme y al seguir andando, el uno dijo al otro:

—¡Qué *mona* tiene ese amigo!

Rieron ambos, y en seguida gritó el segundo con voz gangosa y chillona:

—¡*El Lábaro* de mañana.....con el retrato del General de División Don Mateo Cabezuuuudoooo!!

XXIII.

Al día siguiente.

En una cama del Hotel del Refugio estaba yo tendido, pálido y débil, presa de extraña enfermedad, cúando recibí la visita de Pepe y Sabás.

¡Cien pesos de sueldo yo! sí, señor; cien pesos. Sabás me lo decía en nombre del Director.

—Nada más que.....tartamudeó el escribiente de San Martín.

—¿Qué?

—Que *El Cuarto Poder* vuelve á las ideas de *La Columna;* las cosas han cambiado, según dice el Director. El *sobretiro* se agotó anoche, y esta mañana muy temprano fué el Sr. Albar al Ministerio.....

—¡Pero esto es inaudito! exclamé yo espantado.

—No, señor; replicó Pepe con calmosa gravedad: esas son las oscilaciones de la opinión pública.

NOTA.

En la página 9, última línea dice: "*enteco*" por *enteco*; y en la página 26, línea 24 dice: *maña* por *mañana*.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON
MONTERREY